

Cuatro cuentos de ciencia ficción escritos por un maestro del género. El cuento que da su título al libro es considerado un clásico.

«*Una rosa para el Eclesiastés* es uno de los cuentos más importantes que he leído; quizá debiera decir que es una de las experiencias más memorables que he tenido».
—Theodore Sturgeon

«Uno de los principales escritores de ciencia-ficción de la década. En los relatos de **Roger Zelazny** hay una combinación singular de extrapolación científica y visión poética».
—*Fantasy & Science Fiction*

Roger Zelazny

Una rosa para el Eclesiastés

Título original: *Four for Tomorrow*

Roger Zelazny, 1967

Traducción: Ariel Bignami & José Valdivieso

A mi madre

Introducción

No ha habido nada como Zelazny en el campo de la ciencia-ficción desde...

Así comenzaba el primer borrador de esta introducción, y allí quedó durante unas cuarenta y ocho horas, mientras yo especulaba y divagaba buscando maneras de terminar esa frase con justicia y precisión. La única forma posible de hacerlo es eliminando la última palabra. Y aun así no expresa la verdad exacta, ya que el término “ciencia-ficción” da al comentario un aire de club de iniciados que le quita veracidad. Gran parte de lo que se publica como ciencia-ficción no tiene nada que ver con el género. Y cada vez con más frecuencia se produce ciencia-ficción y no se la llama ciencia-ficción (y se la paga cordialmente: por ejemplo *La hora final*, *Doctor Insólito*, *Siete días de mayo*, 1984, etc., etc., lo cual convierte a los autores profesionales en candidatos a la manía persecutoria) baste decir por ahora que les resultará difícil encontrar un escritor como Zelazny en alguna parte.

Hemos visto auténticos poetas de la prosa, pero que suelen fallar cuando se les aplica criterios de ritmo y estructura. Y sin duda hemos tenido cuentistas verdaderamente grandes, cuya arquitectura narrativa tiene base sólida, firme construcción y está bien ensamblada hasta la misma punta de la torre, pero muy a menudo esto está hecho con un tipo de prosa totalmente homogeneizada, mecanizada. Y ha habido también un puñado, lamentablemente pequeño, de lo que yo llamo “expertos en gente”, los que tienen dotes especiales para crear personajes memorables, algo más que personajes reales bien fotografiados; personajes *vivos* que cambian, como cambian todas las cosas vivas, no sólo durante la lectura sino en el recuerdo, a medida que el lector mismo vive, cambia y se vuelve capaz de aportar más de sí a lo que le ha dado el autor. Pero, a su vez, los “expertos en gente” tienen una tendencia a convertir ese don especial en una preocupación (y a crear grupos pequeños y apasionados que tienden a lo mismo) descuidando las cuestiones de estructura y contenido. Una analogía adecuada sería una pieza teatral con un soberbio reparto y una hábil puesta en escena, para la cual alguien hubiera olvidado proporcionar un libreto.

Y si creen ustedes que voy a decir que Zelazny ofrece todos esos tesoros y evita todos esos descuidos; que lo tiene todo en cuanto a sustancia y estructura, medios y fines, textura, cadencia y ritmo, aciertan plenamente.

En la obra de Zelazny hay que aislar y examinar tres factores; y la sangre fría de tal declamación exige una enmienda. Permítaseme corregirla diciendo que son dos factores y un dedo indicador, un ademán vago e inarticulado hacia algo que está Allá Afuera (o Arriba, o Adentro) y que puede ser analizado casi con tanta eficacia como el efecto interno de observar el cambio de color en la piel de una burbuja, o esa explosión silenciosa en alguna parte dentro del diafragma que es uno de los indicios del amor.

En primer lugar, los relatos de Zelazny son fabulosos. Utilizo esta palabra en un

sentido especial y totalmente exacto. Esopo no contó, ni se propuso contar, una historia verídica de un improbable zorro vegetariano provisto del habla y de criterios valorativos humanos respecto de un racimo de inalcanzables uvas. Estaba diciendo algo distinto y algo más grande que lo que dijo. Y he comprendido con el paso de los años que la grandeza de la literatura y la importancia de las entidades literarias (el capitán Ahab, Billy Budd, Hamlet, Job, Uriah Heep) está realmente en esta cualidad fabulosa. Podríamos llamarlos tediosamente arquetipos de Jung; pero los reconocemos a ellos y/o sus trances situacionales en nuestros contactos diarios con este casero, aquel patrón, y en las personas amadas. Una fábula dice más de lo que dice; excede sus propios parámetros. Zelazny siempre dice más de lo que dice; todos sus cuentos tienen aplicaciones, iluminan verdades; ofrecen al lector herramientas (y a veces armas) con las cuales no estaba equipado antes, y para, las cuales puede hallar usos cotidianos muy afuera de los límites del relato.

En segundo lugar hay, a medida que uno lee más y más dentro de la obra de este extraordinario autor, una creciente sensación de entusiasmo, un gradual reconocimiento de algo que (al menos en mí) engendra un asombro cada vez mayor. Esta sensación, aunque resulte extraño, no proviene de ninguna de sus muchas excelencias, sino de sus defectos. Porque tiene defectos, y en abundancia. A veces se intuye que algunos (muy pocos, me apresuro a agregar) de sus giros literarios más vividos se beneficiarían con la aplicación de Dulcote (un material para dibujantes, una espuma plástica que atenúa de manera uniforme el brillo y el lustre donde se aplica). No porque no sean hermosos, ya que la mayoría lo son, Dios lo sabe, sino porque incluso un artesano de la palabra tan hábil como Zelazny puede olvidar a veces que ese tipo de creación impide quizá que el lector avance con rapidez de aquí hasta allá, y que debería colocar los muebles fuera del camino. Si me golpeo la espinilla contra una mesa de café, no viene mucho al caso que la mesa sea el artefacto más exquisitamente terminado de este lado del Rey Sol. Especialmente si fue el autor mismo quien me hizo caminar en esa dirección. Y también está el asunto de las referencias exóticas: la introducción de uno de esos términos filosóficos alemanes absolutamente precisos, y en consecuencia intraducibles, o una cita de la mitología clásica. Esto es algo difícil de criticar sin ser mal interpretado. Un escritor realmente bueno tiene el derecho, si no el deber, a la arrogancia, y debe sentirse libre de decir lo que le venga en gana y de la forma que desee. Por otra parte, escribir, como las elecciones, la cópula, una sonata o un puñetazo en la boca, es *comunicación*, una necesidad absoluta para la existencia misma de los seres humanos en cualquier área, concreta o abstracta, y que puede definirse como la acción realizada por seres humanos que evoca una respuesta afín de otros seres humanos. La comunicación es un fenómeno a dos puntas, transmisor-receptor, o no existe. Y si la respuesta que evoca no es afín (“¿qué demonios significa *eso*?” en lugar de “¡claro, por supuesto!”) la comunicación existe pero está mutilada. Hay una línea tenue e imprecisa entre agregar al uso de un término exótico una definición lo cual puede ser sumamente insultante para el lector que lo entiende y arrojarle algo nudoso y difícil de aferrar sin aviso previo ni explicación posterior. Sí, el lector *debe* hacer parte del trabajo; cuanto más hace más participa, y cuanto más se lo lleva a participar mejor es el relato (y el autor). Por otra parte, esas amenazas para la navegación, por muy adecuadas que sean, no deberían detenerlo o arrojarlo fuera de la corriente en que lo ha situado el autor. Todo se reduce a tener en cuenta quién escucha —a quién está dirigida la comunicación— y qué merece. Merece mucho, porque está en el otro extremo de algo que no podría existir sin él. Aquellos en él (porque es muchos) a quienes hay que hacer concesiones, *no* lo merecen. Los que son

capaces de atrapar todo lo que les arroja un autor realmente bueno son la alegría del escritor, pero siempre una parte reducida de esa entidad multifacética y muy humana, El Lector. Para un escritor hábil siempre hay un modo de aumentar al máximo la comunicación con medios aceptables para la arrogancia del escritor; basta con que lo piense. A un escritor menos hábil que Zelazny le perdonamos sin vacilar la incapacidad para pensarlo; pero este escritor no tiene esa excusa. Con lo cual llegamos al punto fundamental de este comentario; Roger Zelazny es un escritor de tantos méritos que uno lo juzga con normas más elevadas que las que usa con otros, una cruz que llevará durante toda su vida literaria. Por suerte, los hombros que la cargan son evidentemente musculosos.

La cuestión más amplia, que surge de este examen de los defectos, se refiere al tipo de defectos que son. Pues en ninguna de las cosas que mencioné, ni en las que podría mencionar, hay uno solo que nazca de la incapacidad. Cada uno de ellos es producto del crecimiento, la expansión, la prueba, el tránsito, el flujo. Nada se puede decir sobre un escritor que asuste más (aunque a algunos no les asusta) que el elogioso comentario de “acabado”. Un diamante perfectamente labrado es hermoso a la vista, y su misma existencia prueba una habilidad extrema y una ardua labor; pero desde allí no tiene intrínsecamente a dónde ir. Un gran árbol alcanza su “acabado” definitivo cuando se lo corta; y entonces puede convertirse en escarbadiantes o templos, pero como árbol ha muerto y desaparecido. Está vivo únicamente lo que cambia día a día, célula a célula. Y es en este ámbito donde he detectado y experimento una creciente sensación de miedo ante la obra de Zelazny, porque Zelazny es joven y ya un gigante; transmitirle el hecho de que puede despertar y ha despertado este miedo; que la curva que trazó con su obra, inicial puede prolongarse hasta alcanzar verdadera grandeza, y que si sigue su estrella como escritor todo lo demás le llegará. Si en algún momento algo le parece más importante, debe saber que no lo es. Si en algún momento algo lo desvía de escribir, debe tener la total seguridad de que, sea lo que sea, o parezca ser, al menos que su don. Hasta ahora no ha dado indicio, de haber cesado de crecer, ni de que eso llegue a ocurrir.

¿Saben ustedes qué raro es esto?

Los cuatro relatos de este libro, enumerados aquí excelencia ascendente según mi sistema, un sistema intensamente personal y en consecuencia tal vez falible para ustedes, pertenecen todos a esa maravillosa especie que me hace envidiar a quien no los ha leído y está a punto de hacerlo.

Las puertas de su cara, las lámparas de su boca, todo tamaño y velocidad, y sería un buen relato estuviera narrado puramente en un estilo de escribir lo-que-pasa, este-es-el-argumento, y sería también buen relato si se limitara a lo que ocurre en las mentes y los corazones de los personajes, y es un buen relato en ambos sentidos.

Las Furias es un *tour de forcé*, la fácil realización de algo que la mayoría de los escritores consideran imposible y algunos, muy buenos, insuperablemente difícil. De modo aparentemente casual ha creado entorno, personajes y una meta narrativa lo suficientemente lejana; lo hace creíble hasta el final y se va respirando tranquilamente, dejándolo a uno jadeante con una fábula en las manos.

El corazón cementerio pertenece a esa maravillo categoría que probablemente sea el mayor regalo de ciencia-ficción a la literatura y a los seres humanos: el relato “de realimentación”, el relato que dice “si esto continúa...”; una prolongación de algún aspecto de la escena actual que lo lleva a uno lejos afuera, a tiempos y lugares que uno nunca ha imaginado porque no puede; y cuando ha concluido, uno se vuelve y mira lo que Zelazny le mostró en esta realidad de aquí y ahora, compartiendo con uno este mismo día y este mismo planeta y uno sabe que le ha dicho algo, le ha dado algo que antes no tenía, y que nunca volverá a mirar con los mismos ojos ese aspecto de su mundo.

Una rosa para el Eclesiastés es uno de los relatos más importantes que he leído; quizá debiera decir que es una de las experiencias más memorables que he tenido. Ocurre (bueno, ¡les *dije* que esta era una clasificación muy personal!) que esta fábula en particular, con todos sus giros y vueltas verdaderamente asombrosos, hasta e incluyendo muy dolorosamente su desgarrador desenlace, es una atormentadora analogía de mi propia experiencia; y es posible que esta circunstancia astronómicamente inverosímil haga de él lo que es para mí, y que no les llegue a ustedes con tanta intensidad. Si lo hice, los destruiré. Pero con toda la objetividad de que soy capaz —que no es mucha— todavía me siento seguro de declarar que es una de las obras de arte más intrusamente escritas, hábilmente compuestas y apasionadamente expresadas que hayan aparecido en cualquier parte, jamás.

Brevemente, permítanme recomendar a la atención ustedes dos novelas de Roger Zelazny: *THIS IMMORTAL* y *THE DREAM MASTER*, y resumir todo lo que dicho aquí, y muchas cosas que no he dicho; resumir todas las emociones y pensamientos que tengo respecto de las obras de Roger Zelazny, pasadas y venideras; resumir lo que he sentido en la cumbre de todas sus narraciones y, sin falta, hasta ahora, en ese triste momento al volver la última página de cualquiera de ellas y de todas; resumir todo eso en una sola palabra que es:

Agradecido.

Theodore Sturgeon

Sherman Oaks, California

Las Furias

A veces la Naturaleza decide luego arrojar un hueso a aquellos a quienes mutila y aparta. A menudo ese hueso tiene la forma de una habilidad, generalmente inútil, o la maldición de la inteligencia.

A los cuatro años Sandor Sandor podía nombrar los ciento cuarenta y nueve mundos habitados de la galaxia. A los cinco podía nombrar las principales masas terrestres de cada planeta y dibujarlas toscamente sobre globos en blanco. Cuando llegó a los siete años conocía todas las provincias, estados, países y ciudades mayores de todas las masas terrestres principales de los ciento cuarenta y nueve mundos habitados de la galaxia. Leía Terrografía, Historia, Terrología y guías populares de viaje durante la mayor parte de las horas de vigilia, y estudiaba mapas y cintas grabadas de viajes. Tenía o parecía tener una cámara fotográfica detrás de los ojos, pues a los diez años nadie podía nombrar una ciudad de la galaxia sobre la cual Sandor Sandor no supiera *algo*.

Y continuó así.

Los lugares lo fascinaban. Formó una biblioteca de guías de calles y mapas de rutas. Estudió estilos arquitectónicos e industrias principales, y tipos raciales, formas de vida nativas, flora local, sitios históricos, hoteles, restaurantes, aeropuertos, oceanopuertos y espacio-puertos, estilos de ropa y ornamentación personal, condiciones climáticas, artes y oficios locales, hábitos dietéticos, deportes, religiones, instituciones sociales, costumbres.

Cuando rindió el doctorado en Terrografía, a los catorce años, le tomaron los exámenes orales mediante un circuito cerrado de televisión, porque tenía miedo de salir de la casa, ya que lo había hecho solamente tres veces en su vida, y en cada ocasión había experimentado un nuevo trauma. Esto se debía a que en ninguno de los ciento cuarenta y nueve mundos habitados de la galaxia existía remedio para cierta enfermedad muscular degenerativa. Dicha enfermedad le impedía a Sandor manipular incluso los más perfectos dispositivos prostéticos durante más de unos minutos sin experimentar fatiga y agudos dolores; y para salir necesitaba tres de esos dispositivos —dos piernas y un brazo derecho— que reemplazaran los que no le habían sido dados al nacer.

Antes que sufrir este dolor, o el dolor de alternar con otras personas que su tía Faye o su enfermera, la señorita Barbara, rindió los exámenes a través de un circuito cerrado de televisión.

La Universidad de Brill, Dombeck, estaba situada en el lado opuesto de ese pequeño planeta donde vivía Sandor; si no fuera por esa circunstancia, los profesores habrían ido a *su* casa, ya que lo respetaban considerablemente. Su disertación en 855 páginas *Algunas notas para una teoría sobre la matriz gravitacional que determina la formación de masas terrestres similares en cuerpos planetarios disimiles*, había llamado la atención hasta en la Universidad Interestelar, en la Tierra. Sandor Sandor, por supuesto, nunca vería la Tierra.

Sus músculos podían tolerar únicamente la gravitación de planetas más pequeños, tales como Dombeck.

Y sucedió que el Gobierno Interestelar, que vigila todo, había escuchado los exámenes orales de Sandor y la defensa de su disertación.

El profesor adjunto Baines era uno de los pocos amigos de Sandor. Incluso se habían visto varias veces en persona, en la biblioteca de Sandor, porque Baines solía pedirle prestados ciertos libros y luego se quedaba toda la tarde. Concluidos los exámenes, el profesor adjunto Baines permaneció varios minutos en el circuito, conversando con Sandor y durante ese lapso se refirió de manera casual a un talento casi inútil (es decir, inútil académicamente) de Sandor.

Al oírlo mencionar, el agente del gobierno alzó las orejas (era un rigeliano). Ansiaba un ascenso y recordó una olvidada circular interna...

El profesor adjunto Baines había aludido al hecho de que Sandor Sandor, en una ocasión, había estudiado una serie de treinta fotos de toda la galaxia civilizada, tomadas al azar, y que los detalles importantes de esas mismas fotos habían sido introducidos también en la computadora L-L del Departamento. Sandor había nombrado el planeta correcto en todos los casos, la masa terrestre en veintinueve, el país o territorio en veintiséis y en veintitrés casos había establecido correctamente la posición misma en un radio de cien kilómetros cuadrados. La computadora L-L había nombrado el planeta correspondiente a veintisiete fotos.

Para la computadora no era una tarea de amor.

Así se supo que Sandor conocía casi todas las calles de la galaxia. Diez años más tarde las conocía todas.

Pero tres años más tarde el rigeliano renunció a su puesto, disgustado, y fue a trabajar en la industria privada, donde se pagaba mejor y los ascensos eran más frecuentes. Sin embargo, sus anotaciones y la cinta grabada quedaron archivadas...

Benedick Benedict nació y creció en el líquido mundo de Kjum, y tenía el infalible poder de convertir en enemigo suyo a todo el que conocía.

Y existía una razón: mientras unos hombres encuentran su mayor placer en la bebida, y otros se abandonan a la glotonería, y otros son perezosos, o su principal deleite es la lujuria, o hacer *frinn*, para Benedick lo fundamental era el chisme: Benedick era un charlatán.

Los chismes eran su alimento y su bebida, su sexo y su religión. Estrecharle la mano era un error, a menudo catastrófico, pues, mientras apretaba la mano del interlocutor, sonriente, los ojos se le humedecían de pronto, y las lágrimas le corrían por las gordas mejillas.

Cuanto esto ocurría no era porque estuviese triste, ni mucho menos. Se trataba de una transformación somática que nacía de su reacción paranormal.

Estaba viendo la vida anterior del otro.

Además, era selectivo; veía solamente lo que buscaba. Y buscaba escándalo y odio y, peor aún, amor; buscaba delitos y desasosiego, recuerdos de incomodidad, dolor, futilidad, debilidad. Veía todo lo que un hombre quería olvidar, y hablaba de eso.

Si usted tiene suerte, no le hablará de lo suyo. Si alguna vez usted conoció alguien a quien él haya conocido del mismo modo, y este hecho aparece, comenzará a hablar de *esa* persona. Le hablará sobre la vida de ese hombre o esa mujer porque valora más aún esta forma de reacción social que la propia humillación de uno. Y sus ojos, su voz y su mano lo sujetarán a usted como la garra del Viejo Marinero, casi como en un sueño; y usted lo escuchará, y por debajo de la parálisis se escandalizará.

Entonces él se irá y les hablará a otros de usted.

Así era Benedick Benedict. Probablemente no advirtiera cuánto se lo odiaba, ya que esta reacción no aparecía hasta más tarde, varias horas después que él se había despedido y marchado. Dejaba a sus oyentes con la sensación de que acababan de ser violados... y luego el temor, la vergüenza o el asco los obligaba a reprimir lo que había pasado, y a tratar de olvidar a Benedick. O bien lo odiaban calladamente, porque era un peligro. Es decir, tenía amigos poderosos.

Era un animal sumamente social: le encantaba la atención; quería ser admirado; anhelaba tener público.

Y siempre lo encontraba, en alguna parte. Conocía tantos secretos que lo toleraban en lugares importantes a cambio de lo que tenía para contar. Además, era rico, pero ya hablaremos de eso en un instante.

Con el paso del tiempo se le hizo cada vez más difícil conocer nuevas personas. Su reputación se difundía en proporción geométrica respecto de lo que decía, y hasta quienes querían oírlo preferían sentarse en el otro extremo de la habitación, beber alcohol suficiente para amortiguar en parte los propios recuerdos, e instalarse cerca de una puerta.

Era rico porque su poder se extendía también a objetos inanimados.

Los minerales escaseaban en Kjum, el mundo líquido. Si alguien le llevaba una muestra y se la ponía en la mano, él podía decirle, llorando, dónde cavar para descubrir el filón principal.

Un solo pez atrapado en los vastos mares de Kjum le permitía trazar el recorrido de un cardumen.

Llorando, podía tocar el collar de perlas radiactivas de un nativo y adivinar dónde estaba situado el lecho de perlas de ese nativo.

Las asociaciones locales de seguros y las compañías de préstamos conservaban Archivos Benedict: la pluma utilizada por un hombre para firmar su contrato, la colilla aplastada de su cigarrillo, un pañuelo de plastex con el cual se había enjugado la frente, un objeto dejado en depósito, los restos de una prueba de biopsia o de sangre, para que Benedick pudiera utilizar su poder contra quienes no cumplían sus compromisos con esas compañías, contra quienes violaban sus leyes.

Tampoco se regocijaba con su poder. Simplemente lo disfrutaba. Porque era uno de los diecinueve paranormales conocidos en los ciento cuarenta y nueve mundos habitados de la galaxia, y no conocía otra manera.

Además, ayudaba ocasionalmente a las autoridades civiles, si consideraba justa su causa. Si no, perdía súbitamente el poder hasta que dejaba de hacer falta. Pero esto no sucedía con demasiada frecuencia, ya que Benedick Benedict era humanitario, y bien pago, porque había sido examinado en laboratorio, y probado clínicamente. Tenía el don de la psicometría. Podía captar pautas de pensamiento originadas fuera de su propio cráneo...

Lince Links parecía una pelota de playa con barba, un patriarca gordo con un parche en el ojo, un hombre a quien le gustaba comer y beber bien, vestirse con sencillez y estar con gente sencilla; era un hombre de sonrisa frecuente y voz suave y melodiosa.

En sus primeros años había acumulado en su hoja de servicios más muertes que ningún otro agente empleado por la Central Interestelar de Información. Cuarenta y ocho hombres y diecisiete formas de vida malignas había eliminado el Lince durante sus cincuenta años de ejercicio como agente. Era uno de los tres hombres de toda la galaxia que habían sobrevivido al medio siglo de trabajo para la CII. Vivía cómodamente con la pensión gubernamental, pese a tres esposas y una horda de nietos; ocasionalmente lo llamaban como asesor, y dedicaba parte de su tiempo a tareas laterales de misionero. Estaba convencido de que toda la vida era una sola, de que todos los hombres eran hermanos, y de que los asuntos de los hombres debían ser regidos por el amor y no por el odio o el miedo. En las Sesiones de Tranquilidad solía comentar que incluso había matado con amor, respetando y reverenciando la persona y el espíritu del hombre señalado para morir.

Esta es la historia de cómo fue convocado a volver de Hosanna, el Mundo de la Grande y Gloriosa Llama de la Vida Divina, y reunido con Sandor Sandor y Benedick Benedict para dar caza a Victor Corgo, el hombre sin corazón.

Victor Corgo era capitán del *Canguro*. Victor Corgo era astrogador principal, primer oficial y jefe de maquinistas del *Canguro*. Victor Corgo *era* el *Canguro*.

En una época el *Canguro* era una orgullosa nave guardiana, un hongo de ébano cubierto de verrugas enjoradas: los proyectores de frase rápida. En una época el *Canguro* saltaba orgulloso por los mundos fronterizos del sistema interestelar, administrando la

singular justicia del Código Galáctico Uniforme... en los sitios donde no había otra ley. En una época el orgulloso *Canguro*, bajo las órdenes del capitán de la Guardia Victor Corgo, había recorrido las profundidades del espacio, y había llegado a ser una leyenda bajo cielos legendarios.

Terror de bandidos y de feos seres inhumanos, amenaza para los transgresores del Código y aguijón para los malhechores de todas partes, Corgo y su hongo resplandeciente (capaz de arrasar todo un continente bajo el nivel de las aguas en un solo día) eran el orgullo de la Guardia, lo mejor de lo mejor, la crema seleccionada de todo lo demás.

Lamentablemente Corgo se vendió.

Se convirtió en un canalla.

... Un traidor.

Un héroe corrupto...

Después de cuarenta y cinco años en la Guardia, apenas a media década de la jubilación, perdió su tripulación entera en un inoportuno ataque contra una fortaleza pirata en el planeta Kilsh, que podía haber llegado a ser el centésimo quincuagésimo mundo habitado del sistema interestelar.

Arrastrándose, apenas con vida, había logrado recorrer la mitad del vasto campo nevado de Brild, en la principal masa terrestre de Kilsh. En el momento fortuito, cuando la Muerte se acercaba con su tradicional susurro, lo arrancaron de su ruta de tránsito, por así decirlo, los Orillen, una tribu nómada de cuadrúpedos feos e inteligentes que lo llevaron a su campamento y allí le curaron las heridas, lo alimentaron y le dieron calor. Más tarde, con la colaboración de los Drillen recuperó el *Canguro* y todo el armamento del sitio donde se había clavado treinta metros en el hielo.

Sin tripulación, instruyó a los Drillen.

Con los Drillen y el *Canguro* atacó a los piratas.

Y venció.

Pero no se detuvo en eso.

No.

Cuando se enteró de que los Drillen estaban señalados para morir según el Código Uniforme, traicionó a su propia especie. Los Drillen se habían negado a ser trasladados a un decoroso mundo de reservación, y habían decidido seguir ocupando lo que llegaría a ser el centésimo quincuagésimo mundo habitado de la galaxia (es decir, del sistema interestelar).

Por lo tanto, se había dado la orden de destruirlos.

El capitán Corgo protestó, fue declarado fuera de servicio.

El capitán Corgo amenazó, fue amenazado a su vez.

El capitán Corgo luchó, lo vencieron, murió, fue resucitado, eludió el cerco, se convirtió en proscripto.

Se llevó consigo el *Canguro*. En los días de orgullo lo habían llamado *el Canguro Feliz*, ahora era solamente el *Canguro*.

Cuando los rayos tractores dieron caza a la nave, cuando sus vibraciones traspasaron el negro casco y laceraron la carne de Corgo, éste reunió a sus seis Drillen, acarició la piel de Mala, su favorita, abrió la bocal para hablar, y murió en el preciso momento en que comenzaban las palabras y las lágrimas.

Lo siento... dijo.

Pero le dieron un corazón nuevo. La fibrilación había despedazado el viejo, que no tenía arreglo. Pusieron el viejo en un frasco y le dieron un huevo reluciente y antiséptico de palpitante metal, que se expandía y contraía a intervalos variables, según lo que las computadoras del tamaño de una semilla instaladas en su interior decían sobre la respiración de Corgo, el azúcar en su sangre y la secreción de sus diversas glándulas. Las semillas y el huevo contenían su vida.

Cuando se aseguraron de que así era, y de que seguiría siendo así, le informaron sobre los procedimientos legales de un consejo de guerra.

Sin embargo, él no esperó a que lo juzgaran. Quebrantando su libertad condicional, escapó del Puesto de Guardia llevándose consigo a Mala, única Drillen que quedaba en toda la galaxia. Los cinco semejantes de Mala no habían sobrevivido al análisis científico de la índole de sus estructuras internas. El resto de la raza, por supuesto, había rechazado el traslado.

Entonces el hombre sin corazón declaró la guerra al género humano.

Saquear un planeta entraña gastos considerables. Hacen falta enormes aparatos desintegradores, cortadores, lavadores y refinadores para reducir un mundo casi a un estado de caos primigenio, y para extraerle luego sus ingredientes esenciales (es decir, comercialmente viables). Los libros de historia hablan del saqueamiento de minas en el planeta madre, en épocas antiguas. Y bien: los toscos procesos de entonces eran similares a los actuales en intensidad y resultados, pero las operaciones eran en escala mucho menor.

Imaginemos cien kilómetros de Gran Cañón que aparecen de la noche a la mañana, imaginemos miles de milenios terrológicos desandados en un abrir y cerrar de ojos;

imaginemos todas las Edades de Hielo de la Tierra, y comprimámoslas en una sola estación. Esto dará una idea general en cuanto a tiempo y efecto.

Ahora pensemos en la mano de obra importada; los hombres que perforan y desintegran y cortan y lavan para las grandes compañías mineras. No son hombres incultos, pero sin duda aceptan correr un gran riesgo —tal vez sólo por un año, debido a los altos sueldos; o tal vez por oportunismo, debido a los altos sueldos—; estos hombres, que recorren tres mundos en un año, que descienden del cielo en naves llenas de ciudad, en campamentos mineros remolcados por el espacio; estos hombres, que provienen de toda la galaxia habitada, que llevan consigo la fuerza de la herramienta y de la flexión del pulgar, que muestran en la frente la marca de Fénix Solar y en los ojos el frío de los espacios que han cruzado, saben qué hacer para lograr que las cúpulas de átomos se eleven ante ellos y para invocar las trompas-tornados de vértices aspiradores desde los cargueros al otro lado del firmamento, y lo hacen con minuciosidad y eficiencia, y no sin estilo, tradición, canciones y risa; porque son las cuadrillas de trabajo pesado, que trabajan contra el tiempo (que es dinero) para ganar tonelaje (que es dinero) y llegar al mercado antes que sus competidores (lo cual es importante, dado que el valor de un mundo influye sobre las ventas futuras durante muchos meses); estos hombres, que llevan en una mano la llama y en la otra el torbellino, que llegan con sus familias y todas sus pertenencias, erigen metrópolis temporarias, representan su acto de magia y se marchan... una vez finalizado el truco de la desaparición.

Ahora que ya tenemos una idea de lo que ocurre y de quién está presente en la escena, el problema es este:

Saquear un planeta entraña gastos considerables.

No interpretemos mal: las ganancias son más que proporcionadas. Sólo que podrían ser aún mayores...

¿De qué manera?

Bueno... Para empezar, la maquinaria pesada necesaria es, en general, muy fácil de reemplazar. Es decir, la maquinaria instalada dentro de la metrópoli migratoria.

Trasladarla es costoso. No trasladarla no lo es. Porque resulta de veras más barato, en términos de material y mano de obra, fabricar nuevas unidades que acelerar las antiguas más allá de un promedio de 2.6 veces.

Las compañías mineras no las producen (y en verdad preferirían no hacerlo); a las compañías mineras de fabricación les gusta fabricar nuevas unidades tanto como a las compañías mineras les gusta perder las viejas.

Y por supuesto es maquinaria alquilada, o maquinaria sobre la cual todavía se está pagando a las compañías financiadoras, ya que trasladar los pagos hace más fácil enfrentar al Servicio de Réditos Interestelar cada año.

Abandonar las unidades sería un delito, violatorio del acuerdo arrendador-arrendatario o del Código Comercial Interestelar.

Pero ocurren accidentes...

A menudo con demasiada frecuencia para permitir estadísticas cómodas.

Allá afuera en la frontera desierta.

Entonces las grandes compañías aseguradoras investigan, y por último suspiran e indemnizan a los poseedores del embargo.

... Y los cargueros llegan adelantados al mercado, porque hay menos que dismantelar, autorizar y embarcar.

Se ahorra tiempo, los compromisos se cumplen con anticipación, se obtiene en general un precio mejor, y de esta manera se logra una ventaja respecto de los beneficios a obtener del próximo mundo.

Todo lo cual es muy agradable.

Salvo para las compañías aseguradoras.

Pero ¿qué puede ocurrirle a una Nueva York transitoria repleta de equipo pesado?

Bueno, algunos lo llaman sabotaje.

... Otros lo llaman asesinato en masa.

... Guerra no declarada.

... El rayo de Corgo.

Pero está escrito que es mejor incendiar una ciudad que maldecir la oscuridad.

Corgo no maldecía la oscuridad.

... Muchas veces.

El día en que se reunieron en Dombeck, Benedick tendió la mano, sonrió, dijo:

—Señor Sandor...

Cuando su mano fue estrechada la sonrisa se le invirtió y luego le desapareció del rostro. Estaba apretando una mano artificial.

Sandor asintió con la cabeza y bajó la mirada.

Benedick se volvió hacia el hombre corpulento con un parche sobre el ojo.

... ¿Y usted es el Lince?

—Exacto, hermano. Me disculparé si no le doy la mano. Mi religión lo prohíbe. Creo que no hace falta reafirmar la unicidad de la vida.

—Por supuesto —dijo Benedick—. Conocí a un hombre de Dombeck. Era un contrabandista de *gnil* llamado Worten Wortan...

—Ha ido a reunirse con la Gran Llama —dijo el Lince—. O sea que está muerto. La CII lo apresó hace dos años. Pasó a la Llama mientras intentaba escapar de encierro.

—¿De veras? —dijo Benedick—. En una época fue *gnil* adicto también...

—Lo sé. Leí su prontuario en relación con otro caso.

—En Dombeck abundan los contrabandistas de *gnil* —Sandor.

—Sí —el Lince.

—Sí —Sandor.

—El agente de la CII me dijo que muchas compañías aseguradoras han presentado protestas a través de sus representantes en Interestelar.

—Es verdad —Lince.

—Sí —Sandor, mordiéndose el labio—. Caballeros, ¿tienen inconveniente en que me quite las piernas?

—Ninguno —el Lince—. Somos colaboradores, y en nuestras reuniones debe reinar la informalidad.

—Hágalo, por favor —dijo Benedick.

Agachándose en su sillón, Sandor oprimió los controles acopladores. Se oyeron dos golpes bajo el escritorio. Reclinándose, contempló los estantes llenos de globos.

—¿Le causan dolor? —preguntó Benedick.

—Sí —Sandor.

—¿Tuvo un accidente?

—Nacimiento —Sandor.

El Lince levantó a la luz una garrafa de líquido parduzco, y miró a través de ella.

—Es un coñac local —Sandor—. Bastante bueno. Algo parecido al *xmili* de Bandla, pero que no crea hábito. Pruébalo.

El Lince lo probó, y tuvo la garrafa delante toda la tarde.

—Corgo es un destructor de propiedades —dijo Benedick.

Sandor asintió con la cabeza.

—... Y un defraudador de compañías aseguradoras, un desfigurador de cuerpos planetarios, un desertor de la Guardia...

—Un asesino —Sandor.

—... Y un zóofilo —concluyó Benedick.

—Ajá —el Lince, chasqueando los labios.

Es tan gran ofensor de la tranquilidad pública que hay que dar con él.

—... Y pasarlo a través de la Llama para que se purifique y renazca.

—Sí, debemos buscarlo y matarlo —dijo Benedick.

—¿Están aquí las dos piezas de equipo? —el Lince.

—Sí, el transmisor fásico está en la otra habitación.

—... ¿Y? —preguntó Benedick.

—El otro objeto está en el cajón inferior de este escritorio, a la derecha.

—Entonces, ¿por qué no empezamos ahora?

—Sí, ¿por qué no ahora? —el Lince.

—Muy bien —Sandor—. Pero uno de ustedes tendrá que abrir el cajón. Está en un frasco de cristal pardo al fondo.

—Yo lo sacaré —dijo Benedick.

Al cabo de un rato lanzó un gran sollozo, allí sentado, con mundos en hileras a su

espalda, lágrimas en las mejillas, y el corazón de Corgo apretado entre las manos.

—Está frío y oscuro...

—¿Dónde? —el Lince.

—Un sitio pequeño. ¿Una pieza? ¿Una cabina? Paneles de instrumentos... Un zumbido... Frío, y ángulo absurdos por todas partes... Vibración... ¡Duele!

—¿Qué hace? —Sandor.

—... Sentado, casi acostado... en un lecho tejido, su lado duerme algo peludo. Ángulos... torcidos... todo... mal. ¡Duele!

—El *Canguro* en tránsito —Lince.

—¿Adónde va? —Sandor.

—¡DUELE! —gritó Benedick.

Sandor dejó caer el corazón en el regazo.

Comenzó a temblar. Se frotó los ojos con el dorso de las manos.

—Me duele la cabeza —anunció.

—Tome un trago —Lince.

Tragó una vez, luego sorbió.

—¿Por dónde iba?

El Lince alzó los hombros y los dejó caer.

—El *Canguro* iba a alguna parte en fase rápida, Corgo dormía el sueño fásico. Ir en fase rápida estando del todo consciente es una sensación inquietante. La distancia y la duración se distorsionan. Lo encontró en mal momento, bajo el efecto de calmantes y sujeto al impacto del continuum. Tal vez mañana sea mejor.

—Ojalá.

—Sí, mañana —Sandor.

—Mañana... Sí.

—*Había* otra cosa —agregó—, algo en su mente... Un sol donde antes no había

ningún sol.

—¿Un incendio? —Lince.

—Sí.

—¿Un recuerdo? —Sandor.

—No; va en camino para hacerlo.

El Lince se puso de pie.

—Me comunicaré con la CII por transmisor fásico y les informaré. Ellos podrán verificar qué mundos están siendo minados en este momento. ¿Tiene alguna idea de cuándo?

—No, eso no puedo determinarlo.

—¿Qué aspecto tenía el globo? ¿Qué configuraciones continentales? —Sandor.

—Ninguna. El pensamiento no era tan específico. Su mente divagaba, llena sobre todo de odio.

—Llamaré ahora... Y volveremos a probar...

—Mañana. Ahora estoy cansado.

—Acuéstese entonces. Descanse.

—Sí, puedo hacer eso.

—Buenas noches, señor Benedict.

—Buenas noches...

—Duerma en el corazón de la Gran Llama.

—Espero que no.

Mala gimió y se acercó a su Corgo, porque estaba soñando un mal sueño: Otra vez se encontraban en el gran campo nevado de Brild, y ella procuraba ayudarlo a caminar, a avanzar. Pero él resbalaba continuamente, y en cada ocasión permanecía más tiempo tendido, y cada vez se levantaba con más pesadez y avanzaba con paso más lento aún. Intentó encender una hoguera, pero los demonios de nieve giraban y caían como carámbanos desde las siete lunas, y las danzantes llamas verdes morían apenas nacían entre sus manos.

Finalmente, en la cima de una montaña de hielo, ella los vio. Eran tres.

De pies a cabeza estaban vestidos de llamas; sus ardientes cabezas se movían de un lado a otro; uno de ellos se inclinó, olfateó el suelo, se levantó y señaló en dirección a Corgo y Mala. Entonces echaron a correr cuesta abajo, sembrando llamas, derritiendo un sendero a su paso, saltando sobre montículos y lomas de nieve, los brazos tendidos hacia adelante.

Venían en silencio, deteniéndose únicamente mientras uno olfateaba el aire, el suelo...

Ahora los oía respirar, sentía su calor...

En pocos instantes llegarían...

Mala gimió y se acercó más a su Corgo.

Durante tres días Benedick probó, apretando el corazón de Corgo como la bola de cristal de una gitana, mojándolo con sus lágrimas, estrujándolo hasta casi devolverle la vida. Después le dolía la cabeza durante horas, cada vez que se encontraba con el impacto del continuum. Lloraba largas y húmedas lágrimas durante horas fuera del contacto, lo cual era insólito. Antes siempre se había apartado del dolor inmediato; su fuerte era la angustia recordada, algo totalmente distinto.

Sufría cada vez que tocaba a Corgo y su mente era aspirada a través de ese subterráneo en el cielo; y durante esos tres días tocó a Corgo once veces, y luego perdió de veras su poder.

Sentado como una oscura masa metálica sobre el casco del *Canguro* contemplaba a través de mil kilómetros el llameante horno que él mismo había alimentado hasta la temperatura del templado de acero; y se *sentía* como un trozo de metal puesto allí sobre un yunque, esperando a que el martillo volviera a caer, como siempre lo hacía, esperando a que golpeará una y otra y otra vez, impartándole nueva dureza, eliminando en su interior cada vez más lo que era vil, aquello que sabía de piedad, remordimiento y culpa, una y otra y otra vez, y dejando solamente esa dura, muy dura forma de odio, como una bota de hierro, que vivía en el centro de la masa, él mismo, y que exigía constante martilleo y calor.

Sudando mientras miraba, sonriendo, Corgo tomó fotografías.

Cuando uno de los diecinueve paranormales conocidos en los ciento cuarenta y nueve mundos habitados de la galaxia pierde súbitamente sus poderes, y los pierde en un momento decisivo, es como en los viejos cuentos, cuando un día una princesa es atacada de un mal desconocido y el rey, su padre, convoca a todos sus sabios y reclama los mejores médicos del reino.

De manera similar, Mamá CII (como un *Rex ex machina*) convocó a sabios y

consejeros de diversos bancos de cerebros y talleres de reparaciones cerebrales en toda la galaxia, incluyendo la Universidad Interestelar en la Tierra misma. Pero ¡ay! Si bien todos diagnosticaron, ninguno pudo ofrecer alguna sugerencia que fuera inmediatamente aceptable para todas las partes interesadas:

—Bombardéenle el tálamo con partículas Beta.

—Hipnoregresión al útero, y restauración en un momento pretraumático de su vida.

—Más impacto de continuum.

—Seis semanas en un satélite de placer, y dos aspirinas cada cuatro horas.

—Hay una antigua operación llamada lobotomía...

—Mucho líquido y legumbres verdes con hojas.

—Contraten otro paranormal.

Por un motivo u otro, el jefe se opuso a todas estas soluciones, y la última era imposible por el momento. Al final, la cuestión fue hábilmente resuelta por la enfermera de Sandor, la señorita Barbara, quien apareció un día en la galería, donde Benedick, sentado, se abanicaba y bebía *xmili*.

—¡Vaya, señor Benedick! —anunció ella, mientras depositaba su robusta persona en otro sillón y cortaba su *redlomda* con tres dedos de *xmili*—. ¡Qué sorpresa encontrarlo aquí! Pensé que estaría en la biblioteca con los muchachos, trabajando en ese proyecto ultrasecreto, ocultísimo y decisivo llamado “Guiso de Canguro” o algo parecido.

—Ya ve que no —dijo él, mirándose fijamente las rodillas.

—Bueno, también es agradable a veces pasar el rato. Sentarse. Relajarse. Descansar de la persecución de Victor Corgo...

—Por favor, usted no tiene por qué estar enterada del proyecto. Es ultrasecreto y decisivo...

—Y también ocultísimo, ya sé. El pobre Sandor habla tanto en sueños, todas las noches... Cada noche lo arropo y me quedo sentada a su lado hasta que él se pierde en el país de los sueños, pobrecito.

—Hm... sí. Pero, por favor, no hable del proyecto.

—¿Por qué? ¿No va bien?

—¡No!

—¿Por qué no?

—¡Ya que insiste en preguntarlo, por culpa *mia*! Tengo una especie de impedimento... El poder no viene cuando lo llamo.

—¡Oh, qué lástima! ¿Quiere decir que ya no puede espiar la mente de otros?

—Exacto.

—Vaya, vaya... Pues entonces hablemos de otra cosa. ¿Alguna vez le conté de cuando era la cortesana más cara de Sórdido V?

Benedick volvió lentamente la cabeza hacia ella.

—Noooo... —dijo—. ¿Se refiere usted a *ese* Sórdido?

—Oh, sí. Solían llamarme Barby la Brava. Todavía cantan baladas, ¿sabe?

—Sí, las he oído. Muchos versos...

—Tome otra copa. ¿Sabe que una vez acuñaron una moneda con mi imagen? Ahora, por supuesto, es una pieza de coleccionista. En pose de cuerpo entero, color carne... Mire, la llevo en esta cadena, colgada del cuello... Acérquese más, la cadena es corta.

—Muy... interesante. Em... ¿cómo ocurrió todo esto?

—Bueno... todo empezó con el viejo Pruria Van Teste, el banquero, de los Testes importadores-exportadores. Durante mucho tiempo se contentó con mujeres sintéticas, pero al entrar en años empezó a pensar que se había perdido algo bueno. De modo que un buen día me envió diez docenas de orquídeas hravianas y una liga de diamantes, junto con una invitación a cenar con él...

—Aceptó, por supuesto.

—Naturalmente que no. Por lo menos, la primera vez. Me di cuenta de que estaba muy ansioso.

—Bueno, ¿y que pasó?

—Espere a que prepare otra *redlomda*.

Luego, aquella tarde, el Lince salió a la galería durante sus meditaciones, y vio a la señorita Barbara y a Benedick que lloraba sentado junto a ella.

—¿Qué enturbia tu tranquilidad, hermano mío? —preguntó.

—¡Nada! ¡Nada en absoluto! Todo es maravilloso y hermoso... Siento que he recobrado mi poder —y se enjugó los ojos con la manga.

—¡Bendita seas, buena señora! —dijo el Lince, tomando la mano de Barbara—. Tus sencillos consejos han hecho más para curar a mi hermano que todos esos costosos médicos traídos aquí con grandes gastos. En tus simples palabras reside la virtud, y eres muy amada de la Llama.

—Se lo agradezco, por cierto.

—¡Ven, hermano, volvamos a la tarea!

—Sí, vamos. ¡Oh, Barby, gracias!

—De nada.

En cuanto Benedick tomó en las manos el destartado bombeador de sangre, los ojos se le nublaron. Acariciándolo, se reclinó, y a cada lado de la nariz se le formaron manchas húmedas que crecieron como bien alimentadas amebas, sufrieron mitosis y se precipitaron a explorar las cercanías de su prominente labio superior.

Suspiró una vez, profundamente.

—Sí, allí estoy.

Pestañeó, se lamió los labios.

—... Es de noche. Tarde. Una morada primitiva. Paredes como de barro, con trozos de paja... Todas las luces apagadas, salvo la de la máquina, que llega hasta...

—¿Máquina? —Lince.

—¿Qué máquina? —Sandor.

—... Un proyector. Imágenes en la pared... Un mundo... grande, llena todo el cuadro... en el mundo manchas de fuego, cerca de la parte superior. En tres sitios...

—¡Bhave VII! —Lince—. ¡Hace seis días!

—A la derecha la costa es así... Y a la izquierda, así.

Con el dedo índice trazó dibujos en el aire.

—Bhave VII... —Sandor.

—Contento y descontento al mismo tiempo... difícil separar ambas sensaciones.

Pero allí hay culpa... aunque mezclada con placer. Venganza. Odio a la gente, a los humanos... Ahora ajustamos el proyector, lo detenemos en una llamada... ¡Cómo brilla! ¡Qué bueno! ¡Oh, magnífico! ¡Así aprenderán! Aprenderán a arrebatarse lo que pertenece a otros... ¡A asesinar una raza! El generador zumba. Es viejo, y huele mal. El perro está tendido sobre nuestro pie. El pie está entumecido, pero, no queremos molestar al perro, porque es la cosa preferida de Mala... su único juguete, acompañante, muñeca viviente, de cuatro patas... Ella le rasca detrás de la oreja con el miembro delantero, y el perro la quiere. La luz se filtra sobre ellos... Se los ve claramente. La brisa es muy cálida, por eso no llevamos camisa. Mueve la cortina con borlas... No hay campo de fuerza ni cristal de ventana... Junto al proyector zumban insectos; en el mundo incendiado siluetas de pterodáctilos...

—¿Qué clase de insectos? —Lince.

—¿Alcanzas a ver del otro lado de la ventana? —Sandor.

—... Afuera hay árboles... árboles bajos... apenas unos perfiles chatos. No se distingue dónde empiezan los troncos... El follaje es demasiado denso, demasiado apretado. Demasiado oscuro afuera. En la distancia, una luna pequeña... Algo *de este tamaño* sobre una colina... —Las manos de Benedick moldearon un nabo clavado en un obelisco—. No estoy seguro de la distancia, del tamaño, del color o de qué está hecho...

—¿El nombre del sitio está en la mente de Corgo? Lince.

—Si pudiera tocarlo con la mano, lo sabría, sabría todo. Pero de esta manera recibo sólo impresiones... pensamientos superficiales. Ahora no piensa dónde está. ... El perro gira sobre el lomo, apartándose de nuestro pie... ¡por fin! Ella le rasca la panza, mi amor oscuro... El perro mueve una pata trasera como si buscara una pulga... agita la cola. El perro se llama Dilk... Ella le dio ese nombre, lo quiere... Es como uno de su raza. Que fue asesinado. Odio a la gente... a los humanos. *Ella* es gente. Mejor que... No mata aquello que respira por provecho egoísta, por Interestelar. Mejor que la gente, mis pequeños amigos, mejor... Un insecto se posa en el hocico de Dilk. Ella lo espanta. Segmentado, dos pares de alas unos cinco milímetros de longitud, globo rosado en la punta delantera, bulboso, y al volar zumba, el insecto... Me preguntaste...

—¿Cuántas entradas tiene ese lugar? —Lince.

—Dos. Una puerta en cada lado de la choza.

—¿Cuántas ventanas?

—Dos. En paredes opuestas... las que no tienen puertas. No veo nada a través de la otra ventana... Demasiado oscuro de ese lado.

—¿Algo más?

—En la pared una espada... empuñadura larga, muy larga, para dos manos... tal vez más larga aún..., ¿tres? ¿cuatro...? pero hojas cortas, dos... empuñadura en el medio... y cada hoja es recta, de doble filo, larga como el antebrazo... A su lado una máscara de... ¿flores? Demasiado oscuro para verlo. Las hojas brillan; la máscara es opaca. Parece de flores. Muchas, pequeñas... La máscara tiene cuatro lados, en forma de cometa, con la punta grande hacia abajo. No distingo rasgos. Pero sobresale bastante en la pared... Mala está inquieta. Quizá no le gusten las fotos... o acaso no las ve y se aburre. Sus ojos son diferentes. Ahora nos acarició el hombro con el hocico. Le echamos un líquido en el tazón. Nosotros tomamos otro. Ella no bebe el suyo. La miramos fijamente. Ella inclina la cabeza y bebe. Bajo nuestras sandalias, piso de tierra bien apisonado. En él muchos... ¿guijarros? diminutos blancos, polvorientos. La mesa es de madera natural... El generador chisporrotea. La imagen vacila, vuelve... No frotamos la barbilla. Necesitamos afeitarnos... ¡Qué diablos importa! No tenemos que presentarnos a ninguna inspección. Bebemos... uno, dos... ya está.

¡Otro!

Sandor había enroscado una cinta grabada en su visor, y la hacía girar y detenerse, girar y detenerse, girar y detenerse. Consultó su cronómetro de mundos.

—Afuera, ¿la luna parece moverse hacia arriba, hacia abajo o a través del cielo?

—A través.

—¿De derecha a izquierda, o de izquierda a derecha?

—De derecha a izquierda. Parece más o menos un cuarto después del cenit.

—¿Alguna coloración?

—Anaranjada, con tres líneas negras. Una comienza más o menos en la posición de las once en un reloj, atraviesa un cuarto de la superficie, baja derecho y vuelve a cortar en la posición de las siete. La otra comienza en la posición de las dos y baja a la de las seis. No se cruzan. La tercera es una pequeña letra “c” invertida... cuarto inferior derecho... La luna no es grande, pero sí muy clara. No hay nubes.

—¿Distingues alguna constelación? —Lince.

—... La cabeza ya no mira hacia allí, no miró el tiempo suficiente hacia la ventana. Ahora se oye un ruido lejano... Un farfalleo agudo, casi metálico. Animal. Él imagina un ser arbóreo de seis patas, que mide la mitad de la estatura de un hombre, pelo pardo rojizo, escaso... Puede ir por el suelo en dos, cuatro o seis patas. Pero no baja mucho al suelo. Anida en lo alto. Pone huevos. Muchos dientes. Come carne. Ojos pequeños y grandes... dos. Grandes fosas nasales. Molesto, pero no peligroso para los hombres... fácil de espantar.

—Está en Disten, el quinto mundo del Sistema de Blake —dijo Sandor—. El lado nocturno significa que él está en el continente Didenlan. La luna Babry, ya mucho más allá del cenit, significa que él está al este. Una mezquita mella indica un poblado mella-musulmán. La espada y la máscara parecen hortanianas. Estoy seguro de que fueron traídos desde más adentro del continente. Los restos cretáceos lo situarían cerca de Landear, que *es* mella-musulmán. Landear está sobre el río Dista, ribera norte. Hay mucha jungla por allí. Aun quienes buscan la soledad no suelen alejarse más de doce kilómetros del centro de la ciudad —ciento cincuenta y tres mil habitantes— y los sitios menos poblados están hacia el noroeste, a causa de las colinas, las rocas y...

—¡Excelente! ¡Allí está entonces! —Lince—. Bueno, lo haremos de este modo. Por supuesto, él ha sido sentenciado a muerte... Creo... ¡sí, lo sé! , que hay una oficina local de la CII en el segundo mundo de este sistema, como quiera que se llame.

—Nirer —Sandor.

—Sí. Mmm, a ver... Dos agentes serán facultados como verdugos. Aterrizarán con su nave al noroeste de Landear, entrarán en la ciudad y averiguarán dónde se estableció el hombre con la extraña mascota de cuatro patas, el que llegó dentro de los últimos seis días. Entonces un agente entrará en la choza y comprobará si Corgo está dentro. En caso de que esté se retirará de inmediato, y hará señas al otro, que se ocultará tras esos árboles o lo que sea. De inmediato el segundo hombre lanzará una descarga de bombas de fragmentación por la ventana abierta. Un agente se apostará entonces a distancia segura, detrás de la esquina noroeste del edificio, para tener vigilada una puerta y una ventana. El otro irá al suroeste para hacer lo mismo. Cada uno llevará consigo una pistola subametralladora láser de doscientos canales con cabeza vibratoria. ¡Muy bien! ¡Ahora lo transmitiré a la Central! ¡Ya lo tenemos!

Y salió corriendo de la habitación.

Benedick, siempre con el objeto en la mano, la pechera de la camisa empapada, continuaba:

—“No temas, mi morena dama. No es más que un cachorro, y ladra a la luna...”.

Treinta y una horas y veinte minutos más tarde, el Lince recibió y descifró estas dos concisas declaraciones:

VERDUGOS FUERON CAMINO DE TODA CARNE.

EL CANGURO HA SALTADO OTRA VEZ.

Se pasó la lengua por los labios. Sus compañeros esperaban el informe, y *ellos* habían tenido éxito... habían cumplido su papel, actuando con eficiencia y bien. En cambio, al Lince se le había escapado la presa.

Hizo la señal de la Llama y entró en la biblioteca.

Benedick sabía, sin duda alguna. El pequeño paranormal tenía las manos apoyadas en el bastón, y eso era suficiente.

El Lince agachó la cabeza.

—Empezamos de nuevo —les dijo.

Los poderes de Benedick —más fuertes que nunca, en todo caso— sobrevivieron siete veces más al impacto del continuum. Luego describió otro mundo: grande y muy poblado; brillante; deslumbrador, bajo un sol blanco azulado; ladrillo amarillo por todas partes, arquitectura neo-denebiana, ventanas de cristal verde, un mar purpúreo cerca...

Sandor no tuvo dificultades:

—El Mundo de Phillips —lo nombró, y luego les dijo la ciudad—. Delles.

—Esta vez *nosotros* lo quemaremos a *él* —dijo el Lince, y salió de la pieza.

Estos cristianos-zoroástricos —suspiró Benedick cuando el otro se hubo marchado—. Creo que este tiene un complejo de Llama.

Sandor hizo girar el globo con la mano izquierda y miró cómo daba vueltas.

—No es precognición —dijo Benedick—, pero te apuesto tres contra uno a que Corgo vuelve a escapar.

—¿Por qué?

—Cuando abandonó a la humanidad se convirtió en algo menos, y más... No está dispuesto a morir.

—¿Qué quieres decir?

—Su corazón está aquí... Renunció a él en todos los aspectos. Ahora es invencible... Pero lo reclamará un día; entonces morirá.

—¿Cómo lo sabes?

—... Lo siento. Hay muchos tipos de médicos, entre ellos los patólogos. Estos no son menos que otros, pero sólo dominan la oscuridad... Yo *conozco* a las personas, he

conocido a muchas. No pretendo saberlo *todo* acerca de ellas, pero las debilidades las conozco, sí.

Sandor hizo girar el globo sin decir nada.

Pero quemaron al *Canguro* gravemente.

Corgo sobrevivió, sin embargo.

Corgo sobrevivió, maldiciendo.

Tendido allí en la zanja mientras el mundo ardía, explotaba, se desplomaba a su alrededor, maldijo a *ese* mundo y a todos los demás, y a cuanto había en ellos.

Se oyó otro estallido.

Luego, tinieblas.

La espada hortaniana de doble hoja, girando en las manos de Corgo, había partido en dos al verdugo de la CII cuando éste apareció en la entrada de la casa. Mala, por la ventana abierta, había detectado su avance a través de las brisas.

El segundo cayó antes de poder arrojar la bomba de fragmentación. Corgo tenía una pistola subametralladora láser, de las que usaba la Guardia, y descuartizó al agente disparando a través de la pared y dos árboles en la dirección indicada por Mala.

Luego el *Canguro* partió de Diesten.

Pero Corgo estaba preocupado. ¿Cómo lo habían hallado con tanta rapidez? Ya antes había tenido encontronazos con ellos; muchos, en el transcurso de los años. Pero era cauteloso y no entendía en qué había fallado esta vez, no comprendía cómo lo había encontrado Interestelar. Ni siquiera su más reciente empleador conocía su paradero.

Meneó la cabeza y puso la nave en fase hacia el Mundo de Phillips.

Morir es dormir sin soñar, y Corgo no quería eso. Poniendo mucho cuidado viajó entrando y saliendo de fase, en direcciones elegidas al azar; dio a Mala un collar de oro con un receptor-transmisor en el broche, y llevó el complemento de ese transmisor en su anillo de muerte; cambió abundante moneda, dejó el *Canguro* a cargo de un respetable contrabandista en el Territorio No Asociado, y cruzó el Mundo de Phillips hasta Delles del Mar. Era un aficionado a la navegación y le gustaban las aguas purpúreas de este planeta. Alquiló una amplia residencia cerca de los Antros de Delles; de un lado tugurios, del otro la Riviera. Esto le agradaba. Aún tenía sueños; no estaba muerto todavía.

Quizá mientras dormía, había oído un ruido. De repente estuvo sentado en el borde de la cama, con un puñado de muerte en la mano.

—¿Mala?

No estaba. El ruido que había oído era el de una puerta que se cierra.

Hizo funcionar la radio.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tengo la sensación de que nos vigilan otra vez —respondió ella a través del anillo de Corgo—. Pero no es más que una sensación.

La voz de Mala era distante, pequeña.

—¿Por qué no me lo dijiste? Vuelve en seguida.

—No. Me confundo con la noche y puedo moverme sin ruido. Investigaré. Si tengo miedo, debe haber algo... ¡Armame!

Él así lo hizo, y cuando se dirigía al frente de la casa atacaron. Echó a correr. Cuando cruzaba la puerta delantera atacaron de nuevo, y luego otra vez. A su espalda había un infierno, y caía una lluvia constante de yeso, metal, madera y vidrio. Después el infierno lo rodeó.

Estaban encima. Esta vez les habían advertido que no se acercasen a él, que lo atacasen desde la distancia. Esta vez volaban allá arriba en un globo blindado, y arrojaban ríos ardientes de destrucción.

Algo le golpeó la cabeza y el hombro. Cayó girando. Lo golpearon en el pecho, en el estómago. Se cubrió la cara y rodó, trató de levantarse, no pudo. Estaba perdido en un bosque de llamas. Echó a correr agachado, cayó de nuevo, volvió a levantarse, corrió, cayó otra vez, se arrastró, volvió a caer.

Tendido allí en la zanja, mientras el mundo ardía, explotaba, se desplomaba a su alrededor, maldijo a *ese* mundo y a todos los demás, y a cuanto ser humano vivía en ellos.

Se oyó otro estallido.

Luego, tinieblas.

Creían que lo habían logrado, y su alegría era grande.

—Nada —había dicho Benedick, sonriendo entre las lágrimas.

De modo que festejaron ese día y el siguiente.

Pero el cuerpo de Corgo no había sido recuperado.

Habían derrumbado casi media cuadra, y tampoco pudieron encontrar a otros once residentes, entonces pareció seguro que la ejecución había salido bien. Sin embargo, la CII pidió que el trío permaneciera reunido en Dombeck otros diez días, mientras se investigaba más a fondo.

Benedick *reía*.

—Nada —repetía—. Nada.

Pero un hombre sin corazón tiene algo peculiar. Su cuerpo no vive según las mismas reglas que otros. No. El huevo que lleva en el pecho es más inteligente que un simple corazón, y es el centro de un maravilloso sistema de comunicaciones. Muerto, es omnisciente en términos de lo que vive a su alrededor; no es omnipotente, pero tiene recursos de los que un corazón vivo no dispone.

Cuando las quemaduras y laceraciones se reflejaron en la pantalla del cuerpo, el huevo se situó instantáneamente en actitud crítica. Se trasladó a un nivel de funcionamiento de emergencia; se convirtió en una bandera que vibraba dentro de un huracán; las glándulas respondieron y lanzaron sus fluidos de poder; los músculos fueron activados como por electricidad.

Corgo era consciente sólo a medias de la velocidad inhumana con que se movía a través de la tempestad de calor y la lluvia de materiales de construcción. Aunque recibió heridas, no sintió el dolor. La reacción del cuerpo bloqueó todos los estímulos externos no esenciales. Llegó a la calle y se desplomó junto al cordón de la acera. El huevo calculó el costo de la acción, decidió que el precio había sido demasiado alto, y tomó medidas inmediatas para asegurar la inversión.

Lo envió abajo, a las profundidades del subcoma. Los seres humanos de modelo común no pueden decidir un día que desean invernar, acostarse y hacerlo. Los médicos pueden inducir *dauersch-laff* combinando drogas y complicados aparatos. Pero Corgo no necesitaba de esas cosas. Tenía en su cuerpo un equipo de supervivencia con cerebro propio; y ese equipo decidió que Corgo debía ir más abajo del mero nivel de coma que un corazón habría permitido. Luego, sin interrumpir sus propias funciones, hizo las cosas que un corazón no puede hacer.

Lo arrojó a las tinieblas del sueño sin sueños, de la inconsciencia total. Porque sólo en las fronteras de la muerte misma su vida podía ser conservada, fortalecida, volver a crecer. Para acercarse tanto al dominio de la muerte, había que adoptar su apariencia.

Por eso Corgo yacía muerto en la zanja.

La gente, por supuesto, acude en tropel a la escena de cualquier desastre.

Los de la Riviera se demoran poniéndose sus mejores ropas para catástrofes. Los de los tugorios no, porque sus vestuarios no son tan amplios.

Pero uno de ellos ya estaba vestido y pasaba cerca en ese momento. Lo llamaban “Zim” por razones obvias. Antes tenía otro nombre, pero casi lo había olvidado.

Volvía a casa tambaleándose desde el salón de *zimlak* donde había cobrado su cheque de jubilación de la Guardia correspondiente a ese ciclo mensual.

Hubo una explosión; pero pasaron segundos antes de que lo advirtiera. Se detuvo, mascullando, y se volvió con mucha lentitud en dirección al ruido. Entonces vio las llamas. Al levantar la vista, vio el globo volante. Un recuerdo brotó en su cerebro; hizo una mueca y siguió mirando.

Al cabo de un rato vio a un hombre que atravesaba a velocidad fantástica el paisaje del Infierno. El hombre cayó en la calle. Hubo más llamas, y luego el globo se alejó.

Las impresiones se fijaron por fin, y su reflejo ante los desastres lo hizo acercarse.

Sinapsis indelebles, impresas a fuego en su cerebro mucho tiempo atrás, evocaron página tras página del Manual Completo de la Guardia para Acciones Médicas Inmediatas. Se arrodilló junto al cuerpo, rojo por las quemaduras, la sangre y la luz del incendio.

—Capitán —dijo, mientras miraba el rostro angular y los ojos oscuros cerrados—. Capitán.

Cubrió su propia cara con las manos y las retiró húmedas.

—Vecinos. Aquí. Nosotros. No... sabía... —Lo auscultó, esperando algún latido del corazón, pero no pudo detectar nada—. Caído... En cubierta yace mi capitán... Caído... frío... muerto. Nosotros. Vecinos, quién diría...

Un ataque de hipo le interrumpió los zollosos desgarrados. Luego sus manos dejaron de temblar y levantó un párpado.

Corgo movió la cabeza cinco centímetros a la izquierda, alejándola del resplandor de las llamas.

El otro hombre rio aliviado.

—¡Está vivo, capitán! ¡Todavía está vivo!

Aquello que era Corgo no contestó.

Doblándose, forcejeando, “Zim” levantó el cuerpo.

—“No mover a la víctima”, así dice en el Manual. Pero usted viene conmigo, capitán. Ahora recuerdo... Fue después de mi partida, pero recuerdo... Todo. Ahora recuerdo, sí... Lo matarán de nuevo... si sobrevive... Sé que lo harán. Por eso tendré que

mover a la víctima. Tendré que... Ojalá no estuviera tan mareado... Disculpe, capitán. Usted siempre fue bueno con sus hombres, bueno conmigo. Imponía disciplina en la nave, pero era bueno... El viejo *Canguro*, feliz... Sí. Ahora nos vamos, asesino. Lo antes posible. Antes de que lleguen los Morbs. Sí, lo... recuerdo. Buen hombre, el capitán. Sí.

De modo que, según la subsiguiente investigación de la CII, el *Canguro* había saltado por última vez. Pero Corgo seguía habitando en la frontera sin sueños, y las semillas y el huevo guardaban su vida.

Cuando transcurrieron los diez días, el Lince y Benedick se quedaron junto a Sandor. Sandor no tenía apuro para que se marcharan. Nunca lo habían empleado antes; le gustaba la sensación de tener cerca colaboradores, personas que compartían recuerdos de cosa hechas. Benedick estaba poco dispuesto a separarse de la señorita Barbara, una de las pocas personas con quienes podía hablar y lograr que le contestaran de buen gana. El Lince, que gustaba de la comida y el clima, decidió que a sus esposas y nietos les vendrían buenas vacaciones.

De modo que se quedaron.

Volver de la muerte es un asunto mortalmente lento. La realidad baila la danza de los velos, y pasa mucho tiempo antes de que uno sepa qué hay debajo de todos ellos (si realmente llega a saberlo).

Cuando Corgo se hubo formado una idea general gritó:

—¡Mala!

... La oscuridad.

Entonces vio una cara que pertenecía a otro tiempos.

—¿Sargento Emil...?

—Sí, señor. Aquí, capitán.

—¿Dónde estoy?

—En mi choza, señor. La suya se incendió.

—¿Cómo?

—Lo hizo un globo volante con un rayo incendiario.

—¿Y mi... mascota? Una Drillen...

—Solamente lo encontré a usted, señor... Nadie ni nada más. Em... ocurrió hace

casi un ciclo mensual.

Corgo trató de sentarse, no pudo; probó de nuevo, lo consiguió a medias. Se sentó apoyándose en los codos.

—¿Qué tengo?

—Algunas fracturas, quemaduras, laceraciones, heridas internas... pero pronto se repondrá.

—Quisiera saber cómo me encontraron tan pronto... de nuevo.

—No sé, señor. ¿Quiere probar un poco de caldo ahora?

—Más tarde.

—Ya está preparado y caliente.

—Bueno, Emil. Está bien, tráigalo.

Reclinándose, pensó.

Le había parecido oír la voz de ella. Había dormitado todo el día y él mismo era parte de un sueño.

—Corgo, ¿estás ahí? ¿Estás ahí, Corgo? ¿Estás...?

¡La mano! ¡El anillo!

—¡Sí! ¡Soy yo! ¡Corgo! —Puso en funcionamiento la radio—. ¡Mala! ¿Dónde estás?

—En una cueva, junto al mar. Te llamé todos los días. ¿Estás vivo o me contestas desde el Otro Lugar?

Estoy vivo... Tu collar no es mágico. ¿Cómo pudiste mantenerte?

—Salgo de noche. Robo comida de las grandes viviendas con ventanas verdes como puertas... para Dilk y para mí.

—¿El cachorro? ¿Vive también?

—Sí, Esa noche estaba encerrado en el patio... ¿Dónde estás?

—No lo sé con exactitud. Cerca de donde vivíamos. A pocas cuerdas... con un antiguo amigo.

—Debo ir.

—Espera a que oscurezca. Te explicaré cómo llegar. No; enviaré a mi amigo a buscarte... ¿Dónde queda tu cueva?

—Playa arriba, pasando la casa roja que te pareció fea. Hay tres rocas, puntiagudas. Más allá hay un sendero estrecho... el agua llega hasta él y a veces lo cubre; y entonces, doblando una esquina, treinta y un pasos de los míos y la roca sobresale encima, también. Después retrocede y hay una grieta en la pared..., pequeña, apenas permite el paso, pero luego se ensancha. Aquí estamos.

—Mi amigo irá a buscarte cuando oscurezca.

—¿Estás herido?

—Lo estuve, pero ahora estoy mejor. Te veré más tarde, y entonces hablaremos.

—Sí...

En los días siguientes recuperó fuerza. Jugó al ajedrez con Emil y habló con él de los días que habían pasado juntos en la Guardia. Rió por primera vez en muchos años al oír el relato sobre la peluca del comandante, durante la Gran Reyerta en Sórdido III, uno; treinta años antes...

Mala se mantenía apartada, junto a Dilk. A vece Corgo sentía la mirada de ella. Pero cuando se volvió Mala estaba siempre mirando en otra dirección. Se dio cuenta de que ella nunca lo había visto en actitud amistosa con nadie. Parecía desconcertada.

Bebió *zimlak* con Emil, juntos se aventuraron a cantar desafinadas baladas...

Un día se le ocurrió preguntar:

—Emil, ¿de dónde sacas dinero ahora?

—De mi jubilación de la Guardia, capitán.

—¡Llamas! ¡Te estábamos arruinando! Comida, medicamentos y demás...

—Tenía algo guardado para un momento de apuro, capitán...

—Me alegro, Pero no debiste usarlo. Tengo bastante dinero escondido en las botas. A ver, un segundo... ¡Aquí está! ¡Toma esto!

—No puedo, capitán...

—No me vengas con eso. ¡Tómalo, es una orden!

—Está bien, señor, pero no hace falta que...

—Emil, mi cabeza está a precio, ¿lo sabes?

—Lo sé.

—Una recompensa bastante grande.

—Sí.

—Tienes derecho a ella.

—Nunca podría entregarlo, señor.

—Sin embargo, la recompensa te pertenece. Duplicada. Te enviaré esa cantidad unas semanas después de que me vaya.

—No puedo aceptarla, señor.

—¡Tonterías! La aceptarás.

—No, señor.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente que no puedo aceptar ese dinero.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?

—Nada, exactamente... Sólo que no lo quiero. Recibiré esto que me dio por la comida y demás y eso es todo.

—Ah... Está bien, Emil. Como quieras. No pretendía obligarte...

—Ya sé, capitán.

—¿Otra partida ahora? Esta vez te doy un alfil y tres peones de ventaja.

—Muy bien, señor.

—Lo pasamos bien juntos, ¿eh?

—Claro que sí, capitán. Tau Ceti... tres meses de licencia. ¿Recuerda el Valle del Río Rojo... y las formas de vida nativas?

—¡Ja! ¿Y Cygnus VII... el mundo purpúreo de las mujeres arco iris?

—Tardé tres semanas en quitarme esa tintura. Al principio creí que sería una nueva enfermedad. ¡Llamas! ¡Cómo me gustaría volver a volar!

Corgo hizo una pausa en plena movida.

—Mmm... bueno, Emil... tal vez puedas.

—¿Qué quiere decir?

Corgo completó la movida.

—A bordo del *Canguro*. Está aquí, en Territorio No Asociado, esperándome. Soy capitán, y tripulación... por ahora. Mala me ayuda un poco, pero sabes... me vendría bien un primer oficial. Sería como antes.

Emil dejó el caballo que había levantado; alzó la mirada y la volvió a bajar.

—No... no sé qué decirle, capitán. Nunca pensé que me ofrecería empleo... otras épocas. Y mucho dinero. Sin preocupaciones. Si queremos pasar tres meses de licencia en Tau Ceti, nos extendemos nosotros mismos las autorizaciones y los tomamos....

—Pues... me gustaría mucho volver al espacio, capitán, pero... no, no puedo.

—¿Por qué, Emil? ¿Por qué no? Sería todo como antes.

—No sé cómo decirlo, capitán... Pero antes, cuando... incendiábamos algo, bueno... eran delincuentes... piratas, enemigos del Código... usted sabe. Ahora... Bueno, ahora oí decir que usted quema cualquier tipo de... gente. Es decir, que no son enemigos de Código... simples civiles, digamos. Y yo... vamos, no podría.

Corgo no contestó. Emil movió su caballo.

—Los odio, Emil —dijo Corgo al cabo de un rato—. Hasta el último de ellos, los odio. ¿Sabe qué hicieron en Brild? ¿A los Drillen?

—Sí, señor. Pero no fueron civiles ni mineros... No fue *todo el mundo*, ¡no fue hasta el último de ellos!, señor. Yo no podría. No se enoje.

—No me enoje, Emil.

Quiero decir, señor, que hay algunos a quienes no tendría inconveniente en quemar, con o sin Código Pero no como usted lo hace, señor. Y lo haría gratis a quienes se lo merecen.

—¡Uh!

Corgo movió su único alfil.

—¿Por eso rechazas mi dinero?

—No, señor. No es por eso, señor. Bueno, quizá en parte... Pero solamente en parte. Es que no podría aceptar pago por ayudar a alguien a quien... respetaba, admiraba...

—Hablas en tiempo pretérito.

—Sí, señor. Sigo pensando que le jugaron una mala pasada, y que lo que hicieron a los Drillen fue un error, una maldad... pero no se puede odiar a todos por eso, señor, porque no *todos* lo hicieron.

—Lo aprobaron, Emil, y es lo mismo. Sólo por eso puedo odiarlos a todos. Y la gente es toda igual, toda la misma cosa. Ahora quemo sin discriminación, porque realmente no importa a *quién*. La culpa está distribuida de manera uniforme. El género humano es culpable en común.

—No, señor, le ruego me disculpe, señor, pero en un sistema tan grande como el Interestelar no todos saben en qué andan todos los demás. Algunos piensan como usted, y a otros les importa un bledo, y otros no saben gran cosa de lo que pasa, pero no tardarían en hacer algo al respecto si se enteraran.

—Te toca mover, Emil.

—Sí, señor.

—¿Sabes?, ojalá hubieras aceptado un nombramiento, Emil. Tuviste la oportunidad. Habrías sido un buen oficial.

—No, señor, no habría sido un buen oficial. Soy demasiado condescendiente. Los soldados me habrían pasado por encima.

—Qué lástima... Pero siempre es así. ¿Te das cuenta? Los buenos son demasiado débiles, demasiado condescendientes. ¿Por qué será?

—No sé, señor.

Dos o tres movidas más tarde:

—Oye, si yo abandonara todo esto... me refiero a los incendios, y me dedicara a hacer un poco de contrabando decente y simple con el *Canguro*. Estoy cansado. Tan cansado que quisiera simplemente dormir... oh, cuatro, cinco o seis años, creo. Suponiendo que dejara de incendiar y me limitara a trasladar mercancías de vez en cuando... ¿vendrías conmigo entonces?

—Tendría que pensarlo, capitán.

—Piénsalo, entonces. Me gustaría tenerte a mi lado.

—Sí, señor. Le toca a usted, señor.

No lo habrían descubierto por sus acciones, porque dejó de incendiar; tampoco habría ocurrido que alguien lo buscara, ya que en los registros de la CII *estaba* muerto, Pero ocurrió, sin embargo... por un exceso de *xmili* y buen humor de los cazadores.

En la víspera de la dispersión del grupo, la nostalgia siguió al entusiasmo.

Recuerden que Benedick nunca había tenido un amigo antes. Ahora tenía tres, y estaba a punto de separarse de ellos.

El Lince había ingerido buena comida y bebida e abundancia; además estaba la buena compañía de simple gente lisiada, cuyas neurosis no estaban viciadas por la sofisticación normal... y había disfrutado de esto.

En cuanto a Sandor, la esfera de sus relaciones humanas se había ampliado aproximadamente en un tercio, y lentamente había llegado a considerarse por lo menos miembro honorario del gran torrente que antes conocía solamente como la humanidad, o los Otros.

Fue así que, en la biblioteca, mientras bebían, comían y charlaban, volvieron a la caza. Los tigres muertos siempre son los mejores.

Por supuesto, no pasó mucho tiempo sin que Benedick levantara el corazón, sosteniéndolo como un experto sostendría un objeto artístico: con suavidad y cierta mezcla de temor reverencial y afecto.

Mientras estaban allí sentados, una extraña sensación surgió en el estómago del rechoncho paranormal y subió lentamente, como si fuera gas, hasta que le ardieron los ojos.

—Estoy... estoy leyendo —dijo.

—Por supuesto —el Lince.

—Sí —Sandor.

—¡De veras!

—Naturalmente —el Lince—. Está en Disten, quinto mundo del sistema de Blake, en una choza nativa cerca de Landear...

—No —Sandor—. Está, en el Mundo de Phillips, en Delles del Mar.

Ambos rieron: el Lince con un estruendo grave; Sandor con un jadeo.

—No —dijo Benedick—. Está en tránsito, a bordo del *Canguro*. Acababa de entrar en fase y aún tiene el cerebro casi despierto. Lleva un cargamento de ámbar a Tholme, quinto planeta del sistema Tau Ceti. Después se propone pasar unas vacaciones en el Valle del Río Rojo del tercer planeta, Cardiff. Esta vez, además de la Drillen y el perrito, lleva consigo un tripulante. Lo único que alcanzo a leer es que se trata de un guardia jubilado.

—¡Por la sagrada Luz de la Grande y Gloriosa Llama!

—Sabemos que nunca encontraron su nave...

—... Y que nunca fue recobrado su cuerpo. ¿Es posible que te equivoques, Benedick? ¿Que leas algo de otro...?

—No.

—Lince, ¿qué debemos hacer? —Sandor.

—Una persona poco ética podría sentirse inclinada a olvidarlo. Es un caso cerrado. Nos han pagado y autorizado a irnos.

—Es cierto.

—Pero piensen en lo que ocurrirá cuando vuelva a atacar.

—... Sería culpa nuestra, de nuestro fracaso.

—Sí.

—... Y morirían muchos.

—... Y serían destruidas muchas máquinas, y una compañía aseguradora estafada.

—Sí.

—... Por culpa nuestra.

—Sí.

—Entonces debemos dar aviso... —el Lince.

—Sí.

—Es lamentable...

—Sí.

—... Pero será bueno trabajar juntos esta última vez.

Sí, lo será. Mucho.

—¿Tholmen, en Tau Ceti, y acaba de entrar en fase? —Lince.

—Sí.

—Llamaré, y lo esperarán en Tau Ceti.

—... Yo les dije —lloró el paranormal—. No estaba dispuesto a morir.

Sandor sonrió y levantó el vaso con la mano color carne.

Todavía quedaba algo de trabajo por hacer.

Cuando el *Canguro* llegó a Tau Ceti, hubo un alboroto infernal.

Tres naves de la Guardia, como el *Canguro* mismo... con la tripulación completa, esperaban.

La CII había puesto en cuarentena todo el sistema por tres días. No sería posible confundir el hongo negro cuando apareciera en la pantalla. No se solicitó identificación.

Sin embargo, los rayos tractores no le acertaron la primera vez, y el nuevo piloto del *Canguro* disparó todas las armas a bordo simultáneamente, en todas las direcciones, en cuanto sonó la alarma. Esta había sido una de las pequeñas modificaciones de Corgo en el control de fuego, debido a la magnitud de sus operaciones: no había circuitos de seguridad, y en caso necesario era una nave suicida; un lobo solitario sin consideración alguna por *ninguna* manada; un solo control central; se lo tocaba y el *Canguro* se convertía en un erizo con púas de láser, que traspasaban todo en todas direcciones.

Corgo se preparó para entrar de nuevo en fase, pero tardó cuarenta y tres segundos en hacerlo.

Durante ese tiempo, la sobreviviente nave de la Guardia lo alcanzó dos veces con sus disparos.

Después Corgo partió.

El Tiempo y el Azar, que todo lo gobiernan y que a veces les gusta presentarse como Destino, se apoderaron entonces del *Canguro*, el perrito, la Drillen, el oficial Emil y el hombre sin corazón.

Corgo no había fijado trayectoria al entrar en fase. No había habido tiempo.

Las dos descargas de la nave de la Guardia habían alterado radicalmente el curso del *Canguro* y destruido veintitrés proyectores de fase rápida.

El *Canguro* saltaba a ciegas y con una pata rota.

El impacto del continuum agobiaba a la tripulación. El casco reparaba desgarraduras en su piel.

Siguieron así treinta y nueve horas y veintitrés minutos, turnándose en los sedantes, esperando el primer aviso en el panel.

A pesar de todo, el *Canguro* se mantuvo entero.

Pero nadie sabía dónde habían ido, y menos que nadie un lloroso paranormal que había observado la batalla y todas las guardias de Corgo, pese al impacto del continuum y una jaqueca.

Pero de pronto Benedick tuvo miedo:

—Está a punto de entrar en fase. Ahora tendré que abandonarlo.

—¿Por qué? —el Lince.

—¿Saben dónde está?

—¡No, por supuesto!

—Pues él tampoco. Supongan que aparezca en medio de un sol, o en alguna atmósfera... moviéndose a esa velocidad.

—¿Qué pasa si lo hace? Morirá.

—Exacto. El impacto del continuum ya es bastante malo. Nunca estuve en la mente de un hombre al morir... ni creo poder soportarlo. Lo siento, pero no lo haré, y basta. Si eso ocurriera, tal vez moriría yo también. Ahora estoy muy cansado... Tendré que buscarlo más tarde.

Dicho esto se desplomó y no fue posible despertarlo.

Por lo tanto el corazón de Corgo volvió a su fraseo y el frasco volvió al cajón inferior derecho del escritorio de Sandor, y ninguno de los cazadores oyó la repuesta de Corgo al piloto luego del salto fásico:

—¿Que dónde estamos? Según la computadora, lo más cercano es un mundo

parecido a una pelotita de ping-pong, llamado Dombeck, que no es famoso por nada. Tendremos que bajar allí para reparaciones, en algún sitio apartado. Necesitamos proyectores.

De modo que hicieron descender al *Canguro* y le martillaron el casco mientras los cazadores dormían, unos ochocientos catorce kilómetros de distancia.

Estaban sacando los portaproyectores en el momento en que Sandor se metía en la cama.

Reforzaron el casco en tres partes mientras el Lince comía medio jamón, tres bizcochos, dos manzanas una pera, y bebía medio litro del mejor Mosela de Dombeck. Hicieron una nueva instalación de cables donde había cortocircuitos mientras Benedick sonreía y soñaba con Barby la Brava en sus días de juventud.

Y Corgo sacó el bote liviano y tomó en dirección a un pueblo situado a quinientos kilómetros de distancia, en el preciso momento en que comenzaba a salir el pálido sol de Dombeck.

—¡Está aquí! —gritó Benedick mientras abría de un tirón la puerta del cuarto del Lince y se precipitaba a la cabecera—. Está...

Después quedó inconsciente, porque no se puede abordar bruscamente al Lince cuando duerme.

Despertó cinco minutos más tarde, tendido en la cama, con todos los ocupantes de la casa a su alrededor. Tenía un paño frío en la frente y sentía la garganta aplastada.

—Hermano mío —dijo el Lince—, nunca debes acercarte así a un hombre dormido.

—Es que está aquí —respondió Benedick, ahogándose—. ¡Aquí en Dombeck! ¡Me doy cuenta sin que me lo diga Sandor!

—¿Estás seguro de no haber bebido en exceso?

—¡No, les digo que está aquí! —Sentándose, arrojó lejos del trapo—. Esa ciudad pequeña, Arroyo Frío... —Señaló a través de la pared—. Estuve en ella hace apenas una semana. ¡*Conozco* el lugar!

—Has soñado...

—¡Así se moje tu Llama! ¡Te digo que no! ¡Tuve su corazón en estas manos y lo vi!

Aunque sobresaltado ante la blasfemia, el Lince consideró esa posibilidad.

—Entonces ven con nosotros a la biblioteca, a ver si puedes leerlo de nuevo.

—¡Claro que puedo!

En ese momento, Corgo bebía una taza de café mientras esperaba a que el pueblo despertara, y consideraba la renuncia del primer oficial:

—Nunca quise quemar a nadie, capitán. Y menos a la Guardia. Lo siento, pero se acabó. Basta para mí. Déjeme aquí y deme pasaje de vuelta a Phillips... no quiero más que eso. Sé que usted no quiso que ocurriera así, pero si continúo embarcándome con usted podría volver a suceder algún día. Probablemente suceda. No sé cómo, le han descubierto el rastro, y yo *nunca* podría volver a hacer *eso*. Lo ayudaré a reparar el *Canguro*, después me voy. Lo siento.

Corgo suspiró y pidió un segundo café. Miró el reloj en la pared del restaurante. Pronto, pronto...

—¡Ese reloj, esa pared, esa ventana! ¡Es el restaurante donde almorcé la semana pasada, en Arroyo Frío! —exclamó Benedick con un húmedo pestañeo.

—¿Crees que todo ese impacto de continuum...? —el Lince.

—No sé —Sandor.

—¿Cómo podemos verificar?

—¡Llamen al condenado restaurante y pídanles que describan al único cliente! —Bendick.

—*Esa* es una muy buena idea —el Lince.

El Lince se dirigió al equipo telefónico sobre el escritorio de Sandor.

La decisión final del Lince fue súbita, como todo lo referente al caso:

—Hermano Sandor, ¿puedo utilizar tu volador?

—Claro que sí...

—Ahora llamaré a la oficina local de la CII y requisaré un cañón láser. Tienen orden de cooperar con nosotros sin preguntar, y esa orden continúa en vigencia. Mi clasificación como verdugo nunca fue suspendida. Parece que, si queremos ver concluido este trabajo tendremos que hacerlo nosotros... No llevará mucho tiempo montar el arma en tu volador. Ahora, Benedick, síguelo paso a paso. Todavía le falta comprar el equipo, llevarlo de vuelta e instalarlo. Por lo tanto creo que tendremos tiempo suficiente. Quédate con él e infórmame de sus movimientos.

—De acuerdo.

—¿Estás seguro de que es el procedimiento adecuado? —Sandor.

—Estoy seguro.

Mientras era entregado el cañón, Corgo hacía sus compras. Mientras lo instalaban, él cargaba el bote liviano y partía. Mientras lo probaban contra un tronco de árbol que tía Faye quería retirar desde hacía tiempo él despegaba y se dirigía hacia el desierto.

Mientras Corgo cruzaba el desierto, Benedick contemplaba a través de sus ojos las ondeantes dunas, resecos arbustos y veloces *conardillas*.

También miraba el tablero de instrumentos.

Cuando el Lince inició su viaje, Mala y Dilk se paseaban junto al casco del *Canguro*. Mala se preguntaba si habrían terminado las muertes. No estaba segura de que el nuevo Corgo le gustara tanto como el Corgo vengador. Se preguntaba si el cambio sería permanente, y esperaba que no...

El Lince mantenía contacto radial con Benedick.

Sandor bebía *xmili* y sonreía.

Poco después, Corgo aterrizaba.

El Lince llegaba por sobre las arenas, desde la dirección opuesta.

Comenzaron a descargar el bote liviano.

El Lince aumentó la velocidad.

—Ahora estoy cerca. Cinco minutos —transmitió.

—¿Me aparto entonces? —Benedick.

—Todavía no —la respuesta.

—Lo siento, pero ya sabes lo que dije. Cuando muera no estaré allí.

—Está bien. Puedo hacerme cargo desde ahora —el Lince.

Fue así como, cuando llegó a la escena, el Lince vio un perro, un hombre y un cuadrúpedo feo pero inteligente junto al *Canguro*.

Su primer descarga dio en la nave, y el hombre cayó.

El cuadrúpedo echó a correr, y el Lince lo quemó.

El perro se lanzó dentro de la nave por la portilla.

El Lince hizo virar al volador para volver a pasar.

Otro hombre venía desde el lado opuesto de la nave, donde había estado trabajando.

Ese hombre alzó la mano y hubo una luminosa llamarada.

El anillo de muerte de Corgo lanzó su único rayo láser.

El rayo cruzó la distancia que los separaba, penetró el casco del volador, atravesó el brazo izquierdo del Lince encima del codo, y siguió de largo traspasando el techo del vehículo.

El Lince lanzó un grito y manoteó los controles; mientras Corgo se abalanzaba dentro del *Canguro*.

Entonces el Lince disparó el cañón una y otra otra vez, dando vueltas, hasta que el *Canguro* fue una ruina humeante en medio de un mar de arena fundida.

Y quemó todavía esa ruina, y por último llamó Benedick Benedict y le hizo una sola pregunta.

—Nada —la respuesta.

Entonces dio la vuelta y emprendió el regreso, ajustando el piloto automático antes de abrir el botiquín de primeros auxilios.

—... Después entró para disparar las armas del *Canguro* pero yo le acerté antes —Lince.

—No —Benedick.

—¿Cómo que no? Estuve allí.

—Yo también, por un rato. *Tenía* que ver que sentía.

—¿Y?

—Entró en busca del perrito, Dilk; lo tomó en brazos y le dijo: “Lo siento”.

—De cualquier manera, ahora está muerto y hemos terminado. Todo concluyó —Sandor.

—Sí.

—Sí.

—Brindemos entonces por un trabajo bien hecho antes de separarnos definitivamente.

—Sí.

—Sí.

Y brindaron.

Aunque no quedaba mucho del *Canguro* ni de su capitán, la CII identificó sin lugar a dudas un corazón sintético que encontraron todavía latiendo irregularmente entre los calientes despojos.

Corgo estaba muerto, y basta.

Corgo debió haber sabido con qué se enfrentaba, y haberse entregado a las autoridades correspondientes. Imposible derrotar a un hombre que puede abrir las cerraduras de la mente, a un hombre que eliminó a cuarenta y ocho hombres y diecisiete formas de vida malignas, y a un hombre que conoce hasta la última calle de la galaxia.

Debió haber sabido que no podía enfrentarse con Sandor Sandor, Benedick Benedict y Lince Links. Debió haberlo sabido.

Porque los nombres verdaderos de los tres, por supuesto, son Tisífone, Aleto y Megea. Son las Furias. Se levantan del caos e imparten venganza; llevan confusión y desastre a quienes reniegan de la ley y abandonan el camino, a quienes ofenden la luz y violan la vida, a quienes toman el poder de la Llama, como un pararrayos, en sus dos manos tan mortales.

El corazón cementerio

Bailaban,

—en la fiesta del siglo, la fiesta del milenio, y la Fiesta de las Fiestas,

—realmente, y tal como lo fija el calendario,

—y él ansiaba estrujarla, hacerla pedazos...

Moore no veía realmente el pabellón por el cual se movían, ni miraba las cien sombras sin rostro que se deslizaban alrededor. No advertía en particular los luminosos globos de colores que los seguían por encima y por detrás.

Sentía esas cosas, pero no olfateaba necesariamente selva en aquella perenne reliquia de Navidades pasadas que giraba sobre un brillante pedestal en el centro de la pieza esparciendo agujas incombustibles y tradiciones seis días después del hecho.

Todo esto era abstraído y descartado, inhalado y archivado.

Pocos instantes más y sería el año dos mil.

Leota (nacida Lilith) se le apoyaba en el arco del brazo, como una flecha vibrante, hasta que él deseó quebrarla o lanzarla volando (no sabía a dónde) apretarla hasta que se aflojara, hacer que la samadhi, miopía, o lo que fuera, le desapareciese de los ojos verdigrises. Pero en ese momento, cada vez, ella se apoyaba en él y le susurraba algo al oído, algo en francés un idioma que él aún no hablaba. Sin embargo ella seguía al torpe guía de baile de modo tan perfecto que no era nada raro que él sintiese que ella le podía leer la mente por pura cinestesia.

Y eso empeoraba la situación, cada vez que el aliento de ella le envolvía el cuello con una húmeda calidez que se extendía bajo la chaqueta como una infección invisible. Entonces él murmuraba “C’est vrai” o “Maldición” o ambas cosas, y trataba de aplastarle la blancura nupcial (cubierta de encajes negros), y ella se convertía de nuevo en flecha. Pero bailaba con él, y eso era un decidido progreso respecto del año anterior de él/el día anterior de ella.

Estaban casi en el año dos mil.

Ahora...

La música se desintegró y se unió otra vez mientras los globos trompeteaban luz diurna. Recordó que no se debía jugar con la vieja amistad.

Entonces casi se rió, pero las luces se apagaron un momento después y se encontró ocupado.

Una voz que hablaba a su lado, al lado de cada uno, dijo:

—Ya es el dos mil. ¡Feliz año nuevo!

La estrujó.

A nadie le importaba Times Square. Allí las muchedumbres habían estado presenciado una retransmisión de la Fiesta en una pantalla del tamaño de un campo de fútbol. Aún se entretenía a los espectadores con primeros planos en luz negra de las parejas en la pista de baile. Moore decidió que tal vez en ese instante ellos mismos eran protagonistas de una secuencia jocosa ofrecida ante ese rebosante plato de Petri del otro lado del océano. Era muy probable, teniendo en cuenta a su pareja.

Sin embargo no le importaba que se rieran de él. Había llegado demasiado lejos para que le importara.

—Te amo dijo silenciosamente. (Usó comillas mentales para suponer una respuesta, y esto lo hizo sentirse algo más feliz). Después las luces volvieron a encenderse como luciérnagas, y las viejas amistades fueron recordadas. Una ventisca compuesta por cien arco iris triturados comenzó a caer sobre las parejas; espirales de papel picado que se fundían con lentitud flotaron entre las luces, disolviéndose al descender sobre los bailarines; arriba nadaban proyecciones de peludas cometas chinas en forma de dragón, que sonreían al atravesar la tormenta.

Volvieron a bailar y él le hizo la misma pregunta que el año anterior.

—¿No podríamos estar a solas, juntos, en alguna parte, aunque no fuese más que un momento?

Ella ahogó un bostezo.

—No, estoy aburrida. Me iré en media hora.

Si las voces pueden ser guturales y sonoras, la suya era de una opulencia que le llenaba la garganta. Tenía una garganta de oro, y un timbre musical.

—Siendo así, pasémosla conversando... en uno de los comedores pequeños.

—Gracias, pero no tengo apetito. *Debo* ser vista durante la próxima media hora.

Entonces Moore el Primitivo, que se había pasado casi toda la vida dormitando en el fondo del cerebro de Moore el Civilizado, se incorporó con un gruñido. Pero Moore el Civilizado lo amordazó, pues no quería estropear las cosas.

—¿Cuándo te veré de nuevo? —preguntó ceñudo.

—Tal vez el Día de la Bastilla —susurró ella—. Hay una Fête Nue de Liberté, Egalité, Fraternité...

—¿Dónde?

—En la Cúpula de Nueva Versalles, a las nueve. Si quieres invitación me ocuparé de que la recibas...

—Sí, la quiero.

(“Te obligó a pedirla”, se burló Moore el Primitivo).

—Muy bien, la recibirás en mayo.

—¿No me dedicarás un día ahora?

Ella sacudió la cabeza, quemándole la cara con el pelo rubio azulado.

—El tiempo es demasiado caro —susurró con fingido patetismo— y los días de las Fiestas no tienen fin. Me pides que saque años de mi vida y te los ofrezca.

—Así es.

—Pides demasiado —sonrió ella.

Deseó maldecirla allí mismo y marcharse, pero deseaba más aún quedarse con ella. Tenía veintisiete años, una edad que desde ya desaprobaba, y había dedicado todo el año 1999 a esperarla. Dos años antes había decidido enamorarse y casarse, ya que por fin podía hacerlo sin alterar las condiciones de vida. En busca de una mujer que combinara las mejores cualidades de Afrodita y una computadora digital, se había pasado todo el año de safari, siguiéndole las huellas al destino.

La invitación para el Año Nuevo en Órbita de los Bledsoe —que había acosado al año viejo por todo el mundo, por encima de la Línea Internacional de Cambio de Fecha y fuera de la Tierra, a dondequiera que vayan los años viejos— le había costado un mes de sueldo, pero le había dado el primer atisbo de Leota Mathilde Masón, la bella de los Durmientes. Olvidando las computadoras digitales, decidió en ese momento y lugar enamorarse de ella. Era anticuado en muchos aspectos.

Había hablado con ella exactamente noventa y siete segundos, de los cuales los primeros veinte fueron árticos. Pero comprendió que ella existía para ser admirada, y por eso insistió en admirarla. Finalmente ella accedió a que la vieran bailando con él en la Fiesta del Milenio, en Estocolmo.

Había pasado el año siguiente previendo cómo la seduciría para que volviera a un modo de existencia humano y razonable. Ahora, en la ciudad más hermosa del mundo ella acababa de informarle que se aburría e iba a retirarse hasta el Día de la Bastilla. Fue entonces cuando Moore el Primitivo comprendió lo que en realidad Moore el Civilizado debía haber sabido desde el primer momento: que cuando volviera a verla, ella tendría aproximadamente dos días más, y él estaría a punto de cumplir veintinueve. El tiempo se detiene para el Grupo, pero el precio de la existencia mortal es envejecer. Con dinero ella compraba la más deseable de todas las gratificaciones narcisistas: el sueño helado.

Y él había tenido menos posibilidades de hablar con ella que un copo de nieve sueca de perdurar en el Congo, de hablar más que unas cuantas frases inconexas, y mucho menos de convencerla para que abandonara el club de las refrigeradoras. (Ahora mismo Wayne Unger, el poeta laureado del Grupo, se acercaba para quitarle la pareja, con la expresión de un golfista profesional que se dispone a dictar una lección).

—Hola, Leota. Permiso, señor em...

Moore el Primitivo lanzó un gruñido y le partió el cráneo con la maza; Moore el Civilizado entregó una de las mujeres más inaccesibles del mundo a un dios del Grupo.

Ella sonreía. Él sonreía. Se fueron.

Mientras cruzaba el mundo hacia San Francisco, sentado en el bar del estratocrucero, en el dos mil es decir: dos, cero, cero, cero, año de Nuestro Señor, Moore sintió que el Tiempo se había dislocado.

Dos días más tarde se decidió.

Desde el balcón-burbuja de su departamento en las Cien Torres del Complejo Hilton-Frisco, se preguntó: ¿Es *esta* la mujer con la que quiero casarme?

Y se contestó (mirando por turno los vasos capilares del tránsito bajo las puntas de los zapatos y la Bahía): Sí.

¿*Por qué?* quiso saber.

Porque es bella, contestó, y el futuro será hermoso. Quiero que sea mi bella esposa en el hermoso futuro.

Así que decidió unirse al Grupo.

Comprendía que su plan no era fácil de cumplir. En primer lugar necesitaba dinero, mucho dinero; verdes hectáreas de Presidentes para distribuir de manera adecuada en los lugares adecuados. El requisito siguiente era distinción, prestigio. Lamentablemente el mundo estaba lleno de ingenieros electricistas ingenieros competentes, capaces, hasta inspirados, que trabajaban semanas de veinte horas, se entretenían en proyectos y no tenían

esas cosas. Sabía entonces que sería difícil.

Se sumergió en la investigación con empeño excepcional: dedicó cuarenta, sesenta, ochenta horas semanales a leer, diseñar, estudiar cursos grabados sobre temas que nunca le habían hecho falta. Renunció a toda forma de diversión.

En mayo, cuando recibió la invitación, contempló con ojos cansados el pergamino (no papel de notas) grabado (no en copia facsimilar). Ya había registrado nueve patentes y tenía otras pendientes. Había vendido una y estaba negociando con Minera Akwa un procedimiento para purificar agua que le parecía ya resuelto. Dinero tendría, pensó, si lograba mantener el ritmo.

Incluso algo de fama, quizá. Esa parte dependía ahora ante todo, de su procedimiento purificador y de lo que hiciera con el dinero. Leota (nacida Lorelei) acechaba bajo sus páginas con fórmulas, se encuadraba como una figura de Braque en las líneas de sus bocetos; ardía mientras él dormía, dormía mientras él ardía.

En junio decidió que necesitaba un descanso.

—Subjefe de División Moore —dijo a la cara en el acicalador (su actitud laudatoria hacia el trabajo le había valido ya un ascenso en la División Cierres de Seguridad de la firma Equipos de Presión, S. A.)—, necesita usted más francés y bailar mejor.

Las manos del acicalador lo palmearon quitándole la barba rubia, y le cortaron y alisaron la pelambre sobre las orejas. Los ojos fatigados y azules que tenía delante asintieron; estaban cansados de estudiar abstracciones.

Sin embargo, la intensidad del recreo fue tan fatigosa, a su modo, como lo había sido el trabajo. Su tono muscular mejoró, saltando ingrátido de un lado a otro en la Sala de Trampolines del Satélite 3 de la Asociación Cristiana de Jóvenes; sus pasos de baile parecieron más gráciles después de girar con cien robots y diez docenas de mujeres; siguió el curso Berlitz de francés acelerado con drogas (rechazando el plan de estímulo cerebral, más rápido, a causa de rumores de una transferencia que podría retardarle los reflejos en el verano siguiente); y le pareció que estaba empezando a *sonar* mejor: había contratado un entrenador de conversación, y cuando dormía (ahora generalmente cada tres días) horneaba piezas teatrales de la Restauración en la almohada (con la esperanza de que se le metiesen en la cabeza); de modo que, al acercarse el día de la Fête, comenzó a sentirse como un cortesano renacentista (un cortesano cansado).

Contemplando al Moore Civilizado dentro de su acicalador, el Moore Primitivo se preguntó cuánto duraría esa sensación.

Dos días antes de Versalles se bronceó de manera uniforme y decidió qué le diría esta vez a Leota:

—¿Te amo? (¡No, qué diablos!).

—¿Abandonarías el circuito helado? (No, no).

—Si me uniera al Grupo, ¿te unirías a mí? (Esa parecía la mejor manera de expresarlo).

Su tercer encuentro, entonces, tendría lugar en otros términos. Nada de acechar en los yermos de lo prosaico. El cazador entraría ahora en la selva.

—¡A la carga! —sonrió el Moore del acicalador—. ¡Y a la victoria!

Ella llevaba un corpiño celeste de orquídeas mutantes. La cúpula giratoria del palacio mostraba zodíacos cantantes, y en los pisos había unas fluorescentes hogueras de brujas. Moore tenía la incómoda sensación de que las condenadas flores crecían allí mismo, sobre el seno izquierdo de ella, como un parásito exótico; y odiaba esa intromisión con una posesividad provinciana que, sabía, no era del Renacimiento. Sin embargo...

—Buenas noches. ¿Qué tal crecen tus flores?

—Poco, y en oposición —decidió ella, sorbiendo algo verde por una pajilla larga—, pero se apegan a la vida.

—Con pasión comprensible —señaló él, tomándole una mano que ella no retiró—. Dime, Eva del Miéroprosopos, ¿hacia dónde vas?

El interés se encendió en el rostro de la mujer y fue a descansar en sus ojos.

—Tu francés ha mejorado, Adán... ¿Kadmon? —advirtió ella—. Voy hacia adelante. ¿Y tú?

—En igual dirección.

—Lo dudo... lamentablemente.

—Duda cuanto quieras, pero ya somos corrientes paralelas.

—¿Ese engreimiento proviene de alguna distinción por tus proyectos de ingeniería?

—Mira cómo proyecto un sueño frío —declaró él.

Los ojos de la mujer lo atravesaron como rayos X, calentándole los huesos.

—Ya sabía que te proponías algo. Si hablaras en serio...

—Nosotros, los espíritus condenados, tenemos que mantenernos unidos aquí en Malkuth... Hablo en serio. —Tosió y habló con los ojos—. Quedémonos juntos como si bailáramos. Veo a Unger, él nos ve, y quiero tenerte conmigo.

—Está bien.

Dejó el vaso sobre una bandeja ambulante y lo siguió a la pista y bajo el zodíaco giratorio, abandonando a Unger ante un laberinto de carne. Moore rió al verlo en esa situación.

—Es más difícil señalar identidades en una fiesta sin disfraces.

Ella sonrió.

—Bailas distinto ahora que anoche, ¿sabes?

—Ya sé. Oye, ¿cómo puedo conseguir un témpano privado y una llave para Schlerafenlandia? He decidido que podría ser divertido. Sé que en realidad no es cuestión de genealogía, ni siquiera de dinero, aunque ambas cosas parecen ser útiles. Leí toda la bibliografía, pero me vendrían bien algunos consejos prácticos.

La mano de Leota tembló muy levemente en la suya.

—¿Conoces a la Decana? —preguntó ella.

—Rumores, más que nada —replicó él—, según los cuales es una vieja gárgola que congelaron para espantar a la Bestia cuando llegue Armagedón.

Leota no sonrió. En cambio se convirtió otra vez en flecha.

—Más o menos —repuso con frialdad—. Es cierto que impide la entrada de bestias humanas en el Grupo.

Moore el Civilizado se mordió la lengua.

—Aunque muchos no la estiman —continuó ella, animándose un poco más a medida que reflexionaba—, siempre me pareció una preciosa pieza de porcelana china. Me gustaría llevarla a casa, si tuviera casa, y ponerla sobre la repisa de la chimenea, si tuviera chimenea.

—He oído decir que encajaría muy bien en el Salón Victoriano de las Galerías del Museo Nacional de Arte —aventuró Moore.

—Es verdad que nació durante el reinado de Vicky... y tenía más de ochenta años cuando descubrieron el sueño frío... pero puedo decir con seguridad que allí termina la cuestión.

—¿Y a esa edad decidió pasearse por el Tiempo?

—Exactamente repuso Leota ya que desea ser el árbitro inmortal de la transociedad.

Giraron con la música. Leota se había relajado otra vez.

—A los ciento diez años ya está en camino de convertirse en arquetipo —señaló Moore—. ¿Esa es una de las razones por las que es tan difícil lograr entrevistas?

—Una de las razones —contestó ella—. Si por ejemplo solicitaras ahora tu ingreso en el Grupo de las Fiestas, aún tendrías que esperar la entrevista hasta el próximo verano... suponiendo que alcanzaras esa etapa. —¿Cuántos hay en la lista de posibles candidatos? Ella cerró los ojos.

—No sé. Miles, diría yo... Claro está que ella recibirá solamente algunas docenas. Los demás habrán sido extirpados, podados, eliminados con la investigación, y descalificados de diversas maneras por los directores. Entonces, naturalmente, *ella* dirá la última palabra en cuanto a quién *entra*.

Súbitamente verde y límpido —mientras la música, las luces, los ultrasonidos y las delicadas fragancias narcóticas del aire se alteraban sutilmente—, el salón se convirtió en un sitio oscuro y fresco en el fondo del mar, embriagado y nostálgico como la mente de una sirena que contempla las ruinas de la Atlántida. El genio elegiaco del salón los acercó más por una especie de sutil gravitación, y ella se mantuvo serena y adhesiva mientras él continuaba:

—¿Qué poder tiene, en realidad? Leí las cintas y sé que es fuerte accionista, pero ¿qué importa eso? ¿Acaso los directores no pueden desautorizarla con sus votos? Si yo pagara...

—No lo harían. El dinero de ella no significa nada —respondió la mujer—. Es una institución. Le pertenece la cualidad exclusiva que hace que el Grupo sea el Grupo. Sus imitadores siempre fracasarán porque les falta el discernimiento de ella. Aceptarían a cualquier patán que pueda pagar. Por *esa* razón la Gente que Importa —pronunció las mayúsculas—, no concurre ni patrocina otra función que las del Grupo. Toda exclusividad desaparecería de la Tierra si el Grupo redujera sus exigencias.

—Dinero es dinero —dijo Moore—. Si otros pagaran lo mismo por sus fiestas...

—... Entonces la Gente que reciba su dinero dejaría de Importar. El Grupo los boicotearía. Perderían su *élan*, se los consideraría traficantes.

—Suena como una cinta de Moebius viciosa.

—Es un sistema de castas con sus mecanismos de balance y control. Nadie quiere realmente destruirlo.

—¿Ni siquiera los que son rechazados?

—¡Tonto! Ellos menos que nadie. Nada les impide comprar sus propios tanques

helados, si pueden pagarlos, y esperar cinco años más para probar de nuevo. De todos modos, la espera los enriquecería, si invierten, adecuadamente. Algunos han esperado décadas y siguen esperando. Algunos han triunfado después de insistir durante años. Eso hace más interesante el juego, más satisfactorio el éxito. En un mundo de comodidad física, brutal igualdad social y razonable igualdad económica, la exclusividad en frivolidad pasa a ser la más codiciada distinción.

—“Mercancía” —corrigió él.

—No, no está en venta —declaró ella—. Trata de comprarla, si no puedes ofrecer más que dinero...

Eso lo hizo pensar de nuevo en factores más inmediatos:

—¿Cuál es el costo, si se cumplen todos los demás requisitos?

—La regla al respecto es lo bastante maleable como para que quien los cumpla pueda pagar su inscripción. Debe garantizar que permanecerá en sueño frío o en la Fiesta hasta el momento en que sus ingresos superen su deuda. De modo que, aunque posea solamente una fortuna modesta, puede ser muy aceptable. Esto es necesario para que protejamos nuestros ideales democráticos. —Apartó la vista y volvió a mirarlo—. Por lo general se dispone una escala gradual de porcentajes sobre las ganancias provenientes de sus inversiones. A decir verdad, cuando liquides tus bienes, estará presente un asesor del Grupo que recomendará las mejores conversiones.

—El Grupo debe de enriquecerse con esto.

—*Certainement*. Es un negocio, y las Fiestas no resultan baratas. Pero entonces tú también serías parte del Grupo, ya que ser accionista es uno de los requisitos para el ingreso, y somos una corporación restringida, que paga altos dividendos. Tu capital aumentará. Si fueras aceptado, ingresaras y luego renunciaras al cabo de un mes objetivo, habrían pasado algo así como veinte años reales. Te irías un mes más viejo y mucho más rico...; y tal vez algo más sabio.

—¿A dónde tengo que ir para anotarme en la lista?

Lo sabía, pero tenía ciertas esperanzas.

—Podemos llamar esta noche, desde aquí. Siempre hay alguien en la oficina. Te visitarán aproximadamente dentro de una semana, después de la investigación preliminar.

—¿Investigación?

—Nada que deba preocuparte... ¿O acaso tienes antecedentes criminales, demencia entre tus antepasados o malas referencias crediticias?

Moore sacudió la cabeza.

—No, no y no.

—Entonces te aprobarán.

—Pero ¿tendré realmente alguna posibilidad de ingresar, compitiendo con tantos?

Fue como si una sola gota de lluvia le cayera sobre el pecho.

—Sí —contestó ella, apoyándole la mejilla en el hueco del cuello y mirando por sobre su hombro para que él no le viera la expresión—, presentado por un socio podrás llegar hasta la guarida de Mary Maude Mullen. Esa última valla dependerá solamente de ti.

—Entonces lo conseguiré —dijo él.

—... Tal vez la entrevista dure apenas unos segundos. Es rápida; sus decisiones son casi instantáneas, y nunca se equivoca.

—Entonces lo conseguiré —repitió él, exultante.

Encima de ellos ondulaba el zodíaco.

Moore encontró a Darryl Wilson en un barmático de los Poconos. El actor estaba en decadencia; no era el hombre que recordaba de las series premiadas de trivisión sobre la frontera. Aquel hombre había sido un vikingo de las praderas, de escarpada frente y rostro hirsuto. En cuatro años había ocurrido una avalancha facial que le abrió huecos y surcos en el entrecejo y le espolvoreó el vello facial con un matiz más claro. Wilson lo dejó así y se cauterizaba el buche con el aguardiente que negara todas las semanas al Piel Roja. Según rumores, ya iba por el segundo hígado.

Sentándose al lado de Wilson, Moore introdujo la tarjeta en la ranura del mostrador, marcó un Martini y esperó. Cuando advirtió que el otro no había notado su presencia, comentó:

—Usted es Darryl Wilson y yo soy Alvin Moore y quiero preguntarle algo.

Los ojos que apuntaban tan bien no pudieron enfocar ahora.

—¿De los medios noticiosos?

—No; antiguo admirador suyo —mintió Moore.

—Pregunte entonces —dijo la voz todavía familiar—. Usted es una cámara.

—¿Cómo es Mary Maude Mullen, la diosa-perra del Grupo?

Los ojos entraron finalmente en foco.

—¿Es candidato a la deificación en esta sesión?

—Así es.

—¿Qué opina?

Moore esperó, pero como no hubo más palabras preguntó finalmente:

—¿Acerca de qué?

—De cualquier cosa. Lo que quiera.

Moore bebió un trago y decidió seguirle el juego, por si aquel hombre se volvía más maleable.

—Opino que me gustan los Martinis —declaró—. Y ahora...

—¿Por qué?

Moore gruñó. Tal vez Wilson estuviera demasiado perdido para servirle de algo. Sin embargo, con probar una vez más...

—Porque son tranquilizadores y estimulantes al mismo tiempo, cosa que necesito después de haber llegado hasta aquí.

—¿Por qué quiere estar tranquilo y estimulado?

—Porque lo prefiero a estar tenso y deprimido.

—¿Por qué?

—¿Qué demonios significa esto?

—Perdió. Váyase a casa.

Moore se puso de pie.

—¿Y si salgo, vuelvo a entrar y empiezo de nuevo? ¿Qué le parece?

—Síntese. Mis engranajes giran con lentitud, pero giran todavía —dijo Wilson—. Estamos hablando de lo mismo... Usted quiere saber cómo es Mary Maude. Es así... puras preguntas. Preguntas inútiles. Las actitudes son una enfermedad a la que nadie es inmune, y varían con tanta facilidad en una misma persona. En dos minutos lo tendrá reducido a ellas, y sus respuestas dependerán de la bioquímica y el clima. La decisión de ella también. No

puedo decirle nada. Es puro capricho. Es la vida. Es fea.

—¿Nada más?

—Rechaza a quienes no debería rechazar. Con eso basta. Váyase.

Moore terminó el Martini y se marchó.

Aquel invierno Moore hizo una fortuna. Modesta, claro está.

Renunció a su puesto a cambio de un cargo en la División Oahu del Laboratorio de Investigaciones de Minera Akwa. Tardaba diez minutos más en llegar al trabajo, pero el título, Director de Procesamiento, sonaba mejor que Subjefe de División, y ansiaba un sonido nuevo. No redujo el ritmo de su programa compulsivo de aceptabilidad social, uno de cuyos resultados fue un pleito en enero.

Le habían informado que el Grupo prefería candidatos masculinos divorciados al tipo de solterones perpetuos. Por ese motivo consultó a una prestigiosa firma de contratistas matrimoniales y firmó un contrato por tres meses, renovable, con Diane Demetrios, una modelo desocupada de origen greco-libanés.

Decidió más tarde que uno de los problemas de una modelo era la excesiva competencia de ídolos femeninos quirúrgicamente perfeccionados; en esa profesión era difícil mantenerse ocupada. Su recién adquirido status había bastado para incitar a Diane a presentar una demanda por incumplimiento de promesa, aduciendo un supuesto acuerdo oral de que el contrario *sería* renovado.

Por supuesto, el Servicio Burgess de Contratación Social envió un perito adecuadamente obsequioso, y pagó las costas jurídicas, así como los honorarios médicos por la nariz rota de Moore. (Diane lo había golpeado con *Elementos de alta costura*, un manual ilustrado, pesado talismán que llevaba consigo en un estuche plástico —mientras él dormía junto a la piscina— con estuche plástico y todo).

Así fue como, en marzo, Moore se sintió preparado, informado y capaz de enfrentar a la última ciudadana sobreviviente del siglo diecinueve.

En mayo, sin embargo, comenzó a pensar que su entrenamiento había sido excesivo. Estuvo tentado de tomarse una licencia psiquiátrica de un mes en su trabajo, pero recordando la pregunta de Leota sobre antecedentes de demencia, vetó la idea y pensó en Leota. El mundo se detuvo mientras su mente giraba. Con remordimiento, se dio cuenta de que no había pensado en ella durante meses. El programa autodidáctico, el nuevo puesto y Diane Demetrios lo habían ocupado demasiado para pensar en la Reina del Grupo, su amor.

Rió entre dientes.

Es vanidad, decidió: la deseo porque todos la desean.

No, tampoco eso era la verdad exacta... El quería... ¿qué?

Pensó en sus motivaciones, sus deseos.

Entonces comprendió que sus objetivos habían cambiado; el acto se había convertido en actor. Lo que realmente deseaba, primero y por encima de todo, era entrar en el Grupo, ese estratocrucero de lujo que recorría los siglos atravesando velozmente mañana y mañana y todos los días posteriores... surcar las alturas, como esos dioses antiguos que aparecían en los ritos de los equinoccios, que dormían entre una y otra precesión y volvían a manifestarse con cada nueva estación, mientras el grueso de la humanidad vivía uno por uno esos días monótonos intermedios. Ser parte de Leota era ser parte del Grupo, y eso quería él ahora. Así que, por supuesto, era vanidad. Era amor.

Lanzó una carcajada. Su autosurf rasgó la lente azul del Pacífico como un diamante tripulado, levantando astillas agudas y frías en la superficie y arrojándoselas a la cara.

Volver del cero absoluto, como Lázaro, no es doloroso ni desconcertante, al principio. No hay sensación alguna hasta que se alcanza la temperatura de un cadáver razonablemente tibio. Ya entonces, sin embargo, fluye una inyección de nirvana por los ríos deshelados del cuerpo.

Recién cuando empieza a volver el conocimiento, pensó la señora Mullen, a volver con fuerza suficiente como para que uno comprenda plenamente lo ocurrido —que el vino ha sobrevivido otra estación en una bodega incierta, y la cosecha es ahora más preciada todavía—, recién entonces entra un miedo innombrable a formar parte de las siluetas mundanas del mobiliario del dormitorio, durante un momento.

Es más que nada una actitud supersticiosa, un temblor mental ante la posibilidad de que la sustancia de la vida, de la vida de uno, haya sido afectada de alguna manera indefinible. Pasa un microsegundo, y después queda solamente el tenue recuerdo de un mal sueño.

La mujer se estremeció, como si aún tuviera el frío encerrado en los huesos, y se sacudió la idea de las pesadillas pasadas.

Volvió su atención hacia el hombre de chaqueta blanca que estaba a su lado.

—¿Qué día es? —le preguntó.

Era un puñado de polvo en los vientos del Tiempo...

—Dieciocho de agosto de dos mil dos —contestó el puñado de polvo—. ¿Cómo se siente?

—Muy bien, gracias —decidió ella—. Acabo de llegar a un nuevo siglo, el tercero que visito, de modo que ¿por qué no habría de sentirme muy bien? Me propongo visitar

muchos más.

—Sin duda lo haré, señora.

Los pequeños mapas que eran las manos de la mujer ajustaron el cubrecama.

—Cuénteme qué novedades hay en el mundo.

El médico apartó la vista del súbito resplandor de acetileno que estalló en los ojos de la mujer.

—Por fin hemos visitado Neptuno y Plutón —relató—. Son totalmente inhabitables. Según parece, el hombre está solo en el sistema solar. El proyecto del Lago Sahara ha tropezado con más dificultades, pero es posible que las obras comiencen la próxima primavera, ahora que se está por llegar a un arreglo sobre esas estúpidas reclamaciones francesas...

Ella, con los ojos, fundió el polvo de él transformándolo en láminas de cristal.

—Otro competidor, Futuroalegre, entró en el negocio de los tanques de tiempo hace tres años —recitó él, tratando de sonreír—, pero enfrentamos al enemigo y lo vencimos... El Grupo compró su parte hace ocho meses. De paso, nuestros tanques son ahora mucho más sofisticados...

—Repito —dijo ella—. ¿Qué novedades hay en el mundo, *doctoré*?

El hombre torció la cabeza, evitando la mirada de la mujer.

—Ahora podemos prolongar las intermitencias mucho más de lo que se podía lograr con los métodos antiguos —le dijo finalmente.

—¿Mejor acción dilatoria?

—Sí.

—¿Pero no una cura?

El hombre sacudió la cabeza negativamente.

—De cualquier modo —le dijo ella— ya ha sido anormalmente dilatada. Los antiguos remedios ya no producen efecto. ¿Por cuánto tiempo servirán los nuevos?

—No sabemos todavía. Usted tiene una variedad poco habitual de esclerosis múltiple, y hay otras complicaciones.

¿Habrá posibilidad de hallar una cura?

—Podría tardar veinte años más. Tal vez la tengamos mañana.

—Comprendo. —El brillo se atenuó—. Ya puede retirarse, joven, Al salir, póngame en marcha la grabación informativa.

Aliviado, el médico dejó que la máquina lo reemplazara.

Diane Demetrios discó el número de la biblioteca y pidió el libro del Grupo. Hizo girar el dial de las páginas y se detuvo.

Estudió la pantalla como si fuera un espejo, mientras su rostro pasaba por toda la gama de expresiones.

—Soy tan hermosa como tú —decidió al cabo de un rato—. Y más todavía... Te vendría bien un cambio en la nariz y en la línea de las cejas... Si ellos no fueran fundamentalistas faciales —dijo al retrato—, si no discriminaran contra la cirugía, tú estarías aquí y yo ahí. ¡Perra!

El millonésimo barril de agua marina convertida surgió, fresca y helada, del Purificador Moore. Volcándose desde el depósito y fluyendo por los conductos, era limpia, útil y singularmente inconsciente de estas virtudes. Por la otra punta entró una nueva transfusión de salobre Pacífico.

—Los productos de desecho los utilizaban en pseudocerámica.

El hombre que diseñó el Purificador de doble servicio era rico.

En Oahu, la temperatura era de veintiocho grados centígrados.

El millonésimo primer barril salió del Purificador...

Dejaron a Alvin Moore entre perros de porcelana.

Dos de las paredes estaban cubiertas de estantes, desde el piso hasta el techo. En los estantes se alineaban perros, principalmente de cerámica vidriada (aunque algunos eran más toscos y primitivos), perros azules, verdes, rosados, canela (sin mencionar ocre, bermellón, malva y azafrán), cuyo tamaño iba desde el de una cucaracha más bien grande hasta el de un jabalí pigmeo. Desde el otro lado de la habitación, un fuego de leños que era un verdadero infierno lanzaba su desafío metafísico al caluroso julio de las Bermudas.

Encima de la repisa de la chimenea había más perros.

Junto al infierno había un escritorio, y sentada a él estaba Mary Maude Mullen, envuelta en un tartán a cuadros verdes y negros. Estudiaba la carpeta de Moore, abierta sobre el secante, y no alzó la mirada al hablarle.

De pie junto al asiento que no se le había ofrecido, Moore fingió examinar los perros y los montones de leña georgiana que llenaban la pieza hasta rebosar.

Aunque no demasiado afecto a los perros verdaderos, Moore no les tenía rabia; pero al cerrar los ojos un momento experimentó una sensación de claustrofobia.

Esos no eran perros. Eran los seres de otro planeta que contemplaban sin pestañear al último terrestre a través de los barrotes de su jaula. Moore se prometió no decir nada elogioso acerca de esa deslumbrante jauría arco iris (adecuada tal vez para cazar un ciervo de jade del tamaño de un chihuahua); decidió que sólo podía haber surgido de la desviación mental de un monomaniaco, o de alguien que tuviera muy poca imaginación y respeto hacia los perros. Luego de verificar todas las generalidades enumeradas en la petición de Moore, la señora Mullen alzó unos ojos pálidos.

—¿Qué le parecen mis perritos? —preguntó.

Era una mujer arrugada, de rostro estrecho y pelo llameante, nariz corta y expresión inocente; en los labios finos tenía todavía las huellas de la pregunta.

Después de repasar con rapidez los últimos pensamientos, Moore decidió mantener la integridad respecto de los perros de porcelana contestando de manera objetiva.

—Son muy coloridos —dijo.

Apenas lo dijo sintió que esa respuesta era un error. La pregunta había sido demasiado brusca. Había entrado en el estudio listo para mentir sobre cualquier cosa menos los perros de porcelana. Esbozó una sonrisa.

—Son muchísimos. Pero claro está que no ladran, muerden, ni pierden el pelo, ni hacen otras cosas...

La mujer le devolvió la sonrisa.

—Mis queridas, coloridas y pequeñas perras e hijos de perra —dijo—. No hacen nada. Son algo así como simbólicos. También es por eso que los colecciono. Siéntese y finja estar cómodo —indicó.

—Gracias.

—Dice aquí que usted ha surgido hace muy poco de las felices filas del anonimato y logrado no sé qué esotérica distinción científica. ¿Por qué renunciar a ella ahora?

—Quería dinero y prestigio, cosas que, según se me dio a entender, son útiles para todo candidato al Grupo.

—¡Ajá! ¿De modo que no fueron un fin, sino un medio?

—En efecto.

—Dígame entonces por qué quiere ingresar en el Grupo.

Hacía meses que tenía escrita la respuesta a esa pregunta. La había grabado mecánicamente en el cerebro para poder decirla con inflexiones naturales. Las palabras se le empezaron a formar en la garganta, pero las dejó morir allí. Las había planeado de la manera que suponía podían ser más atractivas para una admiradora de Tennyson. Ahora no estaba tan seguro.

Sin embargo... Examinó el asunto y eligió un punto neutro: la parte que se refería a seguir al conocimiento como a una estrella fugaz.

—En las próximas décadas habrá muchos cambios, y quisiera verlos con los ojos de un hombre joven.

—Como miembro del Grupo, existirá más para ser visto que para ver —contestó ella, anotando algo en la carpeta—. Y si lo aceptamos, creo que tendremos que teñirle el pelo.

—¡Eso de ningún modo!... Perdón, se me escapó.

—Bien. —La mujer hizo otra anotación—. No queremos gente demasiado inhibida... ni tampoco demasiado desinhibida. Su reacción fue bastante pintoresca. —Volvió a levantar la vista—. ¿Por qué ansia tanto ver el futuro?

Moore se sintió incómodo. Parecía como si ella supiese que él estaba mintiendo.

—Pura curiosidad humana —dijo débilmente—, y un cierto interés profesional. Como soy ingeniero...

—No ofrecemos seminarios —observó la mujer—. Si quiere permanecer en el Grupo no podrá hacer mucho más que asistir a las Fiestas. En veinte años... no, diez... estará de nuevo en el jardín de infantes en cuanto a ingeniería. Para usted todo será jeroglíficos, y no lee jeroglíficos, ¿verdad?

Moore negó con la cabeza.

—Muy bien, no es una comparación muy adecuada —continuó ella—. Sí, será todo jeroglíficos, y si usted abandonara el Grupo no pasaría de ser un dibujante inexperto... aunque no necesitaría trabajar. Pero si quisiera hacerlo tendría que ser como independiente, lo cual se hace cada vez más difícil, con el paso del tiempo. Sin duda perdería dinero.

Moore se encogió de hombros, y alzó las palmas de las manos. *Había* pensado en hacer eso. Cincuenta años —se había dicho— y podríamos abandonar el Grupo, seríamos ricos y yo podría seguir cursos de repaso y buscar trabajo como consultor en ingeniería

marina.

—Sabría lo suficiente para apreciar lo que pasa, aunque no pudiera participar —explicó.

—¿Se contentaría con observar?

—Pienso que sí —mintió él.

—Lo dudo. —La mujer volvió a clavarle los ojos. Usted cree estar enamorado de Leota Masón. Ella lo propuso, pero claro está que tiene derecho a hacerlo.

—No sé —contestó él por último—. Al principio, hace dos años, creía que estaba...

—La pasión es buena; buen tema para chismes —dijo la mujer—. En cambio no toleraré el amor. Líbrese de esas ideas. Nada tan aburrido y anti-alegre como un enredo dentro del Grupo. No provoca habladurías sino burlas. Y bien, ¿es apasionamiento o amor?

—Apasionamiento —decidió él.

La mujer miró el fuego, se miró las manos.

—Tendrá que elaborar una actitud budista hacia el mundo que lo rodea. Ese mundo cambiará día a día. Cada vez que se detenga a mirarlo será un mundo distinto, irreal.

Moore asintió con la cabeza.

—Por consiguiente, si usted quiere conservar su estabilidad, el Grupo debe ser el centro de todo. Dondequiera que resida su corazón, allí residirá también su alma.

Moore asintió de nuevo.

—... Y si resulta que no le gusta el futuro cuando se detenga a observarlo, recuerde que *no hay* regreso. ¡No se limite a pensar en eso, *siéntalo*!

Moore lo sintió.

La señora Mullen comenzó a anotar. De pronto la mano derecha empezó a temblarle. Dejó caer la lapicera, y con cuidado excesivo volvió a meter la mano bajo el chal.

—Usted no es tan pintoresco como la mayoría de los candidatos —le dijo con demasiada naturalidad—, pero, por otro lado, ahora andamos necesitados del tipo espiritual. El contraste agrega profundidad y textura a nuestras exhibiciones. Vaya a mirar las grabaciones de nuestras Fiestas pasadas.

—Ya las vi.

—... ¿Y puede entregar a eso su alma, o una parte importante?

—Dondequiera que resida mi corazón...

—Entonces puede volver a su casa, señor Moore. Hoy recibirá nuestra decisión.

Moore se puso de pie. Tantas preguntas habían quedado sin formular, tantas cosas había querido decir, había olvidado o no había tenido oportunidad de decir... Se preguntó si la mujer ya habría decidido rechazarlo. ¿Por eso había sido tan breve la entrevista? Sin embargo, sus comentarios finales *habían* sido alentadores.

Escapó de la frágil perrera con la sensación de que todos sus poros eran agujeros de clavos recién arrancados.

Pasó toda la tarde en la piscina del hotel, y al anochecer se trasladó al bar. No cenó.

Cuando recibió la noticia de que había sido aceptado, el mensajero le informó también que la costumbre imponía hacer un pequeño regalo a la inquisidora. Previendo la índole del regalo, Moore rió con risa de borracho.

Mary Maude Mullen recibió su primer perro de porcelana del Pacífico desde Oahu con un pequeño y triste encogimiento de hombros que casi se transformó en un estremecimiento. Después se echó a temblar, y estuvo a punto de dejarlo caer. Se apresuró a colocarlo en el estante más bajo, detrás del escritorio, y a buscar las píldoras. Más tarde las llamas hicieron que el perro se quebrase.

Bailaban. El mar era un cielo verde dorado sobre la cúpula, El día era extrañamente joven.

Fatigados restos de las dieciséis horas de la Fiesta, se colgaban unos de otros, los pies doloridos, los hombros caídos. En la pista seguían moviéndose ocho parejas, y los cansados músicos les proporcionaban la música más lenta que podían tocar. Desparramadas a orillas del mundo, donde el verde cuenco del cielo se unía con las azules baldosas de la Tierra, unas quinientas personas, con las ropas desarregladas y las bocas abiertas, contemplaban el agua que había más allá de la pared, como peces de color sobre una mesa.

—¿Crees que lloverá? —preguntó él.

—Sí —respondió ella.

—Yo también... Bueno, ya hablamos del tiempo. ¿Qué me dices ahora sobre esa semana en la luna ...?

—¿Qué tiene de malo la vieja madre Tierra? —sonrió ella.

Alguien gritó, y casi al mismo tiempo se oyó el ruido de una bofetada. Los gritos cesaron.

—Nunca estuve en la luna —replicó él.

Esto pareció divertirla levemente.

—Yo sí. No me gusta.

—¿Por qué?

—Luces frías y locas fuera de la cúpula, y rocas muertas y oscuras alrededor —dijo ella con una mueca—. Parece un cementerio al final del Tiempo.

—Está bien, no importa —dijo él.

—... Y la sensación de liviandad incorpórea cuando uno se mueve dentro de la cúpula...

—¡Está bien!

—Disculpa. —La mujer le rozó el cuello con los labios, y él tocó la frente de ella con la suya—. El Grupo ha perdido barniz —sonrió.

—Ahora no importa; ya no nos están grabando.

Una mujer comenzó a sollozar cerca del gigantesco caballo marino que había sido la mesa de refrigerios. Los músicos tocaron con más fuerza. El cielo estaba lleno de luminosas estrellas de mar, que se movían húmedas de un lado a otro. Una de ellas goteó agua salada sobre la pareja al pasar por encima.

—Saldremos mañana —dijo él.

—Sí, mañana —repitió ella.

—¿Y España? —preguntó él—. Es la estación de las cerezas. Habrá los Juegos Florales de la Vendimia Jerezana. Quizá sean los últimos.

—Demasiado ruidoso, con tantos fuegos artificiales —objetó ella.

—Pero alegre.

—Alegre —suspiró ella torciendo la boca—. Vayamos a Suiza y finjamos que somos viejos o que nos estamos muriendo de algo romántico.

—Necrófila —sonrió él, resbalando en una mancha de humedad y recobrando el

equilibrio—. Sería mejor un tranquilo lago escocés, donde tú tendrás tu niebla y tus miasmas y yo tendré mi leche y miel puras.

—No —dijo ella por encima del murmullo de voces ebrias—, vamos a Nueva Hampshire.

—¿Qué tiene de malo Escocia?

—Nunca estuve en Nueva Hampshire.

—Yo sí, y no me gusta. Se parece a tu descripción de la luna.

Una polilla que roza la llama de una vela, el temblor.

Un relámpago helado de luz negra se estiró lentamente en los verdes cielos. Comenzó a lloviznar.

Mientras ella se quitaba los zapatos, él tomó un vaso de la bandeja que flotaba por encima de su hombro izquierdo, lo vació y devolvió a su lugar.

—Parece que alguien estuvo aguantando la bebida.

—El Grupo debe de estar economizando —dijo ella.

Entonces Moore vio a Unger que, vaso en mano, los miraba desde el borde de la pista.

—Allí está Unger.

—Ya lo veo. Se tambalea.

—Nosotros también —rió él.

El pelo del obeso bardo era un caos nevado, y su ojo izquierdo estaba tan hinchado que apenas podía abrirlo. Con un borboteante murmullo se desplomó, volcando la sopa. Nadie se movió para ayudarlo.

—Creo que otra vez bebió demasiado.

—Ay, pobre Unger —dijo ella sin expresión—. Lo conocí bien.

La lluvia seguía cayendo, y los bailarines se movían en la pista como figuras en algún espectáculo de títeres de aficionados.

—¡Ahí vienen! —gritó uno que no era del Grupo agitando la capa carmesí—. ¡Están bajando!

Todas las cabezas aún conscientes en la Cúpula de la Fiesta se volvieron hacia arriba, y el agua les chorreó en los ojos. En el verde sin nubes crecían tres zepelines plateados.

—Vienen por nosotros —observó Moore.

—*¡Lo van a conseguir!*

La música había hecho una pausa momentánea, como un péndulo al final del arco. Empezó de nuevo.

Buenas noches, señoras, tocaba la banda, *buenas noches, señoras...*

—¡Estamos salvados!

—Iremos a Utah —le dijo él con los ojos húmedos— donde no hay maremotos ni olas altas.

Buenas noches, señoras...

—¡Estamos salvados!

—*Alegres navegamos* —cantaban las voces—, *navegamos...*

—“Navegamos” —dijo ella.

—“Alegres” —contestó él.

—*¡Sobre el profundo mar azul!*

Un mes (para el Grupo) después de lo más parecido a un desastre (para el Grupo) que se conociera (es decir en el año 2019 de Nuestro Señor y Presidente Cambert, doce años después del maremoto), el integrante del Grupo Moore y Leota (nacida Láquesis) estaban de pie junto a la Sala del Sueño, en la Isla de Bermuda. Era casi de mañana.

—Creo que te amo —dijo él.

—Afortunadamente el amor no requiere un acto de fe —señaló, ella mientras aceptaba fuego para el cigarrillo—, porque yo no creo en nada.

—Hace doce años vi a una hermosa mujer en una Fiesta y bailé con ella.

—Hace cinco semanas —corrigió Leota.

—Entonces me pregunté si alguna vez ella pensaría no abandonar el Grupo y humanizarse de nuevo, y ser heredera de los males mortales.

—También yo me lo he preguntado a menudo en momentos de ocio —dijo ella—. Pero no lo haré. Por lo menos hasta que sea vieja y fea.

—Eso quiere decir nunca —sonrió él tristemente.

—Qué noble eres. —Leota lanzó humo hacia las estrellas, tocó la fría pared del edificio—. Algún día, cuando ya no la miren salvo para compararla con alguna engreída hija del lejano futuro, o cuando los cánones de belleza del mundo hayan cambiado, ella se trasladará del tren expreso al local y dejará que el resto del mundo siga de largo.

—Cualquiera que sea la estación, se encontrará sola en una población extraña —dijo Moore—. Parece que todos los días remodelaran el mundo. En esa cena de anoche... perdón, del año pasado... me encontré con un compañero de estudios, y me trató como si él fuera mi padre. A cada rato me decía “hijo”, “muchacho” o “chico”, y no porque quisiera hacerse el gracioso. Respondía a lo que veía. Mi apetito disminuyó notablemente. ¿Te das cuenta a dónde vamos? —preguntó a la nuca de Leota cuando ella se volvió para mirar el jardín de flores durmientes—. ¡Lejos! ¡Lejos! ¡Nunca podremos volver! El mundo continúa avanzando mientras dormimos.

—Eso reconforta, ¿verdad? —dijo ella por último—. Y estimula, e inspira asombro. Me refiero a estar atados. Todo arde. Nosotros permanecemos. Ni el tiempo ni el espacio pueden retenernos si no lo consentimos.

—Y yo no consiento estar atada —declaró.

—¿A nada?

—A nada.

—Supón que todo fue una enorme broma...

—¿Qué?

—El mundo. Supón que todos los hombres, mujeres y niños murieron el año pasado en una invasión de seres de Alfa Centauri, todos menos el Grupo congelado. Supón que fue un ataque bacteriológico de eficacia total...

—No hay seres en el sistema Centauri. Lo leí el otro día.

—Bueno, de otro lugar entonces. Supón que limpiaron los restos y todas las señales del caos, y que entonces uno de esos seres señaló con una aleta este edificio —Moore palmeó la pared— y dijo: “¡Oigan! Aquí adentro hay algunos que están vivos, en hielo... Pregunten a un sociólogo si vale la pena conservarlos o si abrimos la puerta del refrigerador y dejamos que se pudran”. Entonces vino uno de los sociólogos y nos miró a todos, en nuestros ataúdes de hielo, y dijo: “Tal vez sirvan para reírnos un poco y para dedicarles una docena de páginas en alguna publicación poco conocida. Hagámosles creer que todo sigue

tal como era antes de la invasión. Según estas planillas, todos sus movimientos están previstos, así que no será difícil. Les llenaremos las Fiestas de simulacros humanos provistos de aparatos grabadores y haremos una lista de sus pautas de comportamiento. Les variaremos las circunstancias, y ellos atribuirán eso al progreso. Así podremos verlos actuando en toda clase de situaciones. Luego, cuando terminemos, siempre podemos romper sus indicadores de tiempo y dejar que sigan durmiendo... o abrir las puertas y ver cómo se pudren". Así que decidieron hacer eso —concluyó Moore—, y aquí estamos, últimas personas vivas en la Tierra, haciendo cabriolas ante máquinas operadas por seres inhumanos que nos observan por razones incomprensibles.

—Entonces démosles un buen espectáculo —repuso ella—, y tal vez nos aplaudan una vez antes de que nos pudramos.

Leota apagó el cigarrillo y despidió a Moore con un beso. Ambos volvieron a sus refrigeradores.

Pasaron doce semanas antes que Moore sintiera necesidad de descansar del circuito de las Fiestas. Comenzaba a tener miedo. Leota había pasado décadas no funcionales de su tiempo de vacaciones con él, y últimamente mostraba señales de mal humor, lamentando al parecer esos gastos en beneficio de él. Por eso decidió ver algo real, dar un paseo en el año 2078. Al fin y al cabo tenía más de cien años de edad.

La Reina vivirá siempre, decía el descolorido recorte pegado en el corredor principal de la Sala del Sueño. Bajo el titular se leía la historia vieja/reciente de la superación de los últimos problemas que quedaban en la cura de la esclerosis múltiple, y el rescate médico de una de sus víctimas más notables. Moore no había visto a la Decana desde el día de la entrevista. No le importaba volver a verla.

Se puso un traje que sacó del armario de ropa de diario, cruzó los jardines hacia el campo de aviación. No había gente en los alrededores.

No sabía realmente a dónde quería ir hasta que se detuvo ante una taquilla de pasajes y el parlante le preguntó:

—Destino, por favor.

—Hm... Oahu. Laboratorios Akwa, si tienen pista de aterrizaje propia.

—Sí, la tienen... Pero para los últimos noventa kilómetros deberá usar un vuelo privado.

—Deme pasaje para un vuelo privado todo el viaje, ida y vuelta.

—Introduzca su tarjeta, por favor.

Moore así lo hizo.

Cinco segundos más tarde la tarjeta le cayó de vuelta en la mano, que esperaba. La guardó en el bolsillo.

—¿A qué hora llegaré? —preguntó.

—A las nueve y treinta y dos segundos, si parte en el Dardo Nueve dentro de seis minutos. ¿Tiene equipaje?

—No.

—En ese caso su Dardo lo espera en el área A-11.

Moore atravesó el campo de aviación hacia el Dardo de despegue vertical numerado “Nueve”, que volaba programado. La ruta de vuelo, dado que era un viaje especial, había sido elaborada en la taquilla milésimas de segundo después que Moore mencionara su destino. Luego esa ruta fue transmitida a una cinta virgen dentro del Dardo Nueve; un cerebro de autoalternación permitía al Dardo corregir el rumbo ante contingencias imprevistas y volver luego a la ruta para aterrizar exactamente donde estaba programado para bajar.

Moore subió por la rampa y se detuvo para introducir la tarjeta en la ranura, junto a la puerta del avión. La puerta se abrió, Moore recobró la tarjeta y entró. Eligió un asiento junto a una portilla y se ajustó el cinturón sobre el vientre. Entonces la puerta se cerró sola.

Al cabo de unos minutos el cinturón se desabrochó y desapareció en los brazos del asiento. Ahora el Dardo volaba con suavidad.

—¿Quiere luz más tenue? ¿O la prefiere más fuerte? —preguntó una voz a su lado.

—Está muy bien así —dijo Moore a la entidad invisible.

—¿Quiere comer o beber algo?

—Tomaré un Martini.

Se oyó un sonido deslizante, seguido por un apagado chasquido. En la pared, a su lado, se abrió un diminuto compartimiento; adentro estaba el Martini.

Moore lo retiró y sorbió un trago.

Afuera, hacia la parte posterior del Dardo, se elevó un suave nimbo azul.

—¿Alguna otra cosa? —*Pausa*—. ¿Quiere que le lea un artículo sobre el tema de su predilección? —*Pausa*—. ¿O un relato? —*Pausa*—. ¿O poesía? —*Pausa*—. ¿Desearía el catálogo? —*Pausa*—. ¿O prefiere música, tal vez?

—¿Poesía? —repitió Moore.

—Sí, tengo numerosas...

—Conozco a un poeta —recordó Moore—. ¿Tiene algo de Wayne Unger?

Una breve meditación mecánica:

—Wayne Unger. Sí —respondió la voz—. Dispongo de *Paraíso no deseado*, *Hongos de acero* y *Cinzel en el cielo*.

—¿Cuál es su obra más reciente? —preguntó Moore.

—Cinzel en el cielo.

—Léamela.

La voz comenzó a leerle todos los datos editoriales y la información sobre propiedad intelectual. Moore protestó y la voz le respondió que era una cuestión legal, y citó un caso precedente. Moore pidió otro Martini y esperó.

Por último la voz dijo:

—“Nuestro invernal camino a través del anochecer, entre zarzas ardientes”.

—¿Eh?

—Es el título del primer poema.

—Ah... Siga leyendo.

—“(Donde sólo las siempreverdes emblanquecen...).

Nevadas cenizas se elevan

en torres de ventisca.

Las siluetas abren un perfil.

La oscuridad, como una ausencia de rostros,

brotó de la casa abierta;

rezuma a través del destrozado pino

e inunda el arco fracturado.

*Acaso sea la esencia senescente
entresacada en sueños a los durmientes,
que empapa este camino
en climático exceso.*

*O tal vez la gran Antivida
aprende a pintar con saña,
a clavar un carámbano en el ojo de la gárgola.*

*Pues, para ser precisos, aunque
nadie puede enfrentarse consigo mismo in toto,
veo vuestro cielo que se desploma, los dioses extintos,
como en un sueño colmado de humo
donde antiguas estatuas arden
silenciosas, derrumbándose al suelo.
(... y nunca el siempreblanco es verde)".*

Hubo una pausa de diez segundos, y luego:

—El poema siguiente se titula.

—Un momento —pidió Moore—. El primero... ¿Está programado para explicarlo?

—No, lo siento. Para eso sería necesario un equipo más complicado.

—Repita la fecha del registro de propiedad intelectual del libro.

—2016, en la Unión Norteamericana...

—¿Y es su obra más reciente?

—Sí. Es miembro del Grupo de las Fiestas y generalmente hay un lapso de varias décadas entre sus libros.

—Continúe la lectura.

La máquina siguió leyendo. Aunque Moore sabía poco de poesía, le llamaron la atención las continuas referencias al hielo y al frío, a la nieve y al sueño.

—Pare —dijo a la máquina—. ¿Tiene algo del mismo autor antes de ingresar en el Grupo?

—*Paraíso no deseado* fue publicado en 1981, dos años después de su ingreso. Pero según el Prólogo la mayor parte fue escrita antes.

—Léalo.

Moore escuchó con atención. Había allí poco de hielo, nieve o sueño. Se encogió de hombros ante este pequeño descubrimiento. El asiento se adaptó y readaptó inmediatamente al movimiento.

Apenas conocía a Unger. No le gustaba su poesía. Claro que casi no le gustaba ninguna poesía.

El lector comenzó otra.

—“*En la casa emperrada*” —dijo.

“El corazón es un cementerio de crigas

oculto al ojo del cazador,

donde el amor lleva a la muerte como un esmalte

y los perros llegan arrastrándose a morir...”

Moore sonrió mientras escuchaba las demás estrofas. Al reconocer su origen, esa le gustó un poco más.

—No siga leyendo —dijo a la máquina.

Pidió una comida liviana y pensó en Unger. Una vez había hablado con él. ¿Cuándo? ¿2017...? Sí, en el Centenario de la Liberación de los Trabajadores Libres, en el Palacio Lenin.

Corrían ríos de vodka.

Fuentes de jugos, como arterias inhumanas acuchilladas, lanzaban luminosas sombrillas de púrpura y limón y verde y naranja. Cerca de muchos corazones relucían joyas suficientes para rescatar a un Emir. El anfitrión, el primer ministro Korlov, parecía un alegre gigante helado en exhibición.

... En un pabellón de baile de cristal polarizado, mientras afuera el mundo se apagaba y encendía, se apagaba y encendía, como un anuncio, según las palabras de Unger, que apoyaba ambos codos sobre el mostrador y el pie en el indispensable riel.

Al acercarse Moore, Unger volvió la cabeza. Era un búho albino de ojos turbios.

—¿Albion Moore? —dijo tendiendo la mano—. ¿*Quo vadis*, maldita sea?

—Jugo de pomelo y vodka —dijo Moore al innecesario ser humano que estaba de pie junto a la máquina mezcladora.

El hombre uniformado apretó dos botones y pasó el vaso por encima de los sesenta centímetros de caoba helada. Moore lo empujó hacia Unger en un leve saludo.

—Que tenga un feliz Centenario de la Liberación de los Trabajadores Libres.

—Brindo por la liberación.

El poeta se inclinó y oprimió su propia combinación de botones; el hombre de uniforme se sorbió audiblemente la nariz.

Los dos bebieron juntos.

—Nos acusan —el ademán de Unger indicó el mundo en general— de no conocer ni preocuparnos por nada ni nadie que no pertenezca al Grupo.

—¿No es verdad acaso?

—Oh, sí, pero eso habría que aclararlo. Nos pasa lo mismo con nuestra gente. A ver, sea sincero: ¿a cuántas personas del Grupo conoce?

—A unas cuantas.

—No le pregunté cuántos nombres sabía.

—Bueno, hablo con ellos a cada rato. Nuestro entorno es propicio para mucho movimiento y muchas palabras... y tenemos todo el tiempo del mundo. ¿Cuántos amigos tiene *usted*? —preguntó Moore.

—Acabo de terminar uno —gruñó el poeta, adelantándose— y ahora me voy a mezclar otro.

Moore no tenía ganas de que lo deprimieran ni de que bromearan con él, y no estaba seguro de la categoría a que correspondía aquello. Vivía dentro de una burbuja de jabón desde la desdichada Fiesta en el fondo del mar, y no quería que nadie apuntara en su dirección con objetos afilados.

—Bueno, usted no depende de nadie. Si no está contento en el Grupo, váyase.

—No se está portando como un verdadero *tovarisch* —dijo Unger, sacudiendo un dedo—. En otra época, uno podía contar las penas al mozo y a los amigos del bar. Aunque usted no puede recordarlo... esos días terminaron con la aparición de los barmáticos de chapa niquelada. ¡Malditos sean sus ojos exóticos y mezclas científicas!

De pronto apretó varios botones en rápida sucesión y empujó tres copas sobre la superficie oscura y brillante.

—¡Pruébelas! ¡Sorba un trago de cada una! —instó a Moore—. No puede distinguirlas sin leer la composición ¿verdad?

—En eso se puede confiar en ellos.

—¿Confiar? ¡Sí, demonios! Se puede confiar en que crearán neuróticos. Antes uno podía pedir una cerveza y hablar con alguien. Todo eso terminó cuando llegaron las máquinas mezcladoras. ¡Ahora ingresamos en un club de conversación donde todo es demente y antinatural! ¡Oh, si la Sirena hubiera sido así! —se lamentó en un falso tono de rabia—. ¡O el León Sangriento de Stepney! ¡Qué tipos escépticos habrían sido los compañeros de Marlowe! —Se desplomó en el asiento—. ¡Ah, sí! Ya no se bebe como antes.

El lenguaje internacional de su eructo hizo que el encargado de la máquina mezcladora apartara el rostro, que antes delató una expresión de disgusto.

—Bueno, repetiré la pregunta —dijo Moore, para hablar de algo—. ¿Por qué se queda donde no es feliz? Podría abrir usted mismo un verdadero bar si eso es lo que quiere. Ahora que lo pienso, probablemente fuera un gran éxito; gente sirviendo las bebidas y todo eso.

—¡Váyase! ¡Váyase! ¡No diré dónde! —Clavó la vista en el vacío—. Aunque tal vez lo haga un día —reflexionó—. Abrir un bar verdadero...

Entonces Moore le dio la espalda para mirar a Leota, que bailaba con Korlov. Se sentía feliz.

—La gente se une al Grupo por diversos motivos —murmuraba Unger—, pero el principal es el exhibicionismo, con el tentador espectro de la inmortalidad acechando quizás en la entrada del escenario. Atraer la atención se hace cada vez más difícil a medida que el tiempo pasa. En las ciencias es casi imposible. En los siglos diecinueve y veinte todavía se podía hablar de nombres célebres; ahora son célebres equipos de investigación. A las artes las democratizaron tanto que ya no existen, y ¿adonde han ido los públicos? Y no me refiero a los espectadores.

”Tenemos entonces el Grupo —continuó—. Por ejemplo fíjese en nuestra bella

durmiente, que baila con Korlov...

—¿Eh?

—Discúlpeme. No quise despertarlo bruscamente. Decía que la señorita Masón, si quisiera llamar la atención ahora, no podría ser una *stripper*, y por eso tuvo que ingresar en el Grupo. Es mejor aún que ser estrella de trivisión, y requiere menos trabajo.

—¿*Stripper*?

—Una artista popular que se desvestía con música.

—Sí, recuerdo haber oído hablar de ellas.

—Pero también eso ha desaparecido —suspiró Unger—, y aunque no puedo desaprobear las costumbres actuales de vestido y desvestido, me sigue pareciendo que en el mundo viejo murió algo luminoso y frágil.

—Ella *es* luminosa, ¿no?

—Decididamente.

Entonces salieron a dar un breve paseo en la fría noche de Moscú. En realidad Moore no quería salir pero había bebido lo suficiente como para que pudieran convencerlo con facilidad. Además no quería que el tambaleante charlatán que iba a su lado cayera en alguna excavación o se extraviara, que perdiera el vuelo o apareciera herido. Por eso, caminaron por iluminadas avenidas y penumbrosas calles hasta llegar a la Plaza, donde se detuvieron ante un gran monumento en ruinas. El poeta cortó una ramita de un arbusto, hizo con ella una corona y la arrojó contra la pared.

—Pobre tipo —murmuró.

—¿Quién?

—El que está adentro.

—¿Quiénes?

Unger miró a Moore ladeando la cabeza.

—¿De veras no lo sabe?

—Admito que hay lagunas en mi educación, si a eso se refiere. Me esfuerso continuamente para llenarlas, pero siempre fui flojo en historia. Me especialicé muy joven.

Unger señaló el monumento con el pulgar.

—Adentro yace el noble Macbeth —dijo—. Fue un antiguo rey que mató a su predecesor, el noble Duncan, de manera muy infame. Y también a muchos otros. A pesar de haber prometido que sería bueno con sus súbditos. Pero el temperamento eslavo es extraño. Se lo recuerda sobre todo por sus excelentes discursos, que fueron traducidos por un hombre llamado Pasternak. Nadie los lee ya.

Suspirando, Unger se sentó en un escalón. Moore lo imitó. Tenía demasiado frío para sentirse ofendido por la arrogante burla del poeta ebrio.

—En aquellos tiempos la gente solía hacer guerras —dijo Unger.

—Ya sé —respondió Moore, que se le estaban congelando los dedos—; una vez Napoleón incendió parte de esta ciudad.

Unger se quitó el sombrero.

Moore observó la línea de los edificios contra el cielo. Una desconcertante gama de estructuras rodeaba la Plaza: aquí, brillante y funcional, un bloque de oficinas semejante a una escalera se arreglaba las alturas y presenciaba distancias, como solamente pueden hacerlo las ventajas planificadas de lo nuevo; allá, una agencia que de día era un acuario era ahora un oscuro espejo, un sitio donde se exhibían al observador las eficiencias, inspiradoras de confianza, de bien preparados funcionarios; y del otro lado de la Plaza, con su purgada juventud plenamente restaurada por las sombras, la solitaria cebolla de una cúpula atizaba con su afilado rodete a los vehículos que flotaban allá arriba, señalando en ese mismo instante algunos que corrían veloces entre fuegos estelares..., y Moore se sopló los dedos y metió las manos en los bolsillos.

—Sí, las naciones iban a la guerra —estaba diciendo Unger—. Tronaban las artillerías. Se derramaba sangre. Moría gente. Pero nosotros sobrevivimos, atravesando palabra a palabra un trémulo Shinvat. Y luego, un día, hubo paz. Hacía mucho que la teníamos cuando nos dimos cuenta. Todavía no sabemos cómo lo conseguimos. Postergación perpetua y poca memoria, supongo, mientras la atención del hombre se ocupaba en otras cosas las veinticuatro horas del día. Ahora ya no queda nada por qué pelear, y todos ostentan los frutos de la paz... porque todos tienen de esos frutos... a montones. Todos los que quieran, y más. Pero esos frutos, que llenan los depósitos y la mente, ¡cómo han proliferado! La versión de cada mes es mejor que la anterior, de alguna manera hipersofisticada. Parecen haber absorbido las mentes que se absorben con ellos...

—Podríamos ir todos a vivir en los bosques —dijo Moore, deseando haberse tomado el tiempo necesario para guardar en el bolsillo un cristal de batería y un termostato para el traje.

—Podríamos hacer muchas cosas, y alguna vez las haremos... supongo. Aunque, pensándolo bien, creo que podríamos terminar en los bosques, después de todo.

—En ese caso, volvamos al Palacio mientras haya tiempo. Estoy helado.

—¿Por qué no?

Se pusieron de pie y emprendieron el regreso.

—De todas maneras, ¿por qué se metió en el Grupo? ¿Para poder sentirse descontento durante siglos?

—No, hijo. —El poeta le palmeó el hombro—. Soy un público en busca de espectáculo.

Moore tardó una hora en sacarse el frío de los huesos.

—Ejem. Ejem —dijo la voz—. Estamos a punto de aterrizar en los Laboratorios Akwa, en Oahu.

El cinturón serpenteó sobre las rodillas de Moore. Moore lo abrochó. Una sensación súbita le hizo pedir:

—Léame de nuevo ese último poema de *Cincel*.

—“*Futuro, no seas impaciente*” —anunció la voz.

“*Algún día, tal vez, pero no este.*

Alguna vez; pero entonces, no ahora.

El hombre es un mamífero constructor

de monumentos.

Nunca me pregunten cómo”.

Moore pensó en la descripción de la luna hecha por Leota, y odió a Unger durante los cuarenta y cuatro segundos que tardó en desembarcar. No supo con certeza por qué.

De pie junto al Dardo Nueve, vio que se acercaba un hombre bajo que lucía una sonrisa y colorida vestimenta tropical. Le estrechó la mano, automáticamente.

—... Muy complacido —dijo el hombre llamado Teng—, y contento de que ya no quede mucho que usted pueda reconocer. Desde que nos llamaron de Bermuda hemos estado pensando qué mostrarle. —Moore fingió estar enterado de la llamada—. No muchos recuerdan a sus empleadores desde tanto tiempo atrás como usted —decía Teng.

Moore sonrió y echó a andar con él hacia el Complejo de Procesamiento.

—Sí, tenía curiosidad por ver cómo era esto ahora —admitió—. Mi antigua oficina,

mi laboratorio...

—Ya no existen, por supuesto.

—... nuestra primera cámara-tandem, con sus inyectores de pico grande...

—Reemplazados, naturalmente.

—Naturalmente. Y las bombas grandes y viejas...

—Relucientes y nuevas.

Moore se sintió reanimado. El sol, que no había visto durante varios días/años, le calentaba agradablemente la espalda, pero más aún le agradó sentir el aire acondicionado al entrar en el primer edificio. Había una cierta belleza en la compacta funcionalidad de todo lo que los rodeaba, algo que Unger habría llamado por otro nombre pero que para Moore era belleza. Pasó la mano por los costados de máquinas que no tenía tiempo de estudiar. Palmeó los conductos y atisbó dentro de los hornos donde se procesaba la cerámica como subproducto; aprobó con un movimiento de cabeza y se detuvo a encender la pipa cuando el acompañante le pidió su opinión sobre algo demasiado remoto técnicamente para tener alguna opinión al respecto.

Cruzaron pasarelas; caminaron por el interior, parecido a un templo, de los tanques herméticos; atravesaron pasadizos donde se apagaban y encendían paneles indicando el curso de operaciones invisibles. De vez en cuando encontraban un obrero que, sentado ante un inactivo tablero de control, miraba un espectáculo transmitido o leía algo en su trivisor portátil. Moore estrechó manos y olvidó nombres.

Teng, Director de Procesamiento, no podía dejar de sentirse parcialmente hipnotizado (tanto por la apariencia juvenil de Moore como por saber que éste había elaborado, en otra época, un procedimiento clave, y además por su aparente comprensión de las operaciones actuales) creyendo que Moore era un ingeniero de su misma estirpe y con su educación al día. En realidad, la predicción de Mary Mullen en cuanto a que algún día su profesión adelantaría más allá del alcance de su comprensión, no se había cumplido aún; pero era evidente que iba en esa dirección. Adecuadamente, había advertido que su foto acumulaba polvo en un pequeño vestíbulo, entre las de los demás antecesores de Teng, muertos y jubilados.

Dominado por esa sensación, Moore preguntó:

—Dígame, ¿cree que podría recobrar mi antiguo puesto?

El otro volvió bruscamente la cabeza; Moore permaneció inexpresivo.

—Bueno... supongo que... se podría arreglar... algo... —concluyó débilmente, mientras Moore sonreía y desviaba la pregunta hacia la conversación casual.

En cierto modo le divertía haber producido esa expresión súbita y extraña de comprensión en el aburrido rostro de Teng, cuando éste vio realmente a Moore por primera vez. Y también le asustaba.

—Sí, ver todo este progreso resulta... emocionante —declaró Moore—. Es casi suficiente para que uno quiera volver a trabajar. Por supuesto, me alegro de no tener que hacerlo... Pero hay cierta nostalgia en esto de volver, al cabo de tantos años, y ver cómo creció todo a partir de la operación precaria que parecía ser entonces, hasta abarcar edificios que no alcanzaría a recorrer en una semana, y todos repletos de maquinaria nueva que trabaja a un ritmo asombroso. Es eficiente. Me gusta. Supongo que a usted le agrada trabajar aquí.

—Sí —suspiró Teng—; tanto como a un hombre puede gustarle trabajar. Oiga, ¿piensa quedarse esta noche? Hay un luau semanal de los empleados, y sería muy bien recibido. —Consultó la esfera del reloj delgada como una oblea que llevaba sujeta a la muñeca—. A decir verdad, ya ha comenzado —agregó.

—Gracias, pero tengo una cita y debo irme pronto —repuso Moore—. Sólo quería reafirmar mi fe en el progreso... Gracias por la visita, y gracias por el tiempo que me dedicó.

—Cuando quiera —respondió Teng, mientras lo conducía hacia un lujoso Salón Comedor—. No tiene que volar de vuelta hasta dentro de un rato, ¿verdad? Bueno, mientras comemos algo aquí, desearía hacerle unas preguntas acerca del Grupo. En especial sobre los requisitos para ingresar...

Mientras daba la vuelta al mundo, de regreso a Bermuda, emborrachándose feliz en el vientre del Dardo Nueve, en el año dos mil setenta y ocho de Nuestro Señor, Moore sintió que el tiempo marchaba ahora correctamente.

—¿De modo que quieres tenerlo? —preguntó Mary Maude, saliendo cuidadosamente de las cavernas del chal.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no destruyo lo que me pertenece. Ya es muy poco lo que poseo.

La Decana lanzó un suave bufido, tal vez de burla, y palmeó al perro favorito, como pidiéndole una respuesta.

—Aunque navega sobre un mar sin fondo hacia algún oriente fabuloso —meditó—, la nave sigue tratando de echar ancla. No sé por qué. ¿Puedes explicármelo? ¿Es simple descuido del capitán o del segundo oficial?

El perro no contestó. Tampoco hizo ninguna otra cosa.

—¿O es el deseo de un amotinado, que quiere virar y emprender el regreso? —inquirió—. Volver a casa.

Hubo un breve silencio, y finalmente:

—Vivo en una sucesión de casas. Se llaman horas. Todas son hermosas.

—Pero no lo suficiente, y nunca se las puede volver a visitar, ¿eh? Permíteme que me adelante a tus próximas palabras: “No pienso casarme. No pienso abandonar el Grupo. Tendré a mi hijo...”. De paso, ¿será niño o niña?

—Niña.

—“... tendré a mi hija, la instalaré en un buen hogar, dispondré para ella un futuro glorioso, y volveré a tiempo para el Festival de la Primavera. —Frotó el perro barnizado como si fuera un cristal, e hizo como que miraba a través de la verde opacidad—. ¿No soy una verdadera gitana? —preguntó.

—Sin duda.

—¿Y crees que eso dará resultado?

—No veo por qué no.

—Dime qué hará su orgulloso padre —inquirió la Decana—; ¿le compondrá un soneto o le diseñará juguetes mecánicos?

—Ni lo uno ni lo otro. Nunca lo sabrá. Estará dormido hasta la primavera, y yo no. Tampoco *ella* debe saberlo.

—Tanto peor.

—¿Quiere decirme por qué?

—Porque según los relojes del Grupo en menos de dos meses se convertirá en mujer... y en una mujer encantadora, sin duda, porque podrá permitirse el lujo de serlo.

—Naturalmente.

—Y como hija de un miembro del Grupo, será eminentemente aceptable como candidata a ingresar en él.

—Tal vez no lo quiera.

—Sólo quienes no pueden conseguirlo dicen que no lo quieren. Sí, lo querrá, como todos... Y si ella obtuviera la belleza por medios quirúrgicos, creo que en ese caso yo modificaré una regla mía. La aprobaré y la admitiré en el Grupo. Entonces conocerá a mucha gente interesante... poetas, ingenieros, su madre...

—¡No! ¡Antes de permitir que eso ocurra yo misma se lo contaré todo!

—¡Ajá! Dime, ¿tu temor al incesto se basa en tu temor a la competencia, o es al revés?

—¡Por favor! ¿Por qué dice cosas tan horribles?

—Porque, lamentablemente, tú eres algo que no puedo darme el lujo de conservar. Durante mucho tiempo has sido un excelente símbolo, pero ahora tus placeres han dejado de ser olímpicos. Has recaído en lo mundano. Demuestras que los dioses son menos sofisticados que escolares; que pueden ser víctimas de la biología, a pesar de los océanos de aliados médicos de que disponemos. A los ojos del mundo, princesa, tú eres mi hija, porque yo soy el Grupo. Acepta entonces un consejo maternal y renuncia. No intentes renovar tu opción. Cásate primero, y luego duerme unos meses... hasta la primavera, cuando vence tu opción. Duerme intermitentemente en tu tanque, durante un año o algo así. Nosotros realzaremos los aspectos románticos de tu retiro. Espera un año o dos para tener a tu niña. El sueño frío no le hará daño alguno; ya hubo otros casos como el tuyo. Si no aceptas esto te advierto maternalmente que te espera una expulsión inmediata.

—¡No puede hacer eso!

—Lee tu contrato.

—¡Pero nadie tiene por qué enterarse!

—¡Muñeca tonta! —El acetileno ardió con violencia—. Hace por lo menos sesenta años que tus atisbos de lo exterior son fragmentarios y sumamente selectivos. Todos los medios informativos del mundo vigilan casi todos los movimientos de cada integrante del Grupo, desde que se despierta en su tanque hasta que se retira, exhausto, luego de la última Fiesta. Ahora los fisgones y los cazadores de noticias tienen más aparatos y adminículos en sus arsenales que cabellos coloridos hay en tu cabeza. *No podemos* esconder a tu hija durante toda su vida, de modo que ni siquiera lo intentaremos. Bastante nos costaría ocultar lo sucedido si decidieras no tenerla... aunque creo que podríamos acallar a nuestros empleados con sobornos y drogas. En resumen, te exijo una decisión.

—Lo siento.

—Yo también —dijo la Decana.

La joven se puso de pie.

Cuando salía le pareció oír el gemido de un perro de porcelana.

Tras los cuidados setos del jardín y bajando una cuesta deliberadamente irregular corría el sendero sin pavimentar que erraba, como un río impulsivo, por estrechos de desaliñada forsicia, pasaba cerca de altas islas de enmarañados zumaques y junto a las ramas, temblorosas como olas, de uno que otro ginkgo que saludaba a las gaviotas en el cielo, mientras soñaba con el arqueópterix a punto de atravesarle el corazón de una zambullida; y quizá sea necesario serpentear unos trescientos metros para recorrer los cincuenta de selva planificada que separan los jardines de la Sala del Sueño de las ruinas artificiales que ocupan todo un acre montañoso, moteado aquí y allá por incipientes junglas de lilas y la ocasional campana de un gran sauce... que oculta momentáneamente y luego guía la mirada hacia rotos frontones, frisos destrozados, columnas torcidas con la parte superior hecha trizas, luego columnas caídas, luego estatuas sin caras y sin manos y, por último, montones aparentemente casuales de desperdicios que se alzan entre todas esas cosas; aquí, la senda por la cual avanzaban entonces forma un delta y se pierde con rapidez donde las mareas del Tiempo desgastan la cualidad de *memento mori* que las ruinas parecen expresar al principio, actuando como éntasis temporal y sobre los ojos del integrante del Grupo que las contempla, de modo que pueda mirar todo y decir: “Soy más viejo que esto”, y su acompañante pueda replicar: “Pasaremos de nuevo por aquí algún año, y también esto habrá desaparecido” (aunque no lo dijo esta vez) sintiéndose más feliz al sentirse menos mortal haciendo eso; y cruzando entre los desechos, como lo hicieron, hasta el sitio donde un Pan bárbaramente arruinado sonríe desde el anillo de una fuente seca, hay otro sendero, esta vez un camino no planificado y formado recientemente, donde el pasto que se pisa es amarillento y los caminantes deben ir en fila india porque los conduce a través de un zarzal, hasta que llegan al viejo rompeolas donde generalmente trepan como comandos para lograr acceso a una faja de medio kilómetro de playa desierta sobre una ensenada, donde la arena no es tan limpia como en las playas de la ciudad —que habitualmente son tamizadas cada tres días— pero donde la sombra es tan intensa, a su modo, como el sol, y junto a la costa hay piedras chatas para meditar.

—Te estás volviendo perezosa —comentó él, quitándose los zapatos y hundiendo los dedos de los pies en la arena fresca—. No trepaste al rompeolas.

—Me estoy volviendo perezosa —admitió ella.

Se quitaron las ropas y caminaron hasta la orilla.

—¡No me empujes!

—Ven, te juego una carrera hasta las rocas.

Esta vez ganó él.

Ociosos en el regazo del Atlántico, podrían haber sido dos bañistas cualesquiera en cualquier sitio, en cualquier época.

—Podría quedarme aquí para siempre...

—Las noches son frías, y si hay una tormenta fuerte podrías enfermarte o ser arrastrada por el agua.

—Quise decir, si pudiera ser siempre así —corrigió ella.

—*Verweile doch, du bist so schön* —recordó él—. Así perdió Fausto una apuesta, ¿te acuerdas? A un Durmiente le pasaría lo mismo. Unger me está haciendo leer de nuevo... ¡Oye! ¿Qué pasa?

—¡Nada!

—Algo te ocurre, muchachita. Hasta yo me doy cuenta.

—¿Y qué?

—Es importante. Cuéntame.

La mano de ella se tendió como un puente sobre el estrecho canal entre ambas rocas, y encontró la de él. Él se tendió de costado y contempló el pelo de la mujer, satinado por el agua, y las pestañas pegadas, los desiertos con hoyuelos de las mejillas y los ensangrentados oasis de la boca. Ella le apretó la mano.

—Quedémonos aquí para siempre... a pesar del frío y del peligro de que nos arrastre el agua.

—¿Quieres decir que...?

—Podríamos bajar en esta parada.

—Supongo que sí, pero...

—¿Pero ahora te gusta? ¿Te gusta la gran charada?

El hombre apartó la vista.

—Creo que tenías razón aquella noche, hace muchos años —dijo ella.

—¿Qué noche?

—Cuando dijiste que era todo una enorme broma... que somos las últimas personas vivas en la Tierra, actuando frente a máquinas operadas por seres inhumanos que nos observan por motivos incomprensibles. ¿Qué somos sino dibujos ondulatorios de un osciloscopio? ¡Estoy harta de ser un objeto de contemplación!

El hombre mantuvo la mirada fija en el mar.

—Ahora siento bastante afecto hacia el Grupo —respondió finalmente—. Al principio sentía hacia él una cierta ambivalencia. Pero hace unas semanas... años... visité un sitio donde había trabajado antes. Era... diferente. Más grande. Mejor dirigido. Pero más que eso, en realidad... No era sólo que estuviera lleno de cosas que yo no podía haber previsto hace cincuenta o sesenta años. Estando allí, tuve una extraña sensación. Me acompañaba un director de Procesamiento llamado Teng, muy parlanchín, que hablaba más que Unger, y yo miraba todos esos tanques e hileras de máquinas que habían crecido bajo el caparazón de aquel primer viejo edificio como dentro de un útero, y de pronto sentí que algún día nacería algo, algo que saldría del acero, el plástico y los electrones danzantes, en un sitio inmaculado y sin sol como ese; y que *ese* algo sería tan hermoso que yo querría estar allí para verlo. No podría dignificarlo llamándolo experiencia mística ni mucho menos. Fue una sensación que tuve, nada más... Pero si *ese* momento pudiera perdurar siempre... De cualquier modo, el Grupo es mi billete para una representación que quisiera ver.

—Querido —comenzó ella—, lo que colma el corazón es el anhelo y el recuerdo... nunca la sensación del momento.

—Tal vez tengas tazón.

Las manos del hombre apretaron con más fuerza las de la mujer, y el túnel entre los ojos de los dos se acortó. Inclinandose sobre el agua, él besó la sangre de aquella boca.

—*Verweile doch...*

... Du bist so schön.

Era la Fiesta que culminaba todas las Fiestas. El sorpresivo anuncio de Alvin Moore y Leota Mathilde Masón cayó sobre la reunión navideña del Grupo como el acontecimiento de la temporada. Después de una prolongada cena y del intercambio de bagatelas brillantes y costosas se atenuaron las luces. Sobre la azotea transparente, el gigantesco árbol de Navidad resplandecía como una galaxia comprimida a través de las gotitas de nieve derretida en el cristal del cielo raso.

Eran las nueve en todos los relojes de Londres.

—Casados en Navidad, divorciados en la Doceava Noche —dijo alguien en la oscuridad.

—¿Qué harán en el bis? —susurró otro.

Hubo risitas y luego algunos villancicos desafinados. Los encuentros en las sombras comenzaban a dar resultado.

—Esta noche somos una curiosidad —dijo Moore.

—Nosotros bailamos en el fondo del mar —repuso Leota—, mientras ellos temblaban de miedo y vomitaban en el suelo.

—En realidad, no es el mismo Grupo —le dijo él—. ¿Cuántas caras nuevas contaste? ¿Cuántas caras viejas han desaparecido? Es difícil saberlo. ¿A dónde van los antiguos miembros del Grupo?

—¿Al cementerio de los elefantes? —sugirió ella—. Quién sabe.

Moore recitó:

—“*El corazón es un cementerio de crigas*

oculto al ojo del cazador,

donde el amor lleva a la muerte como un esmalte

y los perros llegan arrastrándose a morir”.

—Eso es de Unger, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí. Lo acabo de recordar.

—Ojalá no lo hubieras recordado. No me gusta.

—Lo siento.

—De todos modos, ¿dónde está Unger? —preguntó ella mientras la oscuridad retrocedía y la gente se levantaba.

—Probablemente en el bar, o debajo de la mesa.

—No es posible, tan temprano... me refiero a eso de estar debajo de la mesa.

Moore se apartó.

—De cualquier manera, ¿qué hacemos aquí? —quiso saber—. ¿Por qué tuvimos que venir a esta Fiesta?

—Porque es la temporada de la caridad.

—Y también de la fe y la esperanza —se burló él—. ¿Acaso quieres ser sensiblera? Está bien, seré sensiblero contigo. De veras es un placer.

Y llevó a los labios la mano de ella.

—¡Basta ya!

—Bueno.

La besó en la boca. Hubo risas. Ella enrojeció, pero no se alejó de él.

—Si quieres hacerme... hacernos pasar por tontos —dijo el hombre—, te ahorraré más de la mitad del trabajo. Dime por qué tuvimos que venir a esta Fiesta y anunciar que ya no pertenecemos al Grupo delante de todos. Podríamos haber desaparecido simplemente de las Fiestas, dormir hasta la primavera y dejar que vencieran nuestras opciones.

—No; soy mujer y no pude resistir otra Fiesta... —la última del año, la última de todas... y lucir tu regalo en el dedo, y saber que en el fondo los demás nos envidian... por nuestro coraje, al menos... y quizá por nuestra felicidad.

—Está bien —aceptó él—; brindaré por eso... o por ti, de cualquier modo.

Se llevó la copa a los labios y la vació. No había chimenea donde arrojarla; por lo tanto, aunque admiraba ese gesto, volvió a dejarla sobre la mesa.

—¿Bailamos? Oigo música.

—Todavía no. Sentémonos aquí a beber.

—Muy bien.

Cuando todos los relojes de Londres indicaban las once, Leota quiso saber dónde estaba Unger.

—Se fue en seguida de cenar —le dijo una muchacha esbelta, de pelo púrpura—. Tal vez indigestión... —se encogió de hombros— o tal vez salió a buscar el *Globe*.

Leota arrugó el entrecejo y bebió otra copa.

Después bailaron. Moore no veía realmente la sala donde se movían, ni los demás bailarines. Todos eran personajes sin rasgos distintivos en un libro que ya había cerrado. Solamente la danza era real... y la mujer con quien bailaba.

El tiempo es desgaste, decidió, y una elevación de las miras. Tengo lo que quería, y aún quiero más. Ya se me pasará.

Era un enorme salón de espejos. Allí bailaban cientos de Alvin Moores y de Leotas (nacidas Masón). Bailaban en todas las Fiestas de ellos en los últimos setenta y tantos años; desde una cabaña tibetana de esquiadores hasta el fondo del mar; desde una víspera de Año

Nuevo en órbita hasta el Palacio flotante de Kanayasha; desde, una víspera de Todos los Santos en las cavernas de Carlsbad hasta un Primero de Mayo en Delfos; en todas partes habían bailado, y hoy era la última fiesta, *buenas noches, señoras...*

Ella se apoyó en él sin decir nada, envolviéndole el cuello con el aliento.

—Buenas noches, buenas noches, buenas noches —se oyó decir, y partieron con las campanas de medianoche, temprano, muy temprano, y era Navidad cuando entraron en el coche volante y dijeron al chófer del Grupo que volvían temprano.

Y pasaron sobre el estratocrucero y aterrizaron junto al Dardo en que habían llegado; y atravesaron el colchón de polvo que cubría el suelo y entraron en el aparato más pequeño.

—¿Quieren la luz más fuerte? ¿O la prefieren más tenue? —preguntó una voz junto a ellos, después que Londres, sus relojes y el Puente desaparecieron, más abajo.

—Atenúelas.

—¿Quieren comer o beber algo?

—No. No.

—¿Quieren que les lea un artículo sobre el tema de su predilección? —*Pausa*—. ¿O un relato? —*Pausa*—. ¿O poesía? —*Pausa*—. ¿Desearían ver el catálogo? —*Pausa*— ¿O prefieren música, tal vez?

—Música —contestó ella—. Suave; de ese tipo no.

Al cabo de unos diez minutos de somnolencia, Moore oyó la voz:

—*Con empuñadura de llamas,*

nuestra frágil hoja filáctica

se desliza negra

bajo el comentario molesto

de la Estrella Polar,

afilando buriles

de mitigado infierno,

derramando luz sin iluminación.

Hebras de canto

que comparten su punzante vuelo,

son descortezadas y raspadas

para conformar una melodía idiota.

Aquí, a través del caos exterior,

donde ha trepado la migrante lógica,

las formas de oscura notación

oscuramente juegan a los dados con una llama”.

—Apáguela —dijo Moore—. No le pedimos que leyera.

—No estoy leyendo sino componiendo —dijo la voz.

—¿Quién...?

Moore despertó y se volvió en el asiento, que se adaptó instantáneamente a los movimientos del cuerpo. Dos pies asomaban sobre el brazo de un asiento doble, al fondo.

—¿Unger?

—No, Santa Claus. ¡Jo, jo!

—¿Qué hace de vuelta tan temprano?

—Acaba de responder a su propia pregunta, ¿verdad?

Moore bufó y se acomodó de nuevo. A su lado, Leota roncaba delicadamente, en el asiento desplegado y transformado en lecho.

Cerró los ojos, pero el saber que no estaban solos le impedía recobrar la tranquila sensación de navegar a la deriva que había logrado antes. Al oír un suspiro y pasos vacilantes que se acercaban, mantuvo los ojos cerrados, en la esperanza de que Unger cayera y se quedara dormido. No fue así.

Bruscamente resonó su voz, un barítono soberbiamente espantoso:

—Estuve en el Hospital de Saint James —cantó—. Allí vi a mi neee-na, tendida sobre una mesa larga y blaa-anca, tan dulce, tan fría, tan bella...

Moore lanzó la mano izquierda contra el vientre del poeta. Tenía blanco de sobra, pero fue demasiado lento. Unger le desvió el puño y retrocedió riendo.

Leota despertó con un sobresalto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Compongo —respondió él—. Feliz Navidad —agregó.

—Váyase al diablo —repuso Moore.

—Lo felicito por sus recientes nupcias, señor Moore.

—Gracias.

—¿Por qué no me invitaron?

—Fue una ceremonia sencilla.

Unger se volvió.

—¿Es verdad, Leota? ¿Un antiguo compañero de armas como yo no fue invitado, sólo porque el espectáculo no era suficiente para mis complicados gustos?

Ella asintió con la cabeza, ya plenamente despierta, y Unger se dio una palmada en la frente.

—¡Oh, me siento herido!

—¿Por qué no vuelve al sitio de donde vino? —preguntó Moore—. La casa paga las bebidas.

—No puedo asistir a misa de gallo en estado de ebriedad.

Los dedos de Moore volvieron a cerrarse en puños.

—Tal vez asista a una misa de difuntos sin necesidad de arrodillarse.

—Creo entender que desean estar solos... Comprendo.

Unger se retiró al fondo del Dardo, y al cabo de un rato comenzó a roncar.

—Ojalá nunca volvamos a verlo —dijo ella.

—¿Por qué? Es un borracho inofensivo.

—No lo es. Nos odia... porque somos felices y él no.

—Me parece que se siente más feliz cuando es desdichado —sonrió Moore—, y cuando baja la temperatura. Le encanta el tanque frío porque dormir allí es un poco como la muerte. Una vez dijo: “Cada miembro del Grupo muere muchas muertes. Es por eso que me gusta ser un miembro del Grupo”. Dices que dormir más no será perjudicial... —agregó bruscamente.

—No, no hay riesgo.

Por debajo de ellos, el Tiempo volaba hacia atrás atravesando el frío. La Navidad fue expulsada al zaguán y más allá del umbral de la puerta delantera de su mundo —el mundo de Alvin, de Leota y de Unger— para que esperara, temblando, a la entrada de su propia víspera, en Bermuda.

Dentro del Dardo, recorriendo el Tiempo al revés, Moore recordó aquella Fiesta de Año Nuevo, muchos años antes; recordó sus deseos ese día, y pensó que en ese momento estaban sentados a su lado; recordó las Fiestas desde entonces y pensó que echaría de menos todas las que aún faltaban; recordó su trabajo en el tiempo antes del Tiempo —pocos meses atrás— y pensó que ya no podía cumplirlo adecuadamente, y que el Tiempo estaba en verdad dislocado y que *él* no podría arreglarlo; recordó el antiguo departamento, que nunca había vuelto a visitar; a todos los viejos amigos, incluida Diane Demetrios, ya muertos o viejos; y pensó que, fuera del Grupo que estaba a punto de abandonar, no conocía a nadie, salvo tal vez a la mujer que tenía al lado. Solamente Wayne Unger era intemporal, porque era un amanuense de lo eterno. Con un mes o dos, Unger podría abrir un bar, formar su propio círculo de desterrados y entretenerse con un renacimiento privado, si alguna vez decidía abandonar el Grupo.

Moore se sintió de pronto muy viejo y fatigado; pidió un Martini al fantasmal sirviente y tendió la mano por encima de la adormecida esposa para retirarlo del cubículo. Se quedó sentado, sorbiéndolo y pensando en el mundo de allí abajo.

Decidió que debía haberse mantenido informado sobre la vida. No sabía nada de política, derecho ni arte contemporáneos; sus normas eran las normas del Grupo, y relacionadas principalmente con el color, el movimiento, la alegría y la charla ingeniosa; en cuanto a la ciencia estaba de vuelta en la infancia. Sabía que era rico, pero el Grupo le había venido administrando todas las finanzas. Todo lo que tenía era una tarjeta de crédito universal, que servía en cualquier parte del mundo para pagar cualquier cosa, ya fueran mercancías o servicios. Al examinar periódicamente la cuenta había visto balances según los cuales no tendría nunca problemas por falta de dinero. Pero no se sentía confiado ni competente cuando se trataba de conocer gente que residía en el mundo exterior. Tal vez apareciera pesado, anticuado y extraño, como se había sentido hoy, sin la fascinación del Grupo como máscara.

Unger roncaba, Leota respiraba profundamente, y el mundo giraba. Cuando llegaron a Bermuda volvieron a la Tierra.

Se quedaron junto al Dardo, a la salida de la terminal aérea.

—¿Quieres dar un paseo? —preguntó Moore.

—Estoy cansada, mi amor —repuso Leota, mirando hacia la Sala del Sueño. Luego lo miró a él de nuevo.

Moore sacudió la cabeza.

—Yo no estoy preparado todavía.

Ella volvió a su lado, y él la besó.

—Te veré en abril, querido. Buenas noches.

—Abril es el mes más cruel —comentó Unger—. Venga, ingeniero; lo acompaño hasta el transportador.

Echaron a andar. Cruzaron la carretera en dirección opuesta a la terminal y se internaron por la ancha avenida cubierta que llevaba al garage de los coches-cohetes.

Era una noche cristalina, con estrellas como lentejuelas, y un faro satélite que resplandecía como una moneda de oro en el fondo del charco del cielo. Mientras caminaban, el vapor de los alientos formaba blancas coronas que se desvanecían rápidamente. Moore intentó en vano encender la pipa. Por último se detuvo y la protegió del viento con los hombros hasta que logró encenderla.

—Una buena noche para caminar —dijo Unger.

Moore gruñó una respuesta. Una ráfaga de viento le arrojó a la mejilla una ardiente lluvia de tabaco suelto. Siguió fumando con las manos en los bolsillos de la chaqueta, el cuello levantado. El poeta le palmeó el hombro.

—Venga conmigo a la ciudad —le sugirió—. Queda del otro lado de la colina. Podemos ir a pie.

—No —respondió Moore entre dientes.

Continuaron el paseo, y al acercarse al garage Unger se mostró inquieto.

—Quisiera que alguien me acompañase esta noche —dijo bruscamente—. Me siento raro, como si hubiera bebido el licor de los siglos y fuera de pronto sabio en una época en que la sabiduría es innecesaria. Tengo... tengo miedo.

Moore vaciló.

—No —repitió por último—; es hora de despedirse. Usted sigue viaje, nosotros nos bajamos. Que se divierta.

Ni uno ni otro tendió la mano, y Moore vio cómo Unger iba hacia la parada.

Continuando por detrás del edificio Moore atravesó en diagonal el vasto césped hasta llegar al jardín. Durante unos minutos se paseó lentamente y sin rumbo; luego encontró la senda que conducía a las ruinas.

Avanzaba con lentitud, cruzando en zigzag la fría selva. Tras un período casi de pánico, cuando se sintió rodeado por árboles y tuvo que retroceder, emergió en el claro iluminado por las estrellas, donde amenazas de arbustos que se movían inquietos en el viento moteaban los rotos edificios con tramas de oscuridad.

La hierba susurró bajo sus tobillos cuando se sentó en un pilar caído y encendió otra vez la pipa.

Se quedó inmóvil transformándose en mármol con el pensamiento mientras se le entumecían los dedos de los pies, y sintiéndose muy parte del paisaje; una escena artificial, una ruina transplantada desde la historia a un sitio no familiar. No quería moverse. Quería simplemente congelarse en el paisaje y convertirse en su propio monumento. Sentado allí, pactó con demonios imaginarios: quería regresar, volver con Leota a su San Francisco, trabajar de nuevo. Como Unger se sintió de pronto sabio en una época en que la sabiduría era innecesaria. Lo que necesitaba era conocimiento; lo que tenía era miedo.

Empujado por el viento caminó a través de la llanura. Dentro del círculo de su fuente, Pan estaba muerto o dormido. Tal vez era ese el sueño helado de los dioses, decidió Moore, y un día Pan despertaría y soplaría su flauta festiva y sólo le contestaría el viento entre altas torres, y el paso lerdo de un robot evaluador se apresuraría para estudiarlo —porque la gente de la Fiesta habría olvidado las melodías festivas, y los hombres de cera habrían aislado la sabiduría del mundo en sus placas coloreadas e inoculado a la humanidad contra ella— y una máquina de la frivolidad, programada contra las emociones, generaría perpetuamente las sensaciones de la alegría en los sueños febriles de los delirantes, de modo que no le reconociesen las canciones... y no habría ninguno entre los hijos de Febo que repitiera el grito ático de su primera muerte, oído tantas Navidades atrás más allá de las aguas del Mediterráneo.

Moore deseó haberse quedado un poco más con Unger, porque ahora creía que empezaba a entender su punto de vista. Había necesitado tener un nuevo mundo para engendrar esas sensaciones, pero comenzaba a entender al poeta. Sin embargo se preguntó por qué ese hombre permanecía en el Grupo. ¿Acaso sentía un placer masoquista en ver cumplidas sus heladas profecías a medida que se alejaba de su propia época? Tal vez fuera eso.

Moore se puso en marcha para una última peregrinación. Siguió el antiguo sendero hasta la muralla. Como sentía las piedras frías bajo los dedos usó la abertura en la roca para

cruzar a la playa.

Se detuvo en un borde de moho, en el fondo del mundo donde las estrellas se reflejaban como en un balde, y contempló las negras jorobas de las rocas donde habían mantenido un soleado coloquio días/meses atrás. Entonces él había hablado de sus máquinas antes que de ellos mismos. Había creído, seguía creyendo, en una fusión inevitable con el espíritu de su propio género, en recipientes más grandes y bellos para la vida. Ahora temía, como Unger, que cuando esto ocurriese se habría perdido algo más y que los bellos recipientes nuevos estarían sólo a medio llenar, faltos de algún ingrediente esencial. Esperaba que Unger se equivocara; sentía que en algún equinoccio futuro los altibajos del Tiempo habrían de restaurar todas esas verdades adormecidas en los trasfondos del alma que sentía en ese momento... y que *habría* oídos para oír la melodía en la flauta, y pies que se moverían a su compás. Trató de creerlo. Esperó que fuera así.

Cayó una estrella, y Moore consultó el reloj. Era tarde. Volvió a la muralla arrastrando los pies y la atravesó por encima de nuevo.

Dentro de la clínica de presueño encontró a Jameson, que ya bostezaba a causa de la inyección preparatoria. Jameson era un hombre alto y flaco, de pelo de querubín y ojos de lo contrario.

—Moore —sonrió al ver que colgaba la chaqueta en la pared y se enrollaba la manga—, ¿va a pasar la luna de miel congelado?

La pistola hipodérmica suspiró en la robusta mano del practicante, y la inyección preparatoria penetró en el brazo de Moore.

—Así es —contestó Moore mirando fijo a Jameson, que no estaba totalmente sobrio—. ¿Por qué?

—Sólo que no me parece lo más adecuado —explicó Jameson, siempre sonriente—. Si estuviera casado con Leota no me verían entrar en el sueño helado. A menos que...

Moore dio un paso hacia él, con un sonido que parecía un gruñido en la garganta. Jameson se apartó abriendo los ojos oscuros.

—¡Era una broma! —dijo—. No quise...

Moore sintió un dolor en el brazo inyectado cuando el corpulento practicante lo sujetó.

—Sí —dijo Moore—, buenas noches. Duerma bien y despierte sobrio.

Cuando se volvió hacía la puerta, el enfermero le soltó el brazo. Al salir, Moore se bajó la manga y se puso la chaqueta.

—Usted está mal de la cabeza —le gritó Jameson desde atrás.

Moore disponía de una media hora antes de tener que encerrarse en su tanque.

Todavía no tenía ganas de ir allá. Se había propuesto esperar en la clínica hasta que la inyección comenzara a surtir efecto, pero la presencia de Jameson cambiaba todo eso.

Recorrió los amplios corredores de la Sala del Sueño, tomó un ascensor hasta los tanques y luego caminó por el pasillo hasta llegar a la puerta. Vaciló y pasó de largo. Dormiría allí los tres meses y medio siguientes; no tenía ganas de regalar también la mitad de la hora siguiente.

Volvió a llenar la pipa para fumar mientras montaba guardia junto a la diosa del hielo, su mujer. Miró a su alrededor por si algún enfermero pasaba por allí. Se indicaba no fumar después de la inyección preparatoria, pero esto nunca le había causado molestias a él ni a nadie que conociera.

Cuando se alejaba por el pasillo llegó a sus oídos un golpeteo intermitente, que se interrumpió cuando él dio vuelta a una esquina y luego recommenzó más fuerte. Venía de allá adelante.

Al cabo de un momento hubo otro silencio.

Moore se detuvo junto a la puerta de Leota. Sonriendo alrededor de la pipa sacó una lapicera, tachó el apellido en la placa y escribió “Moore” encima. Cuando trazaba la última letra el golpeteo volvió a empezar.

Venía de aquella habitación.

Moore abrió la puerta, avanzó un paso y se detuvo.

El hombre le daba la espalda, y tenía el brazo derecho levantado. Apretaba un mazo en el puño.

Los jadeantes murmullos del hombre, cómo una encantación, llegaron a los oídos de Moore:

—“Cubridla de rosas, rosas, y ni una ramita de tejo... Tranquila descansa...”

Moore atravesó la pieza, asió el mazo y logró apartarlo. Después sintió que algo se le rompía en la mano cuando su puño entró en contacto con una mandíbula. El otro chocó con la pared de enfrente antes de caer al suelo de cabeza.

—¡Leota! —dijo Moore—. Leota...

Como de mármol blanco, Leota yacía hundida entre las ropas del lecho. Habían

levantado el dosel. Ya tenía la carne firme como piedra... porque no había sangre en su pecho, donde le habían clavado la estaca. Sólo grietas y fisuras, como en una piedra.

—No —dijo Moore.

La estaca era de una madera sintética muy dura, como cocobolo, o quebracho, o tal vez palo santo, y no se había astillado.

—No —dijo Moore.

Ella tenía en la cara la expresión tranquila de alguien que sueña, el cabello del color del aluminio. En el dedo lucía el anillo que él le había dado.

En el rincón de la habitación hubo un murmullo.

—Unger, ¿por qué... hizo... esto? —preguntó Moore en tono inexpresivo.

El otro aspiró aire alrededor de esas palabras, enfocando los ojos en algo sin nombre.

—... Vampiro —murmuraba— que atrae hombres a bordo de su Holandés Errante para desangrarlos durante años... Ella es el futuro... una diosa por fuera y un sediento vacío por dentro —declaró sin emoción—. “Cubridla de rosas, rosas... El mundo necesitaba su alegría... Ella lo bañaba en sonrisas de júbilo...”. Iba a dejarme aquí arriba, en medio del aire. No puedo bajar de la calesita ni tengo donde aferrarme. Pero ahora nadie perderá como he perdido yo... “Su vida giraba, giraba, en laberintos de calor y sonido...”. Creía que ella volvería conmigo cuando se cansara de usted.

Levantó la mano para cubrirse los ojos cuando Moore avanzó hacia él.

—Al técnico, el futuro...

Moore lo golpeó con el mazo una vez, dos. Después del tercer golpe perdió la cuenta, porque su mente no lograba concebir ningún número mayor que tres.

Después se encontró caminando, corriendo, apretando todavía el mazo en la mano, pasando frente a puertas que parecían ojos ciegos, subiendo por corredores, bajando escaleras.

Cuando se alejaba tambaleando de la Sala del Sueño oyó que alguien lo llamaba en la noche; siguió corriendo.

Al cabo de un largo rato echó a andar de nuevo. Le dolía la mano, y el aliento le ardía en los pulmones. Subió una loma, se detuvo en la cima y bajó del otro lado.

La Ciudad de las Fiestas, un costoso recreo del cual el Grupo era dueño y

patrocinador, aunque pocas veces cliente, estaba desierto, salvo por las luces navideñas en las ventanas, las lentejuelas y las ramas de acebo. Se oían los villancicos grabados de una celebración privada, y algunas risas. Esas cosas hicieron que Moore se sintiese aún más solo mientras subía por una calle y bajaba por otra, notando al cuerpo como algo cada vez más ajeno a medida que la inyección preparatoria surtía su inevitable efecto. Los pies le pesaban como plomo. Los ojos se le cerraban sin cesar, y él se esforzaba por mantenerlos abiertos. Cuando entró en la iglesia no se estaba celebrando ninguna ceremonia religiosa. Adentro hacía más calor. Además allí estaba solo.

En el oscuro interior de la iglesia lo atrajo un adorno de luces que rodeaba una exhibición al pie de una estatua. Era un pesebre. Apoyándose en un banco miró fijamente a la madre y al niño, los ángeles y los inquisitivos animales, el padre. Después lanzó un sonido para el cual no tenía palabras, arrojó el mazo dentro del pequeño establo y se apartó. Manoteando la pared se alejó diez o doce pasos tambaleantes y se desplomó, maldiciendo, hasta que se quedó dormido.

Lo encontraron al pie de la cruz.

La justicia se había vuelto asombrosamente rápida desde los días de la juventud de Moore. Hacía mucho que el mero empuje de la población mundial había colmado hasta extremos imposibles todos los horarios de todos los tribunales, hasta que se tomaron medidas para descartar todos los trámites posibles y sesionar durante las veinticuatro horas del día. Por eso Moore fue llamado a juicio a las diez de la noche, dos días después de Navidad.

El proceso duró menos de un cuarto de hora. Moore renunció a la defensa; se leyeron las acusaciones; hizo una declaración de culpabilidad y el juez lo sentenció a morir en la cámara de gas, sin apartar la vista de la pila de papeles sobre el escritorio.

Moore, atontado, salió de la sala del tribunal y lo llevaron de vuelta a la celda para su última cena, que no recordó haber comido. No tenía idea del procedimiento jurídico en aquel año en el que se había detenido. El abogado del Grupo luego de escuchar la historia se mostró simplemente aburrido; le habló de “penalidades simbólicas” y le aconsejó renunciar a la defensa y declararse “culpable del homicidio como ha sido descrito”. Moore firmó una declaración a tal efecto. Entonces el abogado lo dejó solo, y Moore no habló con nadie, salvo los carceleros, hasta el momento del proceso. Y ahora (recibir una sentencia de muerte después de haber admitido ser culpable de matar al asesino de su esposa) no podía concebir que se hubiera hecho justicia. Pese a esto masticó mecánicamente, con una calma que no era natural, lo que había pedido. No temía morir; no podía creerlo.

Una hora más tarde fueron a buscarlo. Lo llevaron a una pequeña habitación hermética con una sola ventanilla gruesa en lo alto de la puerta metálica. Se sentó en el banco que había adentro, y los guardias de uniforme gris cerraron la puerta.

Al cabo de un tiempo interminable oyó cómo se rompían las cápsulas, y olió emanaciones que se hicieron cada vez más intensas.

Finalmente, mientras todavía tosía y respiraba fuego y jadeaba y gritaba, y pensaba en ella acostada en el refrigerador, le volvieron a la mente las irónicas notas de la canción de Unger durante el vuelo en el Dardo:

Estuve en el Hospital de Saint James.

Allí vi a mi neee-na,

tendida sobre una larga mesa de máaarmol...

Tan dulce, tan fría, tan bella...

Se preguntó si ya entonces Unger planeaba conscientemente asesinarla. ¿O acaso era algo que acechaba debajo de su conciencia? ¿Algo que había sentido agitarse, y por eso había querido que Moore se quedara con él... para impedir que ocurriera?

Comprendió que nunca lo sabría, pues los fuegos le llegaban al cráneo y le consumían el cerebro.

Cuando Alvin Moore despertó, sintiéndose muy débil sobre blancas sábanas, la voz dentro de los audífonos le dijo:

—... Que le sirva de lección.

Moore arrancó los audífonos con un ademán que creyó vigoroso, pero los músculos le respondieron con debilidad. De todos modos los audífonos se desprendieron.

Abrió los ojos y miró.

Quizá estaba en la Sala de Enfermos del Grupo, en lo alto de la Sala del Sueño, o en el infierno. A la cabecera se encontraba Andrews, el abogado que le aconsejara declararse culpable.

—¿Qué tal se siente? —le preguntó.

—¡Ah, muy bien! ¿Quiere jugar un partido de tennis?

Con una débil sonrisa el otro respondió:

—Ha pagado exitosamente su deuda a la sociedad mediante el procedimiento de la penalidad simbólica.

—Ah, eso lo explica todo —dijo irónicamente Moore. Y luego—: No entiendo por qué tenía que haber penalidad, simbólica o no. Ese poetastro asesinó a mi mujer.

—Pagará por ello —dijo Andrews.

Moore se tendió de costado y escrutó el rostro desapasionado y de rasgos chatos que había a su lado. El abogado tenía pelo corto, entre rubio y gris, y una mirada inflexiblemente sobria.

—¿Puede repetir lo que acaba de decir?

—Claro. Dije que pagaría por ello.

—¡No está muerto!

—No, está bien vivo... dos pisos arriba de nosotros. Hay que curarle la cabeza antes de que pueda presentarse a juicio. Está demasiado enfermo para soportar una ejecución.

—¡Está vivo! —exclamó Moore—. ¿Vivo? Y entonces, ¿por qué demonios me ejecutaron *a mí*?

—Bueno, usted lo mató —dijo Andrews, algo fastidiado—. El hecho de que más tarde los médicos hayan logrado revivirlo no altera el hecho de que tuvo lugar un homicidio. La penalidad simbólica existe para todos estos casos. Usted lo pensará dos veces antes de volver a hacerlo.

Moore intentó levantarse y no pudo.

—Despacio... Tendrá que descansar varios días antes de poder levantarse. Recién lo revivieron anoche.

Moore rió débilmente, luego a carcajadas durante mucho, mucho tiempo. Por fin se detuvo con un pequeño sollozo.

—¿Ya se siente mejor?

—Claro, claro —respondió en un ronco susurro—. A las mil maravillas. ¿Qué clase de ejecución sufrirá Unger por asesinato?

—Gas, igual que usted, si el supuesto...

—¿Simbólica o definitiva?

—Simbólica, por supuesto.

Moore no recordó lo que sucedió entonces, salvo que oyó a alguien que gritaba, y de pronto apareció un enfermero cuya presencia no había notado, y ese enfermero le hizo algo en el brazo. Oyó el suave siseo de una inyección; después durmió.

Al despertar se sintió más fuerte y notó que una insolente reja de metal cruzaba la pared que tenía delante. Andrews parecía no haberse movido de su lado.

Moore lo miró fijamente, sin decir nada.

—Me han informado de su desconocimiento acerca de la actual situación de la ley en estas cuestiones —dijo el abogado—. No me detuve a pensar en cuánto tiempo lleva en el Grupo. Estas cosas ocurren tan pocas veces —a decir verdad este es el primer caso que me ha tocado— que cuando hablé con usted en su celda supuse simplemente que sabía lo que era una penalidad simbólica. Le pido disculpas.

Moore asintió con la cabeza.

—Además —continuó Andrews—, también supuse que usted había tenido en cuenta las circunstancias en que el señor Unger cometió su presunto homicidio...

—¡Nada de presunto! Yo lo vi... ¡Le clavó una estaca en el corazón! —La voz de Moore se quebró entonces.

—Iba a ser una decisión creadora de precedente —dijo Andrews—: se lo acusaba ahora por intento de homicidio o se lo detenía hasta después de la operación para enjuiciarlo por homicidio si las cosas no salían bien. Entonces el problema de su detención habría causado muchos otros problemas... que afortunadamente quedaron resueltos por su propia sugerencia. Cuando se recobre se encerrará en su refrigeradora y allí permanecerá hasta que se determine adecuadamente la índole del delito. Como ofreció hacer esto por propia voluntad, no se pronunció ninguna decisión legal al respecto. En consecuencia su juicio queda postergado hasta que se hayan perfeccionado algunas técnicas quirúrgicas...

—¿Qué técnicas quirúrgicas? —preguntó Moore, sentándose y apoyándose en la cabecera. Era la primera vez desde la Navidad que tenía el cerebro totalmente alerta, que intuía lo que vendría luego. Dijo una sola palabra—: Explique.

Andrews se movió en el asiento antes de comenzar:

—El señor Unger tenía una concepción poética sobre la localización exacta del corazón humano. No lo atravesó centralmente, aunque la inclinación accidental de la estaca hizo que pasara por el ventrículo izquierdo. Según los médicos eso puede ser reparado con bastante facilidad. Pero lamentablemente la estaca al desviarse le golpeó la columna vertebral, destrozándole dos vértebras y quebrando varias más. Según parece la médula espinal quedó cortada...

Moore estaba otra vez atontado, atontado por lo que acababa de comprender mientras las palabras del abogado llenaban el aire entre ambos. Ella no estaba muerta, por supuesto. Ni viva tampoco. Dormía el sueño frío. Mantendría dentro la chispa de la vida hasta que comenzara a despertar. *Entonces*, y recién entonces, podría morir. A menos que...

—... Complicada por el embarazo y el período de tiempo necesario para elevar su temperatura corporal de modo que sea operable —decía Andrews.

—¿Cuándo operarán? —lo interrumpió Moore.

—Todavía no lo saben con certeza —repuso Andrews—. Tendrá que ser una operación especialmente proyectada, ya que plantea problemas que tienen respuesta en la teoría, pero no en la práctica. En la actualidad se podría tratar cualquiera de esos factores por separado, pero sería imposible mantener a los otros en suspenso durante la operación quirúrgica. Juntos son bastante formidables: reparar el corazón, arreglar la espalda y salvar al niño, todo al mismo tiempo: eso exigirá alguna instrumentación nueva y algunas técnicas nuevas.

—¿Cuánto tardarán? —insistió Moore.

Andrews se encogió de hombros.

—No pueden asegurarlo. Meses, años... Tal como se encuentra ahora, ella está bien, pero...

Moore le pidió que se fuera, con cierta violencia, y el otro obedeció.

Al día siguiente, mareado, se levantó y se negó a volver a la cama hasta que hubiera visto a Unger.

—Está bajo custodia —le dijo el enfermero que lo atendía.

—No es cierto —replicó Moore—. Usted no es abogado y ya consulté con uno. No lo pondrán bajo custodia legal hasta que despierte de su próximo sueño frío... cuando quiera que sea.

Le llevó más de una hora obtener permiso para visitar a Unger. Cuando lo consiguió lo acompañaron Andrews y dos asistentes.

—¿No confía en la penalidad simbólica? —bromeó con Andrews—. Ya sabe que debo pensar dos veces antes de hacerlo de nuevo.

Andrews apartó la vista sin contestarle.

—De todos modos estoy demasiado débil y no tengo ningún mazo a mano.

Llamaron y entraron.

Unger estaba sentado y apoyado en almohadas, con la cabeza envuelta en un turbante de vendas. Sobre el cubrecama se veía un libro abierto. Unger, que estaba mirando el jardín por la ventana, volvió la cabeza hacia ellos.

—Buenos días, hijo de perra —dijo Moore.

—Por favor —dijo Unger.

Moore no sabía qué más decir; ya había expresado todo lo que sentía. Por eso fue hacia la silla junto a la cama y se sentó en ella. Para disimular su incomodidad sacó la pipa del bolsillo de la bata y jugó con ella. Entonces advirtió que no tenía tabaco. Ni Andrews ni los asistentes parecían vigilarlos.

Puso la pipa apagada entre los dientes y levantó la vista.

—Lo siento. ¿Puede creerlo? —preguntó Unger.

—No —repuso Moore.

—Ella es el futuro, y es suya —continuó el poeta—. Aunque le clavé una estaca en el corazón no está realmente muerta. Dicen que ya están trabajando en las máquinas operadoras. Los médicos arreglarán todo lo que yo hice, y lo dejarán como nuevo. —Con una mueca fijó la mirada en las ropas de cama—. Si esto lo consuela en algo, estoy sufriendo y sufriré aún. Ninguna Senta salvará a este Holandés. Tendré que seguir viajando con el Grupo, o sin él, en una refrigeradora... hasta morir en un sitio extraño, entre desconocidos. —Levantó la vista y miró a Moore con una débil sonrisa—. ¡La salvarán! —insistió—. Dormirá hasta que estén absolutamente seguros de la técnica. Entonces ustedes dos se irán juntos y yo seguiré camino. Después de eso nunca me volverán a ver. Les deseo felicidad. No le pido que me perdone.

Moore se puso de pie.

—Nada nos queda por decir. Hablaremos de nuevo un año de estos, dentro de un día o dos.

Y salió de la habitación preguntándose qué más podría haber dicho.

—Se ha planteado una cuestión ética ante el Grupo, es decir ante mí —declaró Mary Maude—. Lamentablemente fue planteada por abogados del gobierno, de modo que no se la puede tratar como deben tratarse casi todas las cuestiones éticas. Exige una respuesta.

—¿Se refiere a Moore y Unger? —preguntó Andrews.

—No directamente. Se refiere a todo el Grupo, como resultado de su aventura. —Señaló la hoja facsimilar sobre el escritorio, y Andrews asintió con la cabeza—. “Entre nosotros ha nacido un niño” —leyó mientras examinaba la foto del integrante del Grupo postrado en la iglesia—. En un editorial de primera plana este periódico nos acusó de crear toda clase de neuróticos, desde necrófilos en adelante. Y también hay otra foto... no sabemos aún quien la tomó... aquí, en la página tres.

—La vi.

—Ahora quieren seguridades de que los ex-integrantes del Grupo seguirán siendo frívolos y no se convertirán en elementos indeseables.

—Es la primera vez que ocurre... de esta forma.

—Por supuesto —sonrió ella—; por lo general tienen la decencia suficiente como para esperar unas semanas antes de volverse antisociales... y la riqueza suele compensar la mayoría de los desajustes normales. Pero, según las acusaciones, no estamos eligiendo bien a la gente, lo cual es ridículo. Primero porque yo hago todas las entrevistas; y segundo porque *no se puede* lanzar a alguien medio siglo al futuro y esperar que caiga de pie normal y alegre como siempre, por más orientación que se le pueda proporcionar. Sin embargo nuestra gente se porta bien, porque generalmente no se mete en líos. Pero Moore y Unger eran razonablemente normales, y nunca se conocieron muy bien. Ambos observaban con más atención de lo que es común en los integrantes del Grupo cómo sus mundos se convertían en historia, y ambos eran altamente sensibles a esos cambios. Sin embargo, el problema de ellos fue un problema interpersonal.

Andrews no dijo nada.

—Quiero decir con eso que fue un simple caso de celos por una mujer... una variable humana impredecible. No podía haber previsto ese conflicto. Los tiempos cambiantes nada tienen que ver con eso, ¿verdad?

Andrews no contestó.

—... Por consiguiente, no hay problema —continuó ella—. No estamos arrojando Kaspar Hausers a la calle... Simplemente trasplantamos gente adinerada y de buen gusto unas cuantas generaciones al futuro, y se las arreglan bien. Nuestro único contratiempo hasta ahora nació de un antagonismo masculino ocasionado por una bella mujer. Eso es todo. ¿Está de acuerdo?

—Moore pensó que realmente iba a morir... —dijo Andrews—. No se me ocurrió pensar que no sabía nada del Código Jurídico Mundial.

—Un asunto sin importancia —dijo ella—. Aún esta vivo.

—Tendría que haberle visto la cara cuando reaccionó en la clínica.

—Las caras no me interesan; he visto demasiadas. Ahora nuestro problema es fabricar un problema y luego resolverlo a satisfacción del gobierno.

—El mundo cambia con tanta rapidez que casi necesito adaptarme diariamente yo también. Esos pobres...

—Algunas cosas no cambian, pero ya veo a qué se refiere —dijo Mary Maude—. Muy listo. Vamos a contratar un Equipo Psiquiátrico independiente para que nos haga un

estudio y señale que lo que el Grupo necesita es más ajuste, y recomiende que cada año se reserve un día para fines terapéuticos. Celebraremos cada uno de esos días en una parte distinta del mundo, en un lugar que no pertenezca al Grupo. Muchas ciudades se han estado disputando las concesiones. Serán todos días dedicados a hacer cosas sencillas, adaptadoras, alternando con personas que no sean miembros del Grupo. Luego, al anochecer, habrá una comida liviana, seguida por diversiones descansadas, y después un poco de baile... el baile es bueno para la psiquis, afloja las tensiones. Sin duda esto satisfará a todas las partes interesadas —sonrió al terminar.

—Creo que tiene razón —dijo Andrews.

—Por supuesto. Una vez que el Equipo Psiquiátrico haya escrito varios miles de páginas, usted redactará unos cientos resumiendo las conclusiones y les dará forma de resolución a ser presentada al consejo.

Andrews asintió.

—Gracias por sus sugerencias.

—De nada —dijo Andrews—. Para eso me pagan.

Cuando se hubo ido Andrews, Mary Maude se puso el guante negro y echó otro leño en el fuego. Los leños genuinos costaban más cada año, pero no confiaba en las estufas sin llama.

Moore tardó tres días en recobrase lo suficiente como para volver al sueño. Mientras la inyección preparatoria le embotaba los sentidos y se le cerraban los ojos se preguntó qué extraño día del juicio afrontaría al despertar. Pero sabía que, trajera lo que trajese el año nuevo, su crédito sería bueno.

Durmió, y el mundo pasó de largo.

Las puertas de su cara, las lámparas de su boca

Soy un hombre-cebo. Nadie nace hombre-cebo, salvo en una novela francesa donde les pasa a todos. (A decir verdad creo que ese es el título: *Todos somos cebo*. ¡Pff!) Cómo llegué a eso casi no vale la pena contarlo, y nada tiene que ver con neo-exes, pero los días de la bestia merecen algunas palabras, y aquí están.

Las Tierras Bajas de Venus se extienden entre el pulgar y el índice del continente denominado Manó. Cuando uno llega al Callejón de la Nube el Callejón le lanza a uno su bola negro-plateada sin aviso previo. Uno salta entonces, dentro de ese bolo con cola de fuego en que lo meten, pero las correas le impiden hacer el papel de tonto. Generalmente uno ríe después, pero siempre salta primero.

Luego uno estudia la Mano para conjurar su ilusión, y los dos dedos del medio se convierten en archipiélagos con docenas de anillos mientras que los dedos exteriores se reducen a penínsulas verdigrises; el pulgar es demasiado corto y se enrosca como la cola embrionaria del Cabo de Hornos.

Uno aspira oxígeno puro, suspira quizá, e inicia el largo descenso hacia las Tierras Bajas.

Allí uno es atajado como una pelota de béisbol en la zona de aterrizaje de Línea de la Vida —así llamada por su cercanía al gran delta de la Bahía Oriental—, situada entre la primera península y el “pulgar”. Por un minuto parece que uno fuera a errarle a Línea de la Vida y acabar convertido en mariscos enlatados, pero después —sacudiéndose de encima las metáforas—, uno desciende al abrasado cemento y presenta sus autorizaciones, del volumen de una guía telefónica mediana, al hombre bajo y gordo de gorra gris. Los papeles indican que uno no está sujeto a misteriosas podredumbres internas y etcétera. Entonces el hombre de la gorra le sonríe a uno con una sonrisa baja, gorda y gris, y le señala el vehículo que lo lleva hasta la Zona de Recepción. En la Z. de R. uno se pasa tres días probando que, en efecto, no está sujeto a misteriosas podredumbres internas y etcétera.

Pero el aburrimiento es otra podredumbre. Luego de esos tres días uno generalmente golpea con fuerza Línea de la Vida, que devuelve el cumplido como por reflejo. Ya que los expertos han escrito numerosos volúmenes sobre los efectos del alcohol en atmósferas variables, limitaré mis comentarios a señalar que una buena juerga vale por lo menos una semana, y a menudo justifica estudiarla durante toda la vida.

Hacía ya dos años que yo era un estudiante excepcionalmente promisorio (estrictamente no graduado) : cuando el *Agua Brillante* cayó a través de nuestro cielo raso de mármol y volcó su gente como blancos en la ciudad.

Pausa. Dice el Almanaque de los Mundos acerca de Línea de la Vida: "... Ciudad portuaria en la costa oriental de Mano. Los empleados de la Agencia de Investigaciones No Terrestres abarcan alrededor del 85% de sus 100.000 pobladores (censo de 2010), Los demás residentes son principalmente personal mantenido por diversas corporaciones industriales dedicadas a investigaciones básicas. Biólogos marinos independientes, ricos aficionados a la pesca y aventureros constituyen el resto de sus habitantes".

Me volví hacia Mike Dabis, un colega aventurero, y comenté el desastroso estado de la investigación básica.

—Si supieras lo que se murmura no dirías eso.

Hizo una pausa detrás del vaso antes de continuar el lento proceso de tragar, calculado para obtener mi interés y unos cuantos juramentos antes de proseguir.

—Carl —observó finalmente, como quien juega al póquer—, están dando forma a Tensquare.

Podría haberlo golpeado. Podría haberle llenado el vaso de ácido sulfúrico y mirado con alegría cómo se le ennegrecían y agrietaban los labios. En cambio gruñí evasivamente:

—¿Quién es tan tonto como para largar cincuenta mil por día? ¿La AINT?

Mike sacudió la cabeza:

Jean Luharich, la mujer de los lentes de contacto violeta y cincuenta o sesenta dientes perfectos. Tengo entendido que sus ojos son en realidad pardos.

—¿No vende crema facial suficiente?

Mike se encogió de hombros.

—La publicidad hace andar la maquinaria... Empresas Luharich subió dieciséis puntos cuando ella recibió el Trofeo Solar. ¿Alguna vez jugaste al golf en Mercurio?

Lo había hecho, pero lo pasé por alto y seguí insistiendo.

—¿Así que viene aquí con un cheque en blanco y un anzuelo?

—Hoy, en el *Agua Brillante* —asintió Mike—. Ya debe haber bajado... Se ven muchas cámaras. Quiere un Ikky, con urgencia.

—Hm —dije—. ¿Cuánta urgencia?

—Contrato por sesenta días, Tensquare. Cláusula de prórroga indefinida. Depósito de un millón y medio —recitó.

—Parece que sabes mucho del asunto.

—Estoy en Reclutamiento de Personal... Empresas Lumarich me consultó el mes pasado. Es útil beber en los lugares adecuados... O ser dueño de ellos.

Luego sonrió estúpidamente.

Aparté la vista, sorbiendo mi amargo brebaje. A cabo de un rato tragué varias cosas y le pregunté Mike lo que él esperaba que le preguntara, exponiéndome a su sermón mensual sobre la templanza.

—Me dijeron que tratara de conseguirte —mencionó—. ¿Cuándo navegaste por última vez?

—Hace un mes y medio, en el *Corning*.

—Poca cosa —resopló—. ¿Cuándo estuviste abajo, en persona?

—Hace un tiempo.

—Más de un año, ¿verdad? ¿Aquella vez que te hirió la hélice, bajo el *Delfín*?

Me volví hacia él.

—La semana pasada estuve en el río, en Agleford; allí donde las corrientes son fuertes. Todavía me las arreglo.

—Sobrio —agregó él.

—Así me mantendría en un trabajo como este —dije.

Mike asintió con la cabeza, desconfiado.

—Tarifa sindical... Pago triple por circunstancias extraordinarias —relató—. Preséntate en el Hangar Dieciséis con tu equipo el viernes por la mañana, a las cinco. Salimos el sábado al amanecer.

—¿Tú también vas?

—También.

—¿Por qué?

—Por el dinero.

—No te creo.

—El bar no anda muy bien y mi chica necesita visones nuevos.

—Repito...

—... Además quiero alejarme de mi chica, renovar mi contacto con lo fundamental: aire puro, ejercicio, ganar dinero...

—Está bien, perdona que te lo haya preguntado.

Le serví un trago concentrándome en $H_2 SO_4$, pero no hubo transmutación. Por último conseguí emborracharlo y salí a la noche, a caminar y pensar un poco.

En los últimos cinco años se habían hecho unos doce intentos serios de atrapar al *Ichthyform Leviosaurus Levianthus*, conocido en general como “Ikky”. Cuando avistaron a Ikky por primera vez, emplearon las técnicas usadas para pescar ballenas. Esas técnicas resultaron estériles o desastrosas, e inauguraron entonces un nuevo procedimiento. Tensquare fue construido por un rico deportista llamado Michael Jandt, que invirtió en el proyecto toda su fortuna.

Luego de un año en el Océano Oriental, Jandt volvió para presentarse en bancarota. Entonces Carlton Davits, un playboy aficionado a la pesca, compró la enorme embarcación y partió en busca del paraje donde desovaba Ikky. Al decimonoveno día de expedición logró arponear la presa y perdió ciento cincuenta mil dólares de equipo no probado junto con un *Ichthyform Levianthus*. Doce días más tarde, utilizando cables triplicados enganchó, narcotizó y comenzó a izar la enorme bestia. Entonces la bestia despertó, destruyó una torre de control, mató a seis hombres y causó desastres generales en la mitad del Tensquare. Carlton quedó con hemiplejia parcial y una demanda propia por quiebra. Desapareció en la atmósfera portuaria y Tensquare cambió de dueño cuatro veces más, con resultados menos espectaculares, pero igualmente costosos.

Finalmente, la enorme embarcación, construida para un único propósito, fue adquirida en remate por la AINT para “investigaciones marinas”. Lloyd’s sigue negándose a asegurarla, y toda la investigación marina en que ha participado es uno que otro viaje, a cincuenta mil dólares diarios de alquiler, con gente ansiosa de contar relatos de pesca del Leviatán. Fui hombre-cebo en tres de esos viajes, y en dos ocasiones estuve tan cerca de Ikky que pude contarle los colmillos. Por motivos personales quiero uno de esos colmillos para mostrárselo a mis nietos.

Me volví hacia la zona de aterrizaje y resolví una resolución.

—Me necesitas para color local, muchacha. Quedar bien en las crónicas periodísticas y demás. Pero entiende esto... si alguien atrapa un Ikky seré yo. Lo prometo.

Me detuve en la Plaza desierta. Las brumosas torres de Línea de la Vida compartían sus nieblas.

Por sobre Línea de la Vida el declive occidental que era costa unas eras atrás, se extiende hasta sesenta kilómetros tierra adentro en algunos sitios. Aunque su ángulo de ascenso no es grande, alcanza una elevación de varios cientos de metros antes de encontrarse con la cordillera que nos separa de las Tierras Altas. Unos seis kilómetros hacia el interior, y ciento cincuenta metros más arriba de Línea de la Vida, están situadas casi todas las pistas de aterrizaje y hangares privados. En el Hangar Dieciséis se aloja el Taxi Aéreo de Cal, un servicio de traslado de la costa a la nave. No me gusta Cal, pero no lo vi por allí cuando bajé del ómnibus y saludé a un mecánico.

Dos saltadores tironeaban del cemento, impacientes bajo sus halos voladores. Steve trabajaba en uno que eructaba profundamente dentro del carburador y se estremecía espasmódicamente.

—¿Le duele la panza? —pregunté.

—Sí, tiene gases e indigestión.

Steve movió tornillos de presión hasta lograr un zumbido uniforme.

—¿Partes? —me preguntó luego.

Yo asentí.

—Tensquare. Cosméticos. Monstruos. Cosas así.

Pestañeó mirando los faros y se frotó las pecas. La temperatura era de unos siete grados centígrados bajo cero, pero arriba los arañiles reflectores servían para dos cosas.

—Luharich —murmuró—. Entonces eres *tú*... Unos tipos quieren verte.

—¿Para qué?

—Cámaras. Micrófonos. Cosas así.

—Será mejor que cargue mis pertrechos. ¿En cuál voy?

Steve señaló con el destornillador el otro aparato.

—En ese. De paso, ya te están filmando en videotape. Querían filmar tu llegada.

Steve echó a andar hacia el hangar, se volvió.

—Sonríe. Más tarde tomarán los primeros planos.

No sonreí, exactamente. Sin duda usaban teleobjetivos y pudieron leer mis labios, porque nunca exhibieron esa parte de la filmación.

Tiré las cosas atrás, me instalé en un asiento de pasajero y encendí un cigarrillo. Cinco minutos más tarde Cal en persona salió de su oficina con aire de tener frío. Se acercó, golpeó el costado del saltador y señaló el hangar con un dedo.

—¡Te buscan allá! —gritó, haciendo bocina con las manos—. ¡Una entrevista!

—¡El espectáculo terminó! —grité en respuesta—. ¡Si no, que se busquen otro hombre-cebo!

Los ojos de Cal, pardos como la herrumbre, se transformaron en cabezas de clavos bajo cejas rubias, y su mirada en un puñal. Luego se volvió bruscamente y se alejó con rapidez. Me pregunté cuánto le habrían pagado para que los dejase entrar en su hangar y usar la energía de su generador.

Conociendo a Cal supongo que bastante. De cualquier modo Cal nunca me gustó.

Venus de noche es un campo de negras aguas. En las costas nunca se distingue dónde termina el mar y comienza el cielo. Cuando amanece es como si se echara leche en un tintero. Primero hay unos errantes cuajos blancos; después franjas ondulantes. Coloreemos el frasco hasta lograr un coloide gris, luego miremos cómo blanquea. De pronto tenemos el día. Entonces comencemos a calentar la mezcla.

Mientras volábamos sobre la bahía tuve que quitarme la chaqueta. A nuestras espaldas, la línea de los edificios contra el cielo parecían estar bajo el agua, por el modo en que “ondeaba y ondulaba bajo la lluvia caliente. En un saltador caben cuatro personas (cinco, si se quiere transgredir un poco los reglamentos y subestimar el peso), o tres pasajeros con la clase de equipo que usa un hombre-cebo. Pero yo era el único pasajero, y el piloto era como su máquina: canturreaba sin hacer ruidos innecesarios. Línea de la Vida dio un salto mortal y se evaporó en el espejo retrovisor casi en el mismo instante en que Tensquare quebró el horizonte delantero. El piloto dejó de canturrear y meneó la cabeza.

Me asomé. En mi interior las sensaciones jugaban al sube y baja. Conocía esa nave enorme hasta el último centímetro, pero los sentimientos que uno dio por sentados alguna vez cambian cuando su origen está lejos. Sinceramente había tenido mis dudas de volver a poner pie en aquella mole. Pero ahora casi podía creer en la predestinación. ¡Allí estaba!

Un barco que parecía un campo de fútbol de diez cuadras. Movido por energía atómica. Chato como un panqueque, salvo las ampollas plásticas en el medio y las “Torres” en proa y popa, babor y estribor.

Las “Torres” recibieron ese nombre por estar situadas en las esquinas; y pueden funcionar juntas de a dos para izar, dando potencia a los arpo-garfios. Estos, mitad arpón y mitad garfio, pueden levantar pesos enormes casi hasta el nivel del agua; pero su diseñador se había propuesto una sola cosa, lo cual explica la parte de arpón. En el nivel del agua el Deslizador tiene que aplicar elevación de dos a tres metros hasta que los arpo-garfios estén en posición de empujar hacia arriba más que de tirar.

El Deslizador es, en esencia, una habitación móvil; una gran caja que puede moverse por cualquiera de las entrecruzadas ranuras del Tensquare y “anclar” del lado necesario mediante una potente unión electromagnética. Sus cabrestantes pueden remolcar un acorazado la distancia necesaria sin que el Deslizador se suelte, aunque se incline toda la embarcación, lo cual da una idea de la fuerza de esa unión.

El Deslizador contiene un indicador de control operado por secciones que es el carrete de pescar más refinado que se haya diseñado jamás. Extrae energía radio transmitida del generador junto a la ampolla central y está conectado por onda corta con el cuarto de sonar, donde los movimientos de la presa son registrados y repetidos al pescador sentado ante el control seccional.

Es posible que el pescador lance sus “líneas” durante horas, días incluso, sin ver otra cosa que metal y un perfil en la pantalla. Recién cuando la bestia es arpo-garfiada y la repisa extensora, situada cuatro metros por debajo de la línea del agua, sale como punto de sustentación y comienza a ayudar a los cabrestantes, recién entonces el pescador ve a su presa que se alza ante él como un Serafín caído. En ese momento, como lo aprendió Davits, uno mira dentro del Abismo y debe actuar. Él no lo hizo, y cien metros de inimaginable tonelaje, seminarcolizado y dolorido, rompió los cables del cabrestante, arrancó un arpo-garfio y se paseó durante medio minuto sobre el Tensquare.

Dimos vueltas hasta que la bandera mecánica advirtió nuestra presencia y nos hizo señas de que bajáramos. Aterrizamos junto a la escotilla de personal; yo arrojé al suelo mis pertrechos y salté a cubierta.

—Buena suerte —me gritó el piloto cuando se cerró la portezuela. Luego se elevó bailando al aire, y con un chasquido la bandera volvió a quedar en punto neutro.

Me eché al hombro mis cosas y bajé.

Al presentarme ante Malvern, el capitán de facto, me enteré de que casi todos los demás tardarían por lo menos ocho horas en llegar. Habían querido que llegara solo al hangar de Cal para poder montar la filmación publicitaria según los cánones cinematográficos del siglo veinte.

Cuadro inicial: un campo de aterrizaje, oscuro. Un mecánico que agujijonea un saltador recalcitrante. Toma en nítidovisión de ómnibus que llega lentamente. Un hombre-cebo con ropas gruesas desciende, mira a su alrededor, atraviesa la pista cojeando. Primer plano: sonrío. Comienza el diálogo: “¿Cree que será esta vez? ¿Que lo atraparán ahora?” Turbación, taciturnidad, un encogimiento de hombros. Doblaje de algo. “Comprendo. ¿Y por qué cree que la señorita Luharich tiene mejores posibilidades que cualquiera de los demás? ¿Acaso porque está mejor equipada? [Sonrisa]. ¿Porque ahora se sabe más sobre las costumbres del animal que las otras veces cuando usted salió a buscarlo? ¿O porque ella desea triunfar, ser la vencedora? ¿Es por alguna de estas cosas, o por todas?” Respuesta: “Sí, por todas”. “¿Por eso aceptó trabajar para ella? ¿Porque sus instintos le dicen que será esta vez?” Respuesta: “Ella paga la tarifa sindical. Yo no podría

alquilar esa maldita nave... Y quiero participar”. Borrado. Doblaje de alguna otra cosa. La imagen desaparece lentamente mientras el hombre-cebo camina hacia el saltador, etcétera.

Dije algo irrepetible y fui a pasearme solo por la nave.

Subí a cada Torre, probando los controles y los video-ojos submarinos. Después hice subir el ascensor principal.

Malvern no ponía objeciones a que yo probara así los aparatos. Al contrario, me alentaba. No era la primera vez que navegábamos juntos, y en otra época nuestra situación había sido a la inversa. Por eso no me sorprendió cuando, al salir del ascensor en la Cámara Hopkins, lo encontré esperándome: Durante los diez minutos siguientes inspeccionamos el vasto salón en silencio, recorriendo los compartimentos de aduja de cobre que pronto serían el Ártico.

Por último Malvern palmeó una pared.

—Bueno, ¿la llenaremos?

Sacudí la cabeza.

—Me gustaría, pero lo dudo. Me importa un bledo quién se lleva el mérito de la pesca, mientras yo tome parte en ella... Pero no va a pasar nada. Esa mujer es una egomaniaca. Querrá operar el Deslizador, y no puede.

—¿La viste alguna vez?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace cuatro o cinco años.

—Entonces era una niña. ¿Cómo sabes lo que puede hacer ahora?

—Lo sé. Ahora se habrá aprendido todos los interruptores y paneles. Conocerá al dedillo toda la teoría. Pero ¿recuerdas cuando estábamos juntos en la Torre de estribor e Ikky brotó del agua como una marsopa?

—¿Cómo podría olvidarlo?

—¿Y?

Malvern se frotó la barbilla de esmeril.

—Tal vez ella pueda hacerlo, Carl. Ha competido en carreras de barcos antorcha y

buceado en aguas peligrosas. —Miró hacia la Mano invisible—. Y también ha cazado en las Tierras Altas. Quizá sea lo bastante decidida como para llevarse ese horror a la falda sin pestañear... ya que Johns Hopkins endosa la cuenta y paga siete cifras por el cuerpo —añadió—. Eso es dinero, incluso para una Luharich.

Me agaché al pasar por una escotilla.

—Puede que tengas razón, pero cuando la conocí era una bruja rica. Y no era rubia —agregué con desprecio.

Malvern bostezó.

—Vamos a desayunar —dijo.

Fuimos a desayunar.

Cuando yo era joven creía que pertenecer a la fauna marina era lo mejor que la Naturaleza podía deparar. Crecí en la costa del Pacífico y pasé mis veranos en el Golfo o en el Mediterráneo. Viví meses de mi vida entre corales, fotografiando a moradores de fosos y jugando con delfines. Pesqué en todos los sitios donde hubiera peces, resentido por el hecho de que ellos pudieran llegar a donde yo no puedo. Cuando crecí quise peces más grandes, y no conocía nada vivo, salvo una secoya, de mayor tamaño que Ikky. Eso es parte de la cuestión...

Puse dos panes más en una bolsa de papel y llené un termos con café. Luego, disculpándome, salí de la cocina y fui hasta el amarradero del Deslizador... Estaba tal como lo recordaba. Moví algunos interruptores y la radio de onda corta zumbó.

—¿Eres tú, Carl?

—El mismo, Mike. Envíame un poco de energía, rata traicionera.

Lo pensó un poco; luego sentí que el casco vibraba, al funcionar los generadores. Me serví la tercera taza de café y busqué un cigarrillo.

—¿Y por qué soy una rata traicionera esta vez? —se oyó de nuevo la voz de Mike.

—¿Sabías lo de los camarógrafos en el Hangar Dieciséis?

—Sí.

—Entonces eres una rata traicionera. Lo que menos quiero es publicidad. “Pese a los muchos errores cometidos antes, se dispone noblemente a intentarlo otra vez”. Ya me parece leerlo.

—Te equivocas. La luz del reflector alcanza para una sola persona, y ella es más

hermosa que tú.

Mi comentario siguiente no se oyó porque moví la llave que ponía en funcionamiento el ascensor y las orejas de elefante aletearon por encima mío. Subí hasta quedar a ras de cubierta. Replegando el riel lateral me adelanté por la ranura. En medio de la nave me detuve en una juntura, bajé el lateral y replegué el riel longitudinal.

Me deslicé hacia estribor, entre las Torres: me detuve y puse el enganche.

No había derramado una gota de café.

—Quiero ver el cuadro.

La pantalla brillaba. Hice unos ajustes y llegaron imágenes del fondo del océano.

—Esta bien.

Moví el interruptor de Situación Azul y él lo confirmó. La luz siguió encendida.

El cabrestante se destrabó. Apunté sobre las aguas, extendí el brazo y disparé una línea.

—Bien hecho —comentó Mike.

—Situación Rojo. Preparar el arpón. —Moví una palmea.

—Situación Rojo.

Con esto, el hombre-cebo estaría en marcha, para hacer tentadoras las púas.

No es exactamente un anzuelo de pesca. Los cables llevan caños huecos, que transportan droga suficiente para cualquier ejército de drogadictos; Ikky muerde el cebo, mecido ante él por control remoto, y el pescador le clava las púas.

Moví las manos sobre la consola, haciendo los ajustes necesarios. Consulté la aguja que indicaba el contenido del tanque de narcótico: vacío. Muy bien; no lo habían llenado aún. Apreté el botón del inyector.

—En el gaznate —murmuró Mike.

Solté los cables. Jugué con la bestia imaginaria. La dejé correr, haciendo oscilar el cabrestante para simular sus sacudidas.

Aun con aire acondicionado y sin camisa, el calor me incomodaba; por eso supe que la mañana había pasado ya el mediodía. Apenas advertía las llegadas y partidas de los saltadores. Algunos de los tripulantes, sentados a la “sombra” de las puertas que yo había

dejado abiertas, presenciaban la operación. No vi llegar a Jean; de lo contrario habría puesto fin a la sesión y bajado.

Jean interrumpió mi concentración cerrando la puerta con violencia suficiente para desprender el cabrestante.

—¿Quiere decirme quién lo autorizó a subir el Deslizador? —preguntó.

—Nadie —contesté—. Ya lo bajo.

—Apártese.

Me aparté y ella ocupó mi asiento. Vestía pantalones marrones y una camisa holgada, y tenía el cabello recogido de manera práctica. Sus mejillas estaban encendidas, aunque no necesariamente por el calor. Atacó el panel con una intensidad casi cómica, que me resultó inquietante.

—Situación Azul —dijo en tono cortante, quebrándose una uña violeta sobre la palanca.

Fingí un bostezo y me abotoné la camisa con lentitud. Ella me echó una mirada de reojo, consultó los registros y lanzó una línea.

Mientras yo comprobaba la dirección en la pantalla, se volvió hacia mí un segundo.

—Situación Rojo —dijo en tono normal.

Yo asentí con la cabeza.

Ella movió el cabrestante de costado para demostrar que sabía hacerlo. Yo no dudaba de que ella sabía, y ella no dudaba de que yo no lo dudara, pero...

—En caso de que lo haya pensado —dijo—, sepa que ni siquiera se acercará a este aparato. Fue contratado como hombre-cebo, ¿recuerda? ¡No como operador del Deslizador! ¡Como hombre-cebo! Sus obligaciones consisten en salir nadando a preparar la mesa para nuestro amigo el monstruo. Es peligroso, pero se le paga bien. ¿Alguna pregunta?

Apretó con violencia el botón del inyector y yo me froté la garganta.

—Ninguna —sonreí—, pero estoy capacitado para manejar ese enredijo... y si me necesita estaré disponible, a la tarifa sindical.

—Señor Davits, no quiero que ningún perdedor maneje este panel.

—Señorita Luharich, en este juego nunca hubo ganador.

Comenzó a enrollar el cable interrumpiendo la unión al mismo tiempo, de modo que el Deslizador entero se sacudió al volver el gran yo-yo. Patinamos un poco hacia atrás. Ella elevó los laterales y regresamos velozmente por la ranura. Disminuyendo la velocidad, cambió de rieles y nos detuvimos con estrépito y violencia antes de lanzarnos en ángulo recto. La tripulación se apartó de la escotilla precipitadamente mientras calzábamos en el ascensor.

—En el futuro, señor Davits, no entre en el Deslizador sin que se le ordene —me dijo.

—No se preocupe. No entraré ni siquiera si me lo ordenan —contesté—. Me contrataron como hombre-cebo, ¿recuerda? Si quiere verme aquí tendrá que *pedírmelo*.

—Cualquier día —sonrió.

Yo asentí mientras las puertas se cerraban sobre nosotros. Cuando el deslizador se detuvo en su amarradero dejamos el tema y partimos en nuestras opuestas direcciones. Pero ella dijo “buen día” en respuesta a mi risa burlona, lo cual, pensé, evidenciaba buena educación además de audacia.

Más tarde, esa noche, Mike y yo cargamos nuestras pipas en la cabina de Malvern. Los vientos agitaban olas, y arriba un constante golpeteo de lluvia y granizo convertía a la cubierta en un tejado de cinc.

—Qué porquería —sugirió Malvern.

Yo moví la cabeza asintiendo. Después de dos whiskies la pieza se había convertido en un grabado familiar, con sus muebles de caoba (que yo, por un capricho, había transportado desde la tierra hacía mucho tiempo) y las paredes oscuras, el rostro curtido de Malvern y la expresión perpetuamente desconcertada de Dabis, entre los grandes charcos de sombra que arrojaba la pequeña lámpara de mesa más allá de las sillas y sobre los rincones: todo eso visto a través de un cristal pardo.

—Me alegro de estar aquí.

—¿Cómo es allá abajo en una noche como esta?

Lancé una bocanada de humo pensando en mi luz al atravesar las entrañas de un diamante negro, levemente sacudido. El dardo-meteoro de un pez súbitamente iluminado, el balanceo de grotescos helechos, como nebulosas —sombra, después verde, después nada—, flotaron un instante atravesando mi mente. Supongo que así debería sentirse una nave espacial, si una nave espacial pudiera sentir, al cruzar entre mundos... y un silencio espectral, preternatural, y una tranquilidad hipnótica.

—Oscuro —dije—, y no muy agitado después de unas cuantas brazas.

—Ocho horas más y partimos —comentó Mike.

—En diez o doce días tendríamos que llegar —señaló Malvern.

—¿Qué estará haciendo Ikky?

—Durmiendo en el fondo con la señora Ikky, si tiene alguna inteligencia.

—No la tiene. He visto el esqueleto armado por la AINT basándose en los huesos hallados en la superficie...

—Todos lo hemos visto.

—... Con toda la carne debe de tener más de cien metros de largo, ¿verdad, Carl?

Yo asentí.

—... Pero poca caja cerebral para ese tamaño.

—Es lo bastante listo como para evitar que lo cacemos.

Risas, porque en realidad sólo existe esta habitación. El mundo exterior es una cubierta desolada, donde tamborilea la cellisca. Nos reclinamos y hacemos nubes de humo.

—La patrona no aprueba que se pesque con mosca sin autorización.

—La patrona puede irse al mismo demonio.

—¿Qué dijo allá?

—Me dijo que mi lugar es en el fondo, junto con los excrementos de peces.

—¿No vas a manejar el Deslizador?

—Seré hombre-cebo.

—Ya veremos.

—No haré otra cosa. Si quiere un maquinista para el Deslizador tendrá que pedirlo con amabilidad.

—¿Crees que tendrá que hacerlo?

—Creo.

—Y si lo hace, ¿podrás manejarlo?

—Buena pregunta —repuse, lanzando bocanadas de humo—. Pero no sé la respuesta.

Convertiría mi alma en sociedad anónima y cambiaría el cuarenta por ciento de las acciones por la respuesta. Daría dos o tres años de mi vida por la respuesta. Pero no parece haber una rueda de interesados sobrenaturales, porque nadie sabe. ¿Y si cuando lleguemos la suerte nos acompaña y encontramos un Ikky? ¿Si conseguimos cebarlo y rodearlo con cables? ¿Entonces, qué? Si lo subimos al barco, ¿ella resistirá o cederá? ¿Y si tiene pasta más firme qué Davits, que solía cazar tiburones con pistolas de aire cargadas con dardos envenenados? ¿Si ella lo atrapa y Davits tiene que estarse allí quieto como un extra de video?

Peor aún: ¿si pide ayuda a Davits y éste sigue allá como un extra de video o como otra cosa... por ejemplo una encarnación de la cobardía llamada Terror?

Fue entonces cuando lo tuve por sobre los tres metros de horizonte de acero, y vi todo ese cuerpo que si alzaba y seguía alzándose hasta perderse de vista como una verde cordillera... Y esa cabeza. Pequeña para el cuerpo, pero inmensa de todos modos. Gorda, escarpada, con ruletas sin párpados que habían girado rojas y negras desde antes de que mis antepasados decidieran probar en el Nuevo Continente. Y sacudiéndose.

Habían conectado otros narcotanques. Hacía falta otra descarga, y rápido. Pero yo estaba paralizado.

La bestia había hecho un ruido como Dios tocando un órgano Hammond...

¡Y me miraba!

No sé si ver es el mismo proceso para ojos así. Lo dudo. Tal vez yo no fuera más que un borrón gris tras una roca negra, con el reflejo del cielo lastimándole las pupilas. Pero fijó la mirada en mí. Tal vez la serpiente; no paraliza realmente al conejo; tal vez se trate simplemente de que los conejos son cobardes por naturaleza: Pero comenzó a forcejear y yo seguía sin poder moverme, fascinado.

Fascinado por tanta potencia, por esos ojos, allí me encontraron quince minutos más tarde, la cabeza y los hombros un poco rotos, el botón del inyector sin oprimir aún.

Y sueño con esos ojos. Quiero volver a enfrentarlos; una vez más, aunque tarde una eternidad en encontrarlos. Necesito saber si dentro de mí hay algo que me distinga de un conejo, de láminas dentadas donde están marcados los reflejos e instintos y que siempre se abren exactamente de igual modo cuando se marca la combinación adecuada.

Bajé la vista y noté que me temblaban las manos. Levanté la vista y noté que nadie más lo notaba.

Vací la copa y fumé la pipa. Era tarde y no cantaba ningún pájaro cantor.

Yo iba sentado, con las piernas colgando sobre la borda de popa, tallando un trozo de madera, y las astillas caían girando sobre nuestra estela. Tres días de viaje y nada.

—¡Oiga!

—¿Yo?

—Usted.

Cabello como el extremo del arco iris, ojos como no existían en la naturaleza, dientes hermosos.

—Hola.

—Hay una regla de seguridad contra lo que usted está haciendo, ¿sabe?

—Sé. Me tuvo preocupado toda la mañana.

Un delicado rizo trepó por mi cuchillo, y luego se quedó flotando allá atrás. Se detuvo en la espuma y se hundió. Yo miré el reflejo de ella en la hoja, deleitándome en secreto por la distorsión.

—¿Me está poniendo un cebo? —preguntó ella finalmente.

Entonces oí que se reía y me volví, sabiendo que había sido intencional.

—¿Quién, yo?

—Podría empujarlo desde ahí con mucha facilidad.

—Volvería.

—¿Y después me empujaría usted... tal vez alguna noche oscura?

—Todas son oscuras, señorita Luharich. No; preferiría regalarle la talla.

Entonces se sentó a mi lado, y no pude dejar de notar los hoyuelos en sus rodillas. Vestía shorts blancos y una blusa sin mangas, y aún lucía un tostado de otro mundo que era terriblemente atractivo. Casi sentí una punzada de remordimiento por haber planeado toda esa escena, pero seguí ocultándole con la mano derecha el animal de madera.

—Está bien, picaré el anzuelo. ¿Qué tienes para mí?

—Un segundo... Está casi terminado.

Solemnemente le entregué el asno de madera que había estado tallando. Me sentía

un poco arrepentido levemente asno yo también, pero tuve que seguir hasta el final; siempre lo hago. Tenía la boca abierta en mueca de un rebuzno, y las orejas erguidas.

Ella no sonrió ni arrugó el entrecejo; se limitó a estudiarlo.

—Está muy bien —dijo por último—, como casi todo lo que haces... y tal vez sea adecuado.

—Dámelo —extendí la mano.

Cuando me lo devolvió lo arrojé al agua, donde meció un momento como un caballo marino pigmeo.

—¿Por qué hiciste eso?

—Fue una broma estúpida. Lo siento.

—Sin embargo, acaso tengas razón... Quizá esta vez el bocado sea demasiado grande para mí.

Lancé un bufido.

—Entonces, ¿por qué no haces algo más seguro, otra carrera, por ejemplo?

Sacudió su extremo del arco iris.

—No. Tiene que ser un Ikky.

—¿Por qué?

—¿Por qué deseaste tanto uno que derrochaste una fortuna?

—Por razones de hombre —repuse—. Un analista expulsado de su profesión, que celebraba sesiones ilegal de terapia en el sótano, me dijo una vez: “Señor Davits, usted necesita reforzar la imagen de su masculinidad atrapando un pez de cada especie existente”. Ya sabes que los peces son un símbolo de masculinidad muy antiguo. Entonces me dediqué a eso. Todavía falta uno. Y tú, ¿por qué quieres reforzar *tu* masculinidad?

—No, yo no quiero reforzar otra cosa que las Empresas Luharich —repuso ella—. Mi jefe de estadísticas me dijo una vez: “Señorita Luharich, si usted vende toda la crema y polvo facial del Sistema será una muchacha feliz, y además rica”. Y tenía razón. Soy la prueba. Puedo tener este aspecto y hacer cualquier cosa, y vendo la mayor parte del lápiz labial y polvo facial del Sistema... pero tengo que *poder* hacer cualquier cosa.

—Es cierto que se te ve fría y eficiente —comenté.

—No me siento fría —dijo, levantándose—. Vamos a nadar.

—¿Puedo señalar que vamos bastante rápido?

—Si quieres señalar lo obvio, puedes. Dijiste que eras capaz de volver al barco sin ayuda. ¿Cambiaste de opinión?

—No...

—Entonces vamos a buscar dos equipos de buceo y te juego una carrera por debajo de Tensquare. Y te ganaré —agregó.

Me puse de pie y la miré desde arriba, porque eso suele hacerme sentir superior a las mujeres.

—Hija de Lir, ojos de Picasso —dije—, tendrás tu carrera. Espérame dentro de diez minutos en la Torre delantera de estribor.

—Diez minutos —aceptó.

Y fueron diez minutos. Desde la ampolla central hasta la Torre tardé quizá dos, con la carga que llevaba. Se me calentaron mucho las sandalias, y me alegré de poder cambiármelas por aletas cuando llegué al fresco relativo de la esquina.

Nos pasamos correas y acomodamos nuestros equipos. Ella se había puesto una breve malla verde, de una pieza, que me hizo tapar los ojos y apartar la vista, y luego volver a mirarla.

Amarré una escalera de sogas y la arrojé por el costado. Después golpeé la pared de la Torre.

—¿Qué hay?

—¿Hablaste con la Torre de babor, en la proa? —pregunté.

—Ya están preparados —llegó la respuesta—. En extremo hay muchas escaleras y cuerdas.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó el tipejo tostado por el sol llamado Anderson que era su agente de publicidad.

Anderson, sentado junto a la Torre en un sillón sorbía limonada con una pajita.

—Podría ser peligroso —observó con la boca hundida. (Tenía los dientes al lado, en otro vaso).

—Así es —sonrió ella—. *Será* peligroso. Pero no demasiado.

—Entonces déjame tomar algunas fotos. Llegarán a Línea de la Vida en una hora, y esta noche estarán en Nueva York. Buena publicidad.

—No —dijo ella, dándonos la espalda a los dos llevándose las manos a los ojos—. Toma, guarda esto.

Le entregó a Anderson una caja con su ceguera, cuando se volvió hacia mí eran pardos, tal como lo recordaba.

—¿Listo?

—No —dije con voz tensa—. Escúchame con atención Jean... Para jugar este juego hay algunas reglas. Primero —conté— como vamos a estar directamente bajo casco tenemos que empezar hondo y no detenernos, chocamos con el fondo podríamos romper un tanque de aire...

Jean empezó a protestar que cualquier idiota lo sabía, pero la interrumpí.

—Segundo —continué—, no habrá mucha luz, de modo que no nos separaremos y los *dos* llevaremos linternas.

Sus ojos húmedos relampaguearon.

—Yo te saqué de Govino sin... —Entonces calló, se apartó y tomó una lámpara—. Está bien. Linternas. Disculpa.

—... Y cuidado con las hélices —concluí—. Habrá corrientes fuertes por lo menos hasta cincuenta metros detrás de ellas.

Volvió a secarse los ojos y ajustó la máscara.

—Bueno, vamos.

Fuimos.

Ante mi insistencia ella abrió la marcha. La capa superficial era agradablemente cálida. A dos brazas, el agua era reconfortante; a cinco, bien fría. A ocho soltamos la oscilante escalera y partimos con un envión. Tensquare avanzaba velozmente y nosotros corríamos en dirección opuesta, tatuando el casco de amarillo a intervalos de diez segundos.

El casco seguía donde debía estar, pero nosotros continuábamos nadando como dos satélites del lado nocturno. Periódicamente yo le rozaba las patas de rana con mi luz y le iluminaba las antenas de burbujas. Me llevaba unos cinco metros de ventaja, y eso estaba

bien; le ganaría en el último tramo, pero aún no podía dejarla quedar atrás.

Debajo de nosotros, negrura. Inmensa. Honda. El Mindanao de Venus, donde tal vez algún día la eternidad permitiera a los muertos descansar en ciudades de peces sin nombre. Giré la cabeza y toqué el casco con un tentáculo de luz; así supe que habíamos recorrido más o menos un cuarto del camino.

Cuando ella aceleró sus brazadas, intensifiqué el ritmo, y disminuí la distancia que ella había aumentado bruscamente en un par de metros. Aceleró de nuevo; yo también, iluminándola con la linterna.

Al volverse, la luz se le reflejó en la máscara. Nunca supe si estaba sonriendo. Es probable. Levantó dos dedos en una V de victoria y luego se lanzó adelante a toda velocidad.

Debí haberme dado cuenta. Debí haberlo sentido venir. Para ella eso era una carrera, algo más que ganar. ¡Y al demonio con el peligro!

Entonces puse todo mi esfuerzo. En el agua no tiemblo. O si tiemblo no importa, y no lo noto. Comencé a cerrar de nuevo la brecha.

Ella miraba hacia atrás, aceleraba, miraba hacia atrás. Cada vez que miraba la distancia era menor, que la reduje a los cinco metros iniciales.

Entonces hizo funcionar los propulsores.

Eso era lo que yo temía. Estábamos más o menos por la mitad y no debió haberlo hecho. Esos potentes chorros de aire comprimido podían fácilmente lanzar hacia arriba, contra el casco, o arrancar algo si ella dejaba que su cuerpo se torciera. Se los usa sobre todo para zafarse de plantas marinas o resistir corrientes peligrosas. Yo quise llevarlos como medida de seguridad, a causa de los grandes molinos que succionaban arrastraban desde atrás.

Jean salió disparada como un meteorito, y yo sentí un súbito cosquilleo de transpiración que brotaba encontrándose y mezclándose con las aguas revueltas.

Nadé velozmente, pero no quería usar mis propulsores, y ella triplicó, cuadruplicó el margen.

Los chorros de aire cesaron y ella seguía en ruta. Bueno, yo era un viejo timorato. Ella *podía* haberse equivocado dirigiéndose hacia arriba.

Hendiendo el mar, comencé a recuperar distancia de a medio metro por vez. Ya no podría alcanzarla ni ganarle, pero llegaría a las sogas antes de que ella pisara cubierta.

Entonces los imanes giratorios comenzaron a lanzar su insistente llamado, y ella

vaciló. Aun a esa distancia la succión era terriblemente potente. El llamado de la picadora de carne.

Una vez me había rozado uno, bajo el *Delfín*, barco pesquero de clase media. Es cierto que había bebido, pero también era un día difícil, y el aparato había sido puesto en marcha prematuramente. Por suerte, también lo detuvieron a tiempo, y con un tendón reparado todo quedó como nuevo, salvo en el cuaderno de bitácora donde se mencionaba solamente que yo había bebido. Nada se decía de que fue en horas libres, cuando tenía derecho a hacer lo que me daba la gana.

Ella había reducido la velocidad a la mitad, pero seguía moviéndose en diagonal hacia babor, esquina de popa. Yo mismo comencé a sentir la atracción y tuve que aminorar la marcha, Jean había logrado pasar la hélice principal, pero parecía estar demasiado atrás. Bajo el agua es difícil calcular distancias, pero cada rojo latido del tiempo confirmaba mis temores. Estaba fuera de peligro respecto de la hélice principal, pero la más pequeña, de babor, situada unos ochenta metros hacia adentro, ya no era una amenaza sino una certidumbre.

Ahora había dado vuelta y se esforzaba por alejarse de esa hélice. Veinte metros nos separaban. Ella estaba inmóvil. Quince.

Lentamente comenzó a flotar hacia atrás. Hice funcionar mis propulsores, apuntando dos metros detrás de ella y unos veinte detrás de las paletas.

¡Línearrecta! ¡Graciasadios! Tomándola por la cintura, un caño en el hombro ¡NADOCONFURIA! máscaraquebrada, pero no rota. ¡Y SUBO!

Nos tomamos de una soga y recuerdo brandy.

En la cuna mecida sin cesar escupo, paseándome con lentitud. Esta noche insomnio, y dolor en el hombro izquierdo otra vez, por eso no me importa la lluvia: el reumatismo se cura. Bien estúpido. Lo que dije. Envueltos en mantas y temblando de frío. Ella: “Carl, no puedo decirlo”. Yo: “Entonces quedamos a mano por aquella noche en Govino, señorita Luharich, ¿eh?” Ella: Nada. Yo: “¿Hay más de ese coñac?” Ella: “Dame otro a mí también”. Yo: ruido de beber. Duró apenas tres meses. No hubo asignaciones por divorcio. Mucho dinero por ambos lados. No sé con seguridad si fueron felices o no. El Egeo, oscuro como el vino. Buena pesca. Tal vez él debió pasar más tiempo en tierra. O tal vez ella no debió hacerlo. Aunque era buena nadadora. Lo arrastró hasta Vido para exprimirle el agua de los pulmones. Jóvenes. Los dos. Fuertes. Los dos. Ricos y consentidos como el diablo. Idem. Corfú debió acercarlos más. No fue así. En mi opinión eso de la crueldad mental fue una falsedad. Él quería ir a Canadá. Ella: “¡Vete al infierno si quieres!” Él: “¿Vendrás conmigo?” Ella: “No”. Pero fue, de todos modos. A muchos infiernos. Costosos. Él perdió un monstruo o dos. Ella heredó algunos. Cuántos relámpagos esta noche. Bien estúpido. La urbanidad es el ataúd de un alma estafada. ¿Por quién? Se diría que por un maldito neo-ex... Pero te odio, Anderson, con tu vaso lleno de dientes y los ojos nuevos de ella... Esta pipa no se queda encendida, no hago más que chupar. ¡A escupir de nuevo!

A los siete días de viaje apareció Ikky en la pantalla.

Tañido de campanas, ruido de pies que corren y algún optimista puso en funcionamiento la Cámara Hopkins. Malvern quiso que me quedara tranquilo, pero yo me puse el equipo y esperé lo que viniera. El magullón me dolía menos de lo que parecía. Había hecho ejercicios todos los días, y el hombro no se me había puesto tieso.

El monstruo atravesaba nuestro camino mil metros más adelante y a treinta brazas de profundidad.

En la superficie no se notaba nada.

—¿Lo perseguimos? —preguntó un excitado tripulante.

—No, salvo que ella quiera usar dinero como combustible... —me encogí de hombros.

La pantalla quedó vacía pronto, y permaneció así. Nosotros seguimos alerta y mantuvimos nuestro curso.

Como no había dicho más de una docena de palabras a mi jefa desde la última vez que salimos juntos a ahogarnos, decidí elevar el puntaje.

—Buenas tardes —me acerqué a ella—. ¿Qué novedades hay?

—Va hacia el nornoreste. Tendremos que dejarlo ir. Unos cuantos días más y podremos iniciar la persecución. Todavía no.

Cabeza fina...

—Quién sabe hacia dónde va —asentí.

—¿Cómo sigue tu hombro?

—Bien. ¿Y tú?

Hija de Lir...

—Muy bien. A propósito, cobrarás una buena recompensa.

¡Ojos de perdición!

—De nada —dije a su espalda.

Después, por la tarde, y adecuadamente, se estrelló una tormenta. (Prefiero “se estrelló” a “estalló”; da una idea más exacta de cómo se conducen las tormentas tropicales

en Venus y ahorra muchas palabras). ¿Recuerdan ese tintero que mencioné antes? Ahora tomémoslo entre el pulgar y el índice y démosle un martillazo en el costado. ¡Con cuidado! Para no mancharnos ni cortarnos...

Seco, luego empapado. El cielo un millón de brillantes añicos al caer el martillo. Y ruidos de algo que se rompe.

—¿Todos están abajo? —sugirieron los altoparlantes a la tripulación que ya corría precipitadamente.

¿Que dónde estaba yo? ¿Quién creen que hablaba por los altoparlantes?

Todo lo que estaba suelto se fue por la borda cuando el agua se echó a andar, pero ya no había gente suelta. El Deslizador fue lo primero que quedó bajo cubierta. Después los grandes ascensores bajaron sus cabinas.

Yo había echado a correr hacia la Torre más cercana en cuanto advertí la preiluminación del holocausto. Desde allí conecté los altoparlantes y me pase medio minuto dando instrucciones.

Según me dijo Mike por radio hubo heridas menores, pero nada serio. Yo, en cambio, estaba aislado mientras durara la tormenta. Las Torres no llevan ninguna parte; están situadas demasiado afuera en casco como para proporcionar acceso abajo, ya que allí tienen las repisas extensoras.

De modo que me despoje de los tanques que tenía puestos desde hacía varias horas, crucé las aletas de los pies sobre la mesa y me recliné a contemplar el huracán. La parte de arriba era tan negra como el fondo, nosotros estábamos en el medio, algo iluminados debido a todo ese espacio llano y brillante. Las aguas de arriba no llovían; parecía que simplemente se juntaban y caían.

Las Torres eran bastante seguras, ya que habían resistido muchas arremetidas como esa; lo malo era que sus posiciones les daban un arco mayor de elevación y descenso cada vez que Tensquare se movía como la mecedora de una abuela muy nerviosa. Yo había usado los cinturones de mi aparejo para sujetarme a la silla fija al suelo con pernos, y quitado varios años en el purgatorio al alma de quien había dejado un atado de cigarrillos en el cajón de la mesa.

Miré cómo el agua hacía carpas, montañas, manos y árboles hasta que empecé a ver caras y gente; entonces llamé a Mike.

—¿Qué haces allí abajo?

—Pienso qué haces tú allá arriba —replicó—. ¿Cómo es eso?

—Tú eres del Medio Oeste, ¿verdad?

—Sí.

—¿Hay tormentas fuertes allá?

—A veces.

—Trata de pensar en la peor que hayas visto. ¿Tienes a mano, una regla de cálculo?

—Aquí mismo.

—Entonces pon un número uno debajo, imagina un cero o dos después, y multiplica todo.

—No puedo imaginar los ceros.

—Entonces conserva el multiplicando... es cuanto puedes hacer.

—¿Y qué haces allá arriba?

—Estoy sujeto a la silla y veo cómo rueda todo por el suelo.

Levanté la vista y volví a mirar afuera. Vi una sombra más oscura en la selva.

—¿Estás rezando o maldiciendo?

—No sé... Pero si esto fuera el Deslizador... ¡si esto fuera el Deslizador!

—¿*Está allí afuera?*

Asentí con la cabeza, olvidando que no podía verme.

Era grande, tal como lo recordaba. Había irrumpido en la superficie apenas unos instantes, para echar una ojeada. *No hay poder en la Tierra que se pueda comparar con aquel que fue hecho para no temer a nadie.* Se me cayó el cigarrillo. Era lo mismo que antes: parálisis y un grito ahogado.

—Carl, ¿cómo estás?

Me había mirado otra vez. O eso me pareció. Tal vez aquella bestia idiota había estado esperando medio milenio para arruinar la vida de un miembro de la especie más altamente desarrollada...

—¿Estás bien?

... O tal vez ya estuviera arruinada mucho antes de que se encontraran y el suyo fuera un simple enfrentamiento de bestias, donde el más fuerte arrojaba a un lado al más

débil, cuerpo contra psiquis...

—¡Demonios, Carl! ¡Di algo!

Volvió a surgir, esta vez más cerca. ¿Alguna vez vieron el tronco de un tornado? Parece algo vivo que se mueve en toda esa oscuridad. Nada tiene derecho a ser tan grande, tan fuerte, y moverse. Es una sensación angustiante.

—Contéstame, por favor.

Se había ido y no volvió durante ese día. Finalmente le hice un par de comentarios jocosos a Mike, pero conservé el cigarrillo siguiente en la mano derecha.

Las próximas setenta u ochenta mil olas pasaron junto a nosotros con monótona semejanza. Tampoco se diferenciaron los cinco días que las contuvieron. Pero la mañana del décimo tercer día nuestra suerte comienza a mejorar. Las campanas rompieron en pedacitos nuestro letargo saturado de café, y nos precipitamos fuera de la cocina sin oír el final del que pudo haber sido el mejor chiste de Mike.

—¡A popa! —gritó alguien—. ¡A quinientos metros!

Me quedé en pantalones de baño y empecé a abrochar correas. Siempre tengo el equipo a mano.

Luego crucé la cubierta ciñéndome con un vibrador desinflado.

—¡Quinientos metros, veinte brazas! —retumbaron los altoparlantes.

Las grandes compuertas se abrieron con estrépito y el Deslizador creció en toda su altura con mi dama en la consola. Pasó a mi lado traqueteando y echó raíz más adelante. Su único brazo se elevó y estiró.

Enfrenté al Deslizador mientras los parlantes anunciaban:

—¡Cuatrocientos ochenta, veinte!

—¡Situación Rojo!

Un eructo como el de un corcho de champaña al saltar y la línea voló en arco sobre las aguas.

—¡Cuatrocientos ochenta, veinte! —repetía el parlante, puro Malvern y estática—. ¡Hombre-cebo, atención!

Ajusté la máscara y bajé por el costado. Después calor, después frío, después lejos.

Verde, vasto, profundo. Veloz. Este es el sitio donde valgo lo mismo que un vibrador. Si algo grande decide que un hombre-cebo parece más sabroso que lo que lleva consigo la ironía tiñe su título junto con el agua circundante.

Divisé los cables llevados por la corriente y bajé siguiéndolos. De verde a verde oscuro y negro. Los había lanzado lejos, demasiado lejos. Nunca había tenido que seguirlos tan abajo. No quería encender la linterna.

Pero tenía que hacerlo.

¡Malo! Todavía me faltaba un largo trayecto. Apreté los dientes y puse chaleco de fuerza a mi imaginación.

Por último la línea concluyó.

La envolví con un brazo, desplegué el vibrador, lo até, trabajando lo más rápido posible, y enchufé las pequeñas conexiones aisladas que impiden dispararlo junto con la línea. Ikky podía romperlas, pero entonces ya no importaría.

Enganchada mi anguila mecánica, le retiré los tapones seccionales y miré cómo crecía. Me había hundido más durante esta operación, que llevó alrededor de un minuto y medio. Estaba cerca —demasiado cerca— de donde nunca quise estar.

Con todo lo que me había disgustado encender la luz, de pronto tuve miedo de apagarla. Dominado por el pánico, agarré el cable con ambas manos. El vibrador comenzó a lanzar un resplandor rosado y a retorcerse. Tenía el doble de mi tamaño y era sin duda dos veces más atractivo para un comedor de vibradores rosados. Me dije esto hasta que lo creí; luego apagué la linterna e inicié el ascenso.

Si chocaba con algo enorme que tuviera piel de acero, mi corazón tenía órdenes de dejar inmediatamente el latir y soltarme para nadar eterna y espasmódicamente por el Aqueronte, farfullando sin cesar.

Sin farfullar llegué al agua verde y volé de vuelta al nido.

En cuanto me subieron a bordo me puse la máscara de collar, me protegí los ojos con una mano y observé la superficie en busca de turbulencias. Mi primera pregunta fue, por supuesto:

—¿Dónde está?

—En ninguna parte —respondió un tripulante—; lo perdimos en cuanto bajaste. Ahora no aparece en la pantalla; debe haberse hundido.

—Lástima.

El vibrador se quedó abajo, disfrutando de su baño. Mi tarea concluida por el momento, fui a calentar más café con ron.

Atrás, un susurro:

—¿Podrías reír así después?

Respuesta Perspicaz:

—Según de qué se esté riendo.

Sin dejar de reír, llegué a la ampolla central con dos tazas.

—¿Así que desapareció?

Mike asintió con la cabeza. Le temblaban las grandes manos, y las mías estaban firmes como las de un cirujano cuando dejé las tazas.

Cuando me quité los tanques y busqué mi asiente Mike dio un salto.

—¡No gotees sobre ese panel! ¿Quieres matarte y hacer saltar fusibles carísimos?

Después de secarme me acomodé a mirar el ojo vacío en la pared. Bostecé contento; mi hombro estaba como nuevo.

La cajita por la cual se habla quería decir algo, y Mike levantó el interruptor para que lo hiciera.

—¿Carl está allí, señor Dabis?

—Sí, señora.

—Entonces permítame hablar con él.

Mike me hizo señas; me adelanté.

—Habla —dije.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Tuviste que nadar lejos. Creo... creo que me excedí al lanzar la línea.

—Me alegro —contesté—. Así gano más horas extra... Me voy a enriquecer con esa cláusula sobre tareas peligrosas.

—La próxima vez tendré más cuidado —se disculpó—. Creo que estaba demasiado ansiosa. Lo siento...

Algo le ocurrió a la frase, de modo que la terminó allí, dejándome con un surtido de respuestas que tenía reservadas.

Recobré el cigarrillo que había dejado tras la oreja de Mike y lo encendí con el que estaba en el cenicero.

—Carl, ella quiso ser amable —me dijo, después de volverse para observar los paneles.

—Ya sé. Yo no —contesté.

—Quiero decir que es una muchacha muy hermosa, agradable. Empecinada y todo lo que quieras. Pero ¿qué te hizo?

—¿En los últimos tiempos? —pregunté.

Me miró; luego bajó los ojos a su taza.

—Ya sé que no es asunto mío... —comenzó.

—¿Crema y azúcar?

Ikky no volvió ese día ni esa noche. Sintonizamos música Dixieland desde Línea de la Vida y dejamos que la rata se paseara, mientras Jean se hacía llevar la cena al Deslizador. Más tarde se hizo instalar un camastro adentro. Cuando transmitieron “Blues del agua profunda” lo conecté para que oyera, y esperé a que nos llamara para insultarnos. Pero como no lo hizo decidí que estaría durmiendo.

Entonces interesé a Mike en una partida de ajedrez que duró hasta el amanecer. Así la conversación limitó a varios “jaque”, un “jaque mate” y un “¡maldición!”. Como Mike es mal perdedor, esto además sabotó eficazmente la conversación posterior, de lo cual me alegré. Desayuné con carne y papas fritas y me acosté.

Diez horas más tarde alguien me despertó, y apoyé en un codo, negándome a abrir los ojos.

—¿Qué pasa?

—Perdóneme por despertarlo —dijo uno de los tripulantes más jóvenes—, pero la señorita Luharich quiere que desconecte el vibrador para que podamos seguir adelante.

Me abrí un ojo con los nudillos, pensando todavía si eso me hacía gracia o no.

—Que lo remolquen hasta la borda. Cualquiera puede desconectarlo.

—Ya está en la borda, señor. Pero ella dijo que figura en su contrato y que conviene hacer bien las cosas.

—Muy considerado de su parte. Sin duda mi sindicato le agradecerá por tenerlo en cuenta.

—Em... también me ordenó decirle que se cambie el pantalón de baño, se peine y se afeite. El señor Anderson lo filmará.

—Está bien. Dígale que ya voy... y pregúntele si puede prestarme esmalte para las uñas de los pies.

Ahorraré detalles. Todo duró tres minutos, y yo actué correctamente, hasta disculpándome cuando resbalé y choqué contra los pantalones tropicales blancos de Anderson con el vibrador mojado. El sonrió mientras se limpiaba; ella sonrió, aunque Complectacolor Luharich no lograba ocultarle totalmente los círculos oscuros bajo los ojos, y yo sonreí, saludando con la mano todos nuestros espectadores del país del video. Recuerde, señora Universo, también usted puede lucir con una cazadora de monstruos. Use crema facial Luharich.

Bajé a prepararme un sándwich de atún con mayonesa.

Dos días como témpanos: lúgubres, incoloros, semiderretidos, frígidos por entero, ocultos en su mayor parte, y decididamente peligrosos para la tranquilidad espiritual, pasaron y fue bueno dejarlos atrás. Experimenté algunos antiguos sentimientos de culpa y tuve unos cuantos sueños inquietantes. Después llamé a Línea de la Vida y comprobé el saldo de mi cuenta bancaria.

—¿Sales de compras? —preguntó Mike, que había hecho la llamada.

—Vuelvo a casa —contesté.

—¿Eh?

—Después de esto abandono el oficio de hombre-cebo, Mike. ¡Al diablo con Ikky! ¡Al diablo con Venus y las Empresas Luharich! ¡Y al diablo contigo!

Cejas en alto.

—¿Qué te pasó?

—Esperé más de un año esta tarea. Ahora que estoy aquí he decidido que es todo una porquería.

—Sabías lo que era cuando aceptaste. Hagas lo que hagas además, cuando trabajas para vendedores de crema facial vendes crema facial.

—Oh, no es eso lo que me fastidia. Admito que el aspecto comercial me irrita, pero Tensquare siempre fue un foco publicitario, desde su primer viaje.

—¿Y entonces?

—Cinco o seis cosas, todas sumadas. La principal es que ya no me interesa. Antes, pescar a esa sabandija era más importante para mí que ninguna otra cosa; ahora ya no. Me arruiné con algo que comenzó como una travesura, y quería sangre a cambio de lo que me costó. Ahora comprendo que quizá me lo merecía. Empiezo a compadecer a Ikky.

—¿Y ya no lo quieres?

—Si no se resiste lo pescaré, pero no tengo ganas arriesgar el pescuezo para obligarlo a meterse en la Cámara Hopkins.

—Me inclino a pensar que es una de las cuatro cinco otras cosas que dijiste sumar.

—¿Por ejemplo?

Mike examinó el cielo raso. Yo gruñí:

—Está bien, pero no lo diré nada más que para verte contento por haber adivinado.

—Esa mirada de ella no es solamente para Ikky —observó con sonrisa afectada.

—No sirve, no sirve —meneé la cabeza—. Los dos somos cámaras de fisión por naturaleza... No se puede ir a ningún lado con propulsores en ambas puntas cohete... lo que hay en el medio queda destroza, nada más...

—Así *fue*. Claro que no es asunto mío...

—Si vuelves a decir eso, lo dirás sin dientes.

—Cuando quieras y donde quieras, grandote... —me miró.

—Vamos, sigue. ¡Dilo de una vez!

—A ella no le interesa ese condenado reptil; vino a llevarte de vuelta tu sitio. No eres tú el hombre-cebo en esta expedición.

—Cinco años son demasiado tiempo.

—Bajo esa mugrienta piel tuya debe haber algo agrada a la gente —murmuró—; de

lo contrario no estaría hablando así. Tal vez nos haces pensar a los humanos en algún perro sumamente feo al que tuvimos lástima cuando éramos niños. Como quiera que sea alguien sea llevarte a casa y criarte... además, se dice que a mendigo no se le ofrecen menús.

—Compañero, ¿sabes qué haré cuando llegue a Línea de la Vida? —reí.

—Me lo imagino.

—Te equivocas, iré a Marte, y luego regresaré a casa en primera clase. Las disposiciones venusinas sobre quiebra no son aplicables a los fondos depositados en Marte, y tengo todavía un buen fajo guardado donde no entra la polilla ni la corrupción. Elegiré una vieja mansión en el Golfo, y si alguna vez buscas trabajo puedes ir a abrirme botellas.

—Eres un cobarde —comentó Mike.

—Está bien —admití—, pero también pienso en ella.

—He oído hablar de ustedes dos —dijo Mike—. Bueno, eres un canalla y un fracasado, y ella es una perra... A eso se llama compatibilidad en esta época. Hombre-cebo, te desafío a que trates de conservar algo de lo que pescas...

Me volví.

—Si alguna vez quieres ese puesto, ve a buscarme.

Cerré la puerta despacio al salir, y lo dejé sentado, esperando el portazo.

El día de la bestia amaneció como cualquier otro. Dos días después de mi cobarde fuga de aguas desiertas bajé a cebar de nuevo. La pantalla no mostraba nada. Me limitaba a preparar todo para el intento de rutina.

Al pasar junto al Deslizador grité “buenos días”, y antes de alejarme recibí una respuesta desde adentro. Había reexaminado las palabras de Mike, sin sonido y sin furia; y si bien no aprobaba ni los sentimientos ni el significado que expresaban, opté igual por la cortesía.

Bajé entonces, y me alejé del barco, siguiendo una discreta línea hasta unos doscientos noventa metros de distancia. Los serpenteantes cables lanzaban un negro resplandor a mi izquierda, y yo acompañé sus ondulaciones desde el verdiamarillo hasta la oscuridad. La húmeda noche se extendía silenciosa, y yo avanzaba en ella como un disparatado cometa, con la cola luminosa por delante.

Tomé la línea, lisa y suave, y empecé a colocar el cebo. Entonces un mundo helado me rozó desde los tobillos a la cabeza. Era una corriente de aire como si alguien hubiera abierto una gran puerta a mis espaldas. Y yo no flotaba hacia abajo con tanta rapidez.

Eso significaba que tal vez algo se estaba moviendo hacia arriba, algo de tamaño suficiente como para desplazar mucha agua. Aún no creía que fuera Ikky. Algún tipo raro de corriente, pero Ikky no. ¡Ja!

Había terminado de atar las puntas y retirado el primer tapón cuando una isla grande, negra y áspera creció allá abajo.

Lancé hacia allí el rayo de luz. Vi su boca abierta.

Yo era un conejo.

Hacia abajo pasaron oleadas de terror a la muerte. Mi estómago estalló hacia adentro; sentí mareos.

Sólo una cosa, y una cosa sola. Quedaba por hacer. Finalmente logré hacerla. Retiré los demás tapones.

Ya podía contar las escamosas articulaciones que le rodeaban los ojos.

El vibrador creció, se volvió rosado y fosforescente... ¡y vibró!

Después mi linterna. Tenía que apagarla, dejando ante él solamente el cebo.

Una mirada atrás al poner en marcha los propulsores.

Tan cerca estaba que el vibrador se le reflejaba en los dientes, en los ojos. Cuatro metros, y le besé la ondulantes mejillas con dos chorros de agua al elevarme. Después no supe si me seguía o se había detenido. Comencé a desvanecerme mientras esperaba a que me devorara.

Los propulsores se detuvieron; moví débilmente las piernas.

Demasiado rápido, sentí que me daba un calambre. Un destello de la linterna, gritó el conejo. Un segundo destello, para saber...

O para dar fin a todo, contesté. No, conejo; no debemos correr hacia el cazador. Mantengámonos en la oscuridad.

Finalmente aguas verdes, luego verdiamarillas, después la superficie.

Viré y nadé velozmente hacia la nave. Las olas de la explosión a mis espaldas me empujaban hacia adelante, del mundo se cerró sobre mí, y oí a la distancia un grito de: “¡Está vivo!”.

Una sombra gigantesca y una onda de choque. También la línea de pesca estaba viva. Tal vez había cometido algún error...

En alguna parte, la Mano estaba crispada. ¿Qué es un cebo?

Unos cuantos millones de años. Recuerdo haber empezado como un organismo unicelular para convertirme en un anfibio, luego en un ser que respiraba aire. Desde lo alto de los árboles oí una voz:

—Ya reacciona.

Evolucioné hasta llegar a la homospiciencia, luego un paso más hasta un dolor de cabeza.

—No intentes levantarte todavía.

—¿Lo atrapamos? —farfullé.

—Todavía se resiste, pero está enganchado. Creímos que te había tomado como aperitivo.

—Yo también.

—Aspira un poco de esto y cállate.

Un embudo sobre mi cara. Qué bueno. Levanten las copas y beban...

—Estaba muy hondo. Fuera del alcance de la pantalla. No lo descubrimos hasta que comenzó a subir. Entonces fue demasiado tarde.

Empecé a bostezar.

—Ahora te llevaremos adentro.

Logré desenfundar el cuchillo que llevaba sujeto al tobillo.

—Haz la prueba y te costará un pulgar.

—Necesitas descanso.

—Entonces tráiganme algunas mantas más. Me quedo.

Me recliné y cerré los ojos.

Alguien me sacudía. Penumbra y frío. Los reflectores derramaban sobre cubierta su sangre amarilla, estaba en un camastro improvisado, apoyado contra ampolla central. Envuelto en lana, seguía temblando.

—Pasaron once horas. Ya no verás nada.

Sentí gusto a sangre.

—Bebe esto.

Agua. Quise hacer un comentario, pero no logré salieran las palabras.

—No me preguntes qué tal me siento —grazné— sé que ahora viene eso, pero no me lo preguntes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Quieres bajar ahora?

—No. Dame mi chaqueta, simplemente.

—Aquí está.

—¿Qué hace?

—Nada. Está abajo narcotizado, pero ahí se queda.

—¿Cuánto hace que apareció por última vez?

—Unas dos horas.

—¿Jean?

—No permite que nadie entre en el Deslizador. Escucha, Mike dice que pases. Esta detrás tuyo, en la ampolla.

Me incorporé y me volví. Mike me miraba. Le hice señas y él me hizo señas a mí.

Apoyé los pies en el suelo y aspiré profundamente dos o tres veces. Me dolía el estómago. Me puse de pie y entré en la ampolla.

—¿Qué tal? —preguntó Mike.

Consulté la pantalla. Ni señales de Ikky; estaba demasiado hondo.

—¿Me invitas?

—Sí, con café.

—No quiero café.

—Estás enfermo. Además aquí no se permite otra cosa que café.

—El café es un líquido parduzco que te quema el estómago. Tienes un poco en el

cajón de abajo.

—No hay tazas. Tendrás que usar un vaso.

—Qué remedio queda.

Me sirvió.

—Lo haces bien. ¿Estuviste practicando para ese puesto?

—¿Qué puesto?

—El que te ofrecí...

¡Un manchón en la pantalla!

—¡Está subiendo, señora! ¡Subiendo! —gritó Mike por la radio.

—Gracias, Mike. Ya lo veo aquí —chisporroteó ella.

—¡Jean!

—¡Silencio! ¡Está ocupada!

—¿Ese era Carl?

—Sí —contesté—. Luego hablaremos —y corté.

¿Por qué hice eso?

—¿Por qué hiciste eso?

No lo sabía.

—No lo sé.

¡Malditos ecos! Me levanté y salí.

Nada. Nada.

¿Algo?

¡Tensquare se mecía de veras! Al ver el casco debe haber dado la vuelta y empezado a bajar de nuevo. A mi izquierda agua blanca e hirviente. Como un fideo interminable, un cable se hundía ruidosamente en el vientre el abismo.

Estuve inmóvil un rato; luego di media vuelta y regresé adentro.

Dos horas enfermo. Cuatro, y ya mejor.

—Está sintiendo el efecto de la droga.

—Sí.

—¿Y la señorita Luharich?

—¿Qué pasa con ella?

—Debe de estar medio muerta.

—Es probable.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ella firmó el contrato para esto. Sabía qué podía ocurrir, y ocurrió.

—Creo que tú podrías pescarlo.

—Yo también lo creo.

—Y ella también lo cree.

—Que me lo pida, entonces.

Ikky flotaba letárgicamente a treinta brazas de profundidad.

Caminé otro poco y casualmente pasé detrás del Deslizador. Ella no miraba hacia ese lado.

—¡Carl, ven aquí!

Ojos de Picasso, eso es, y una conspiración para obligarme a manejar el Deslizador...

—¿Es una orden?

—Sí... ¡No! Por favor.

Me precipité adentro y controlé: estaba subiendo.

—¿Lo empujas o lo arrastras?

Apreté el botón de enroscar y nos siguió como garito.

—Decídete ahora.

A diez brazas de profundidad se resistió.

—¿Le damos sogas?

—¡No!

Siguió izándolo hacía arriba... cinco brazas, cuatro...

A dos brazas hizo funcionar los extensores, que lo sujetaron. Luego los arpo-garfios. Afuera gritos, y flashes fotográficos como relámpagos de calor. La tripulación vio a Ikky.

Ikky comenzó a forcejear. Jean mantuvo tensos cables, alzó los arpo-garfios...

Arriba.

Otro medio metro y los arpo-garfios comenzaron a inpujar.

Gritos y carreras.

El pescuezo de Ikky ondeando como un tallo gigante al viento. Aparecieron las verdes colinas del lomo.

—¡Qué grande es, Carl! —exclamó ella.

Ikky creció, y creció, más inquieto cada vez...

—¡Ahora!

La bestia miró hacia abajo.

Miró hacia abajo como podría haberlo hecho el dios de nuestros más antiguos antepasados. En mi cabeza resonó miedo, vergüenza, y una risa burlona. ¿En la de Jean también?

—¡Ahora!

Joan levantó la vista hacia el incipiente terremoto.

—¡No puedo!

Sería tan sencillo esta vez, ahora que el conejo había muerto. Tendí la mano. Me detuve.

—Apriétalo tú misma.

—No puedo. Hazlo tú. ¡Péscalo, Carl!

—No. Si lo pesco pasarás el resto de tu vida pensando que quizá pudiste haberlo hecho tú. Y perderás el alma tratando de averiguarlo. Sé que te pasará eso porque somos parecidos, y a mí me pasó. ¡Averigúalo ahora!

Jean clavó los ojos en Ikky.

Le apreté los hombros.

—Tal vez soy yo quien está allí —sugerí—. Soy una Verde serpiente marina, una bestia monstruosa y detestable, que viene a destruirte. No soy responsable ante nadie. Aprieta el botón del inyector.

Jean llevó la mano hacia el botón, la retiró.

—¡Ahora!

Lo apretó.

Bajé al suelo el cuerpo inmóvil de Jean y concluí lo que faltaba hacer con Ikky.

Pasaron más de siete horas antes de que yo despertara oyendo el sostenido chirriar de las paletas de la nave, que mordían el mar.

—Estás enfermo —comentó Mike.

—¿Y Jean?

—Igual.

—¿Dónde está la bestia?

—Aquí.

—Muy bien. —Me tendí de costado—. Esta vez no escapó.

Y así fue. Nadie nace hombre-cebo, no creo, pero los anillos de Saturno cantan nupcialmente la dote la bestia marina.

Una rosa para el Ecclesiastés

I

Cuando me aceptaron aquella mañana, yo estaba traduciendo uno de mis *Madrigales macabros* al marciano. El intercomunicador zumbó brevemente, y dejando caer el lápiz moví la palanca.

—Señor G —pió la joven voz de contralto de Morlón—, el viejo me dijo que llamara a “ese maldito rimador engreído”. No conozco a otro maldito rimador...

—Que la ambición no arrume tus poderes.

Corté la comunicación.

De modo que los marcianos se habían decidido al fin. Sacudí cinco centímetros de ceniza del cigarro humeante y aspiré la primera bocanada. Toda la ansiedad del mes trató de acumularse en ese momento, pero no pudo. Me asustaba recorrer una docena de metros y oír que Emory iba a decirme, y este miedo hacía a un lado todo lo demás. De modo que antes de ponerme de pie terminé la estrofa.

Llegué muy pronto a la puerta de Emory. Golpeé dos veces y entré cuando el viejo gruñía:

—Adelante.

—¿Quería verme?

Me senté rápidamente evitando que se molestara y me ofreciera un asiento.

—Qué pronto. ¿Vino corriendo?

Observé el descontento paternal de Emory.

Pecas oscuras bajo los ojos pálidos, cabellos ralos, nariz irlandesa, y una voz un decibel más alto que cualquier otra...

Hamlet a Claudio:

—Estaba trabajando.

—¡Ja! —bufó Emory—. Nadie lo vio nunca en nada parecido.

Me encogí de hombros y me incorporé a medias.

—Si me ha llamado para eso...

—¡Siéntese!

Emory se puso de pie. Caminó alrededor del escritorio. Se detuvo a mi lado y me miró desde arriba. Hazaña difícil aunque yo esté sentado en una silla baja.

—Es usted sin ninguna duda el bastardo más hostil que yo haya conocido en mi vida —rugió Emory, como un búfalo herido—. ¿Por qué no actúa alguna vez como un ser humano y nos sorprende de veras a todos? Admito que es usted listo, y hasta quizás un genio, pero... oh, ¡demonios! —Alzó las manos y volvió a su silla—. Betty ha hablado al fin con ellos para que la dejen entrar. —La voz del viejo era normal otra vez—. Lo recibirán esta tarde. Saque uno de los coches luego del almuerzo y vaya para allá.

—Muy bien —dije.

—Eso es todo.

Asentí con un movimiento de cabeza y me puse de pie. Yo tenía ya la mano en el pestillo cuando Emory dijo:

—No es necesario que le advierta qué importante es esto. No los trate como nos trata a nosotros.

Cerré la puerta detrás de mí.

No recuerdo qué almorcé. Me sentía nervioso, pero sabía instintivamente que yo no dejaría escapar la pelota. Mis editores de Boston esperaban un idilio marciano o por lo menos una obra a lo Saint-Exupéry sobre los vuelos por el espacio. La Sociedad Científica Nacional por su parte, quería un informe completo sobre la grandeza y caída del imperio marciano.

Todos quedarían complacidos. Yo lo sabía muy bien.

He ahí la razón por la que todos están celosos, por la que todos me odian. Siempre salgo adelante, mejor que nadie.

Sorbí un último trago de café chirle, fui al garaje, saqué un jeep y me encaminé hacia Tirellian.

Llamas de arena, manchadas de óxido de hierro, envolvieron el coche. Se treparon a la capota y se metieron entre los pliegues de la bufanda mordiéndome el cuello. Me puntearon las gafas.

El jeep, bamboleándose y jadeando como el mulito en que crucé una vez los Himalayas, me golpeaba las asentaderas. Las montañas de Tirellian se movieron a un costado y vinieron hacia mí desde un ángulo bizco.

De pronto empecé a subir una cuesta y acomodé las palancas a los rebuznos del motor. No era como Gobi, no era como el desierto de Arizona. Rojo. Muerto. No había ni siquiera un cacto.

Llegué a la cima de la loma, pero había levantado demasiado polvo y no podía ver adelante. No importaba, sin embargo. Yo tenía la cabeza llena de mapas. Me lancé hacia la izquierda, cuesta abajo, ajustando el embrague. Un viento de costado y un suelo sólido apagaron los fuegos. Me sentí como Ulises en Malebolge, con un discurso en tercetos rimados en una mano y un ojo apuntando al Dante.

Doblé una pagoda de roca y llegué.

Betty me saludó con la mano.

Detuve el jeep y salté a tierra.

—Hola —farfullé librándome de la bufanda y sacudiendo un kilo de polvo—. Qué, ¿a dónde voy y a quién veo?

Betty se permitió una breve risita germánica —más porque yo había iniciado una frase con un “qué” y no tanto por mi incomodidad— y se puso a hablar. Es una purista, los modismos le hacen siempre cosquillas.

Aprecié justamente la charla precisa y sarrosa de Betty, informativa y todo eso, con agudezas de salón en número suficiente como para que me duraran ti la vida. Le miré los ojos de chocolate en barra, dientes perfectos, el pelo descolorido por el sol, muy corto (¡odio a las rubias!) y decidí que estaba enamorada de mí.

—Señor Gallinger, la matriarca espera dentro a que los presente. Ha consentido en abrir los registros del Templo para los estudios de usted.

Betty hizo aquí una pausa para acomodarse el pelo y retorcerse un poco. ¿Mi mirada la ponía nerviosa?

—Son documentos religiosos, e históricos también, los únicos —continuó la joven—. Algo así como el *Mahabharata*. Espera que usted observe ciertos ritos, repetir las palabras sagradas cada vez que vuelva una página... Ella misma le enseñará el sistema.

Asentí rápidamente.

—Perfecto, entremos.

—Este... —titubeó Betty—. No olvide las Once Formas de la Cortesía y los Grados. Las cuestiones de forma son para ella muy serias... Y no se ponga discutir la igualdad de los sexos.

—Conozco todos los tabúes —interrumpí—. No preocupe. Viví en el Oriente. ¿Recuerda?

Betty bajó los ojos y me tomó la mano. Casi la aparto dando un tirón.

—Será mejor que yo entre adelante, llevándolo de la mano.

Me guardé mis comentarios y la seguí, como Sansón en Gaza.

En el interior, mi último pensamiento tropezó con una rara analogía. Las habitaciones de la matriarca eran una versión bastante abstracta de las antiguas tiendas de Israel, tal como yo me imaginaba. Abstracta, digo porque las paredes eran todas frescos de ladrillo, unida en un vértice superior como los lados de una tienda con figuras de pieles de animales, y que parecían cicatrices de un color azul grisáceo, pintadas con espátula.

La matriarca, M'Cwyie, era baja, de pelo blanco, cincuentona, y estaba vestida como una reina gitana. Llevaba todo un arco iris de faldas voluminosas y parecía una sopera boca abajo sobre un almohadón.

Aceptó mis homenajes y me miró como un búho puede mirar a un conejo. Pero cuando descubrió la perfección de mi acento alzó de pronto las pestañas mostrando unos ojos renegridos. El grabador que había acompañado a Betty en las entrevistas había cumplido su parte, y yo conocía al pie de la letra los informes lingüísticos de las dos primeras expediciones. Soy una luz en cuestiones de acento.

—¿Es usted el poeta?

—Sí —repliqué.

—Recite uno de sus poemas, por favor.

—Lo siento, pero sólo una traducción muy perfecta haría justicia a la lengua de ustedes y a mi poesía, y aún no conozco suficientemente la lengua.

—Oh.

—Pero he estado traduciendo algo para mi propia diversión y como ejercicio de gramática —continué—. Me sentiré muy honrado en traer unas páginas en el futuro

próximo.

—Sí. Tráigalas.

¡El primer tanto para mí!

La matriarca se volvió hacia Betty.

—Puede retirarse ahora.

Betty murmuró las fórmulas de despedida, me miró de costado, de una manera rara, y salió. Aparentemente había esperado quedarse y “ayudarme”. Pretendía sin duda participar de mi gloria, como todos los demás. Pero yo era el Schliemann de esta Troya, y en el informe de la Sociedad sólo aparecería un nombre.

M’Cwyie se incorporó, y noté que no parecía mucho más alta. Pero yo mido uno noventa y soy como un álamo en octubre: delgado, rojo arriba, prominente.

—Nuestros documentos son antiquísimos —comenzó a decir la matriarca—. Betty dice que ustedes los llamarían “milenarios”.

Asentí apreciativamente.

—Estoy muy ansioso por verlos.

—No están aquí. Tendremos que ir al Templo. No los puede mover.

Había llegado el momento de mostrarse astuto.

—¿No se opondrá usted a que los copie, no es así?

—No. Entiendo que hay un verdadero respeto en usted, o su deseo no sería tan grande.

—Excelente.

La mujer parecía divertida. Le pregunté dónde estaba la gracia.

—La Lengua Superior no debe de ser fácil para un extranjero.

Entendí en seguida.

Ningún miembro de la primera expedición había llegado tan lejos. Yo no había podido saber que había aquí dos lenguas, una clásica y otra vulgar. Conocía algo del prakrit marciano, ahora tendría que aprender el sánscrito marciano.

—¡Caramba! ¡Maldición!

—¿Qué dice usted?

—Son expresiones intraducibles, M'Cwyie. Pero imagínese a usted misma teniendo que aprender de prisa la Lengua Superior y comprenderá mis sentimientos.

La mujer pareció divertida otra vez y me pidió que me descalzara. Me hizo pasar por una sala... y entramos en un volcán de magnificencia bizantina.

Ningún terrestre había estado nunca en esta sala, se hubiese sabido. Carter, el lingüista de la primera expedición, con la ayuda de una doctora llamada Mary Allen, había aprendido una parte de la gramática y del vocabulario marcianos. Y yo no había sabido otra cosa mientras había esperado sentado en la antesala, cruzado de piernas.

No teníamos ninguna idea de que existía esto. Paseé codiciosamente los ojos por las paredes. Adiviné detrás del decorado un complejo orden estético. Tendríamos que revisar toda nuestra estimación de la cultura marciana.

Ante todo, el cielo raso era abovedado y con modillones. Además había columnas laterales acanaladas. Y luego... oh, demonios, la sala era realmente vasta. El arruinado exterior no insinuaba nada de esto, ciertamente.

Me incliné hacia adelante para estudiar las filigranas doradas de una mesa de ceremonias. Creí notar que M'Cwyie se ponía un poco presumida, pero no me parecía necesario fingir demasiado.

La mesa estaba cubierta de libros.

Seguí con el pie el dibujo de un mosaico del piso.

—¿Toda la ciudad está dentro de este edificio?

—Sí, se interna mucho en la montaña.

—Ya entiendo —dije, aunque no entendía nada.

No podía pedirle a la mujer que me mostrara todo, todavía.

M'Cwyie se acercó a un taburete junto a la mesa.

—¿Lo inicio a usted en la Lengua Superior?

Yo estaba tratando de fotografiar toda la sala con los ojos, pensando que tarde o temprano tendría que traer aquí una cámara. Aparté la mirada de una estatuilla y asentí vigorosamente.

—Sí, introdúzcame.

Me senté.

Durante las tres semanas siguientes unos bichos-signos se persiguieron unos a otros detrás de mis párpados cada vez que yo intentaba dormir. El cielo era un lago turquesa sin nubes que se movía en ondas caligráficas cada vez que yo alzaba los ojos. Yo bebía litros de café mientras trabajaba, y en los intervalos sorbía cócteles de benzedrina y champaña.

M'Cwyie me instruía dos horas todas las mañanas, y ocasionalmente otras dos horas en la tarde. Comencé estudiar otras catorce horas diarias por mi cuenta tan pronto como pude seguir solo.

Y de noche el ascensor del tiempo me llevaba a los pisos más bajos...

Yo tenía otra vez seis años y aprendía hebreo, griego, latín y arameo. Yo tenía diez años y entraba a hurtadillas en la *litada*. Cuando papá no emitía fuegos infernales, piedra pómez y amor fraterno, me enseñaba a desenterrar la Palabra, en el original.

¡Señor! ¡Había tantos originales y tantas palabras! Yo tenía doce años cuando empecé a señalar diferencias entre lo que él predicaba y los textos.

El vigor fundamentalista de su réplica no admitió discusiones. Fue peor que cualquier paliza. Cerré la boca desde entonces y aprendí a apreciar la poesía del Antiguo Testamento.

¡Señor, perdón! ¡Papá, señor, perdón! No podía ser. No...

El día en que el niño —un espantapájaros de catorce años, y de un metro ochenta de estatura— dejó la escuela superior con primeros premios en francés, alemán, español y latín, papá Gallinger le dijo que quería que entrara en el ministerio. Recuerdo las evasivas del hijo:

—Señor —había dicho—, yo preferiría estudiar sólo un año, aproximadamente, y luego seguir algún curso preteológico en una universidad de artes liberales. Siento que soy todavía joven para meterme en un seminario.

La voz de Dios:

—Pero tú tienes el don de las lenguas, hijo mío. Puedes predicar el evangelio en todas las lenguas de Babel. Naciste para ser misionero. Dices que eres joven, pero el tiempo huye a tu lado. Empieza temprano y gozarás de más años de servicio.

Los más años de servicio fueron más colas en el látigo que caía una y otra vez sobre mis espaldas. Ya no recuerdo la cara de mi padre ahora. Quizá porque temía mirarla entonces.

Y años más tarde, cuando Gallinger murió, y lo acostaron vestido de negro, entre ramilletes, entre congregacionalistas sollozantes, entre oraciones, caras rojas, pañuelos, manos que le palmeaban a uno la espalda, plañideras de cara solemne... lo miré y no lo reconocí.

Este extraño y yo nos habíamos encontrado nueve meses antes que yo naciera. Nunca había sido cruel. Serio, imperativo, poco amigo de excusas, pero nunca cruel. Fue también la única madre que conocí. Y todos mis hermanos y hermanas. Había tolerado mis tres años en St. John, quizá a causa de su nombre, y nunca había sospechado qué sitio liberal y delicioso era realmente.

Pero yo nunca lo conocía, y el hombre del ataúd no exigía nada ahora. Ya no era necesario que yo predicara la Palabra.

Pero ahora yo quería predicarla, de un modo diferente. Yo quería predicar una palabra que nunca había pronunciado antes.

No volví a mis estudios. Había recibido una pequeña herencia, y no disponía enteramente de ella, pues no había cumplido dieciocho años. Pero me abrí paso.

Al fin me establecí en Greenwich Village.

No le comuniqué a ningún viejo conocido mi dirección y me hundí en la rutina diaria de escribir poesía y dominar el japonés y el indostano. Me dejé crecer una barba espesa, bebí café *expresso*, y aprendí a jugar al ajedrez. Yo quería probar dos o tres nuevos caminos de salvación.

Luego de esto pasé dos años en la India con el Cuerpo de Paz... lo que me separó del budismo, y allá escribí *Las flautas de Krishna*, y recibí el premio Pulitzer que los poemas merecían.

Luego de vuelta a los Estados Unidos, mi tesis doctorado en lingüística, y más premios.

Luego, un día, una nave regresó de Marte. Posa en su nido de fuego de Nueva México traía una nueva lengua, exótica, fantástica, y estéticamente abrumadora. Después de haber aprendido todo lo que se sabía ella, y de haber escrito una nueva obra, fui famoso en otros círculos:

—Vaya, Gallinger. Hunda el balde en el pozo, y tráigame un sorbo de Marte. Vaya, conozca un nuevo mundo (pero manténgase distante, acométalo dulcemente como Auden) y tráiganos ese espíritu en ver yámbicos.

Y yo vine a la tierra donde el sol es una moneda barnizada, donde el viento es un látigo, donde dos lunas entrecruzan sus rayos, y donde un infierno de arena le incendia a uno el alma.

No podía dormirme, así que dejé la cama, crucé la cabina oscurecida y me asomé a la puerta. El desierto era una interminable alfombra anaranjada, arrugada por las escobas de los siglos.

—*Yo, un extraño y sin temor, esta tierra he construido.*

Me reí.

Yo ya tenía la Lengua Superior por la cola, o por las raíces, si uno quiere que los juegos de palabras anatómicos pero también correctos.

La Lengua Superior y la Lengua Inferior no eran tan distintas como me había parecido al principio, conocía bastante de una como para internarme en partes más oscuras de la otra, y ya dominaba la gramática y los verbos irregulares más comunes. Mi diccionario crecía día a día, como un bulbo, y florecería pronto. Cada vez que yo pasaba las cintas grabadas, el tallo se alargaba un poco más.

Había llegado la hora de poner a prueba mi ingenio, de llevar las lecciones a la práctica. Me había abstenido hasta entonces, voluntariamente, de meterme en los textos mayores. Me había dedicado a leer comentarios, versos sueltos, fragmentos históricos. Y algo me había impresionado mucho en todos estos textos.

Los marcianos hablaban de cosas concretas: rocas, arena, agua, viento, y la sustancia de estos símbolos elementales era siempre terriblemente pesimista. Me recordaba algunos textos budistas, pero aún más ciertos pasajes del Antiguo Testamento. Específicamente, el libro del Eclesiastés.

Ahí estaba para mí la clave. El sentimiento y aun el vocabulario eran tan similares que la traducción del Eclesiastés sería un perfecto ejercicio. Como traducir Poe al francés. Yo nunca me convertiría a la fe de Malann, pero les mostraría que un terrestre había pensado una vez los mismos pensamientos, había sentido de un modo similar.

Encendí la lámpara del escritorio y busqué la Biblia.

Vanidad de vanidades, dijo el predicador, vanidad de vanidades, y todo es vanidad. De qué le sirve al hombre...

Mis progresos parecían sorprender a M'Cwyie. Me miraba fijamente, como el Otro de Sartre, por encima de la mesa. Yo leía un capítulo del Libro de Locar. No miraba a M'Cwyie pero podía sentir la red que aquellos ojos femeninos tejían alrededor de mi cabeza, mis hombros y mis rápidas manos. Volví otra página.

¿Pensaba ahora M'Cwyie si la red soportaría el peso de la presa? ¿Y para qué? Los libros no hablaban de pescadoras marcianas, y menos de pescadoras de hombres. Decían que un Dios llamado Malann había escupido, o había hecho algo reprochable (de acuerdo con la versión que uno leyera) y que la vida había aparecido entonces, como una

enfermedad de la materia inorgánica. Decían que el movimiento era la primera ley de la vida, la primera ley, y que la danza era la única réplica legítima a lo inorgánico... y la calidad de danza justificaba... y el amor era una enfermedad la materia orgánica... ¿o de la materia inorgánica?

Sacudí la cabeza. Casi me había quedado dormido.

—M’narra.

Me enderecé y estiré. M’Cwyie me observaba codiciosamente. La miré, y ella apartó los ojos.

—Estoy cansado. Quisiera descansar un momento. No dormí mucho anoche.

M’Cwyie asintió con un movimiento de cabeza, la abreviatura terrestre del “sí”, como yo le había enseñado.

—¿Desea descansar y apreciar a la vez la total claridad de la doctrina de Locar?

—¿Cómo dice?

—¿Desea usted ver una Danza de Locar?

—Oh. —¡Los rodeos y perífrasis de la lengua marciana eran peores que los del coreano!—. Sí. Por cierto. Me gustaría, cuando haya una oportunidad. Mientras tanto, quisiera preguntarle si yo podría tomar algunas fotografías...

—La oportunidad ha llegado. Siéntese. Descanse. Llamaré a los músicos.

La mujer desapareció por una puerta que no había cruzado hasta entonces.

Bien, la danza era el arte más elevado de acuerdo con la opinión de Locar, y de Havelock Ellis, y yo iba a ver ahora la versión de un coreógrafo filósofo marciano muerto hacía siglos. Me froté los ojos y me desentumecí, tocándome las puntas de los pies varias veces.

La sangre empezó a golpearme la cabeza y tomé aliento. Me incliné otra vez, y vislumbré un movimiento en la puerta. El trío que entró con M’Cwyie debió de haber pensado que yo estaba buscando algo en el suelo. Sonreí débilmente y me enderecé, con la cara encendida, y no sólo por el ejercicio. Yo no los esperaba tan pronto.

Pensé entonces otra vez en Havelock Ellis, en su área de mayor popularidad.

La muñequita pelirroja que vestía un diáfano jirón del cielo marciano, algo parecida a un sari, alzó los ojos maravillada, como una niña que mira un gallardete de colores en la punta de un mástil.

—Hola —dijo, o su equivalente.

La muñeca saludó inclinándose antes de responder. Mi prestigio, evidentemente, había crecido en los últimos días.

—Bailaré —dijo la herida roja en el camafeo palidísimo del rostro, apartando los ojos de color de sueño, y del color del vestido.

La muchacha flotó hacia el centro de la sala.

De pie allí, como una figura de un fresco etrusco, se quedó un rato cabizbaja como si meditara o mirase los dibujos del piso. ¿Simbolizaban algo los dibujos de los mosaicos? Los estudié. Hubiesen podido decorar muy bien el piso de un cuarto de baño o de un patio, pero no descubrí nada más.

Las otras dos mujeres eran dos cotorras pintarrajeadas y maduras, como M'Cwyie. Una de ellas se había sentado en el piso y sostenía un instrumento de tres cuerdas, parecido a un samisén. La otra tenía delante un bloque de madera y blandía dos palillos.

M'Cwyie desdeñó el taburete y se sentó en el piso antes que yo me diera cuenta. La imité.

La tocadora del samisén afinaba todavía el instrumento, de modo que me incliné hacia M'Cwyie.

—¿Cómo se llama la danzarina?

—Braxa —replicó M'Cwyie sin mirarme, y alzó lentamente la mano izquierda, lo que significaba sí, adelante, comencemos.

El instrumento de cuerdas latió como un dolor de muelas, y del bloque de madera brotó un tictac, tictac, como el fantasma de todos los relojes que los marcianos no habían inventado.

Braxa era una estatua, con las manos en la cara y los codos altos y apartados.

La música fue de pronto una metáfora del fuego.

Crujidos, murmullos, detonaciones...

Braxa no se movió.

El siseo se transformó en gorgoteo. La cadencia se hizo más lenta. Era agua ahora, el elemento máspreciado, un líquido verde y claro que caía sobre rocas mohosas.

Braxa no se movía.

Unos glissandos. Una pausa.

Luego, tan débilmente que al principio no me di cuenta, temblaron los vientos. Dulce, suavemente, suspirando y deteniéndose, inciertos. Una pausa, un sollozo, y en seguida una repetición de la primera frase, pero en un tono más alto.

¿La lectura me había fatigado los ojos, o Braxa temblaba realmente de la cabeza a los pies?

Braxa temblaba.

El balanceo era microscópico. Una fracción de centímetro a la derecha y luego a la izquierda. Abrió los dedos como pétalos, y vi que tenía los ojos cerrados.

Entornó de pronto los ojos, vitreos y distantes, y pareció que miraba más allá de mí y más allá de la paredes. El balanceo creció y se confundió con la música.

El viento sopló entonces del desierto y golpeó las montañas de Tirellian como olas que rompen contra una represa. Braxa movió los dedos: las ráfagas. Los brazos descendieron como péndulos lentos e iniciaron un contramovimiento.

La ráfaga llegó. Braxa inició un movimiento axial uniendo las manos al cuerpo, y los hombros dibujaron en el aire figuras de ochos.

¡El viento! El viento, dije. ¡Oh, viento enigmático! ¡Oh, musa de St. John Perse!

El ciclón se retorció alrededor de los ojos: un centro tranquilo. Braxa echó atrás la cabeza, pero yo sabía que esos ojos pasivos de Buda no miraban el cielo raso sino los cielos inmarcesibles. Sólo las dos lunas, quizá, interrumpían el sueño de ese Nirvana elemental, deshabitado y de color turquesa.

Años atrás yo había visto a los devadasis de la India, los danzarines callejeros, que lanzaban al aire las telas coloreadas atrapando al insecto macho. Pero Braxa era más que esto: era una Ramadjany, una encarnación de Vishnu, una de esas adoradoras de Rama que habían traído la danza al mundo: las bailarinas sagradas.

El tictac era ahora monótono y uniforme. El quejido de las cuerdas me recordaba los rayos afilados del sol, refrescados por la respiración del viento. El color azul era Saravasti y María y una muchacha llamada Laura. Oí una cítara en alguna parte, observé la estatua animada, y aspiré un soplo divino.

Yo era otra vez Rimbaud y su hachís, Baudelaire y su láudano, Poe, De Quincey, Wilde, Mallarmé, y Aleister Crowley. Fui durante un fugaz instante, mi padre vestido de negro en el pulpito en sombras, pero los himnos y los resoplidos del órgano se habían trasmutado en un viento brillante.

Braxa era una veleta giratoria, un crucifijo emplumado que flotaba en el aire, una cuerda de ropa que sostenía una vestidura brillante, paralelamente al suelo. Tenía el hombro desnudo ahora, y el pecho derecho subía y bajaba como una luna en el cielo. La música era tan formal como los argumentos de Job. La danza de Braxa era la respuesta de Dios.

La música se hizo más lenta, se aquietó. Había encontrado un antagonista y una réplica. Las vestiduras de Braxa se recogieron en los serenos pliegues originales, como una cosa viva.

Braxa se dejó caer, lentamente, al suelo, y apoyó la cabeza en las rodillas, inmóvil.

Me dolía la espalda y comprendí qué tensamente había mirado yo el baile. Tenía las axilas húmedas. La transpiración me corría por los costados. ¿Qué podía hacer uno ahora? ¿Aplaudir? Miré de reojo a M'Cwyie. La mujer alzó la mano derecha.

La muchacha se estremeció y se puso de pie, como si hubiese recibido un mensaje telepático. Las otras tres mujeres se incorporaron también.

Me levanté con el pie izquierdo dormido y dije lo primero que me pasó por la cabeza.

—Muy hermoso.

Me contestaron con tres diferentes formas de “gracias” en la Lengua Superior.

Hubo un movimiento de color y me encontré otra vez a solas con M'Cwyie.

—Esta es la danza ciento veintisiete de las dos mil doscientas veinticuatro danzas de Locar.

Bajé los ojos y miré a M'Cwyie.

—No sé si Locar tenía o no razón, pero creó una hermosa réplica a lo inorgánico.

La mujer sonrió.

—¿Las danzas del mundo de usted son como esta?

—Algunas se les parecen. Las recordé mientras miraba a Braxa, pero nunca vi nada igual.

—Braxa baila bien —dijo M'Cwyie—. Conoce todas las danzas.

Me miró con algo de esa expresión que me había perturbado antes.

—He de atender a mis deberes ahora. —Se acercó la mesa y cerró los libros—.

M' narra.

Me calcé.

—Adiós.

—Adiós, Gallinger.

Salí de la sala, subí al jeep, y me lancé por el atardecer y hacia la noche, y el desierto se alzó aleteando lentamente detrás de mí.

II

Yo acababa de cerrar la puerta detrás de Betty, luego de una breve sesión de gramática, cuando oí voces en el pasillo. El montante estaba un poco abierto de modo que me acerqué y escuché.

La voz sobreaguda de Morton:

—¿Saben una cosa? Me dijo “hola” hace un rato.

—¡Hummm! —estallaron los pulmones de elefante de Emory—. O no sabía lo que decía o usted se le cruzaba en el camino y él quería que se hiciese a un lado.

—Quizá no me reconoció. Me parece que se pasa las noches jugando con esa nueva lengua y que ya no duerme más. Monté guardia la semana pasada y cada vez que pasé por delante de su puerta, a las tres, escuché esa grabadora. A las cinco, cuando me iba a dormir, el aparato seguía funcionando.

—El hombre está trabajando de veras —admitió Emory de mala gana—. Yo diría que toma alguna droga para mantenerse despierto. Tiene una mirada un poco vidriosa estos días. Aunque eso quizá sea natural en un poeta.

Betty estaba también allí.

—Aparte de lo que ustedes piensen de él, tardaré un año en aprender lo que a él le llevó sólo tres semanas. Y yo soy sólo una lingüista, no un poeta.

Morton debía de codiciar los encantos bovinos de Betty, Sólo así me explico que haya dejado caer las armas.

—Seguí un curso de poesía moderna en la universidad —comenzó a decir—. Leímos seis autores; Yeats, Pound, Eliot, Crane, Stevens y Gallinger. Y en el último día del semestre, cuando el profesor se sentía ya un poco retórico, nos dijo: “Estos seis nombres están escritos en el siglo, y las puertas de la crítica y del infierno no prevalecerán contra ellos”... Yo —continuó diciendo— pienso que *Las flautas de Krishna* y los *Madrigales* son obras maestras. Me sentí honrado cuando supe que nos acompañaría en esta expedición. Sin embargo —concluyó—, no me dijo más de una docena de palabras desde que nos presentaron.

La defensa:

—¿Nunca se les ocurrió que debe de sentirse un poco embarazado con esa estatura? Fue además un niño precoz, y es posible que no haya tenido ningún amigo en la escuela. Es un hombre sensible y muy introvertido.

—¿Sensible? —Emory se atragantó con una carcajada—. Gallinger es orgulloso como Lucifer. Una máquina portátil de insultos. Uno aprieta un botón, como “hola o buen día”, y él se burla llevándose el pulgar a la nariz. Es casi como un reflejo.

Murmuraron otras amenidades semejantes y se fueron, los tres.

Bueno, bendito seas, Morton, muchacho. Carita de rosa, aficionado criado en los claustros. Yo nunca seguí un curso sobre mi propia poesía, pero me alegra que alguien haya dicho eso. Las puertas del infierno. Qué te parece. Quizá alguien oyó en alguna parte las oraciones de papá. Quizá soy realmente un misionero.

Pero... Un misionero convierte a la gente a algo. Tengo mi sistema privado de estética, y supongo que rezuma un subproducto ético por algún lado. Pero si yo tuviera algo que predicar, realmente, aun en mis poemas, no me molestaría en predicarlo a gansos como tú. No olvides que soy un snob, y no hay sitio para las gentes como tú en mi cielo. Es un sitio privado, a donde van a cenar Swift, Shaw y Petronio.

Y oh, ¡qué festines! ¡Los Trimalchios, los Emory que diseccionamos! ¡Cuando hemos terminado contigo todavía estamos en la sopa, Morton!

Me volví y me senté a mi escritorio. Quería escribir algo. Ecclesiastés podía tomarse una noche libre. Quería escribir un poema, un poema acerca de la danza ciento veintisiete de Locar, acerca de una rosa que sigue a la luz, seguida por el viento, enferma, como la rosa de Blake, moribunda...

Encontré un lápiz y empecé.

Cuando llegué a la última línea, me sentí complacido. No era un gran poema, o por lo menos podía haber sido mejor. Al fin y al cabo el marciano culto no era la lengua que yo dominaba más. Lo traduje en seguida al inglés. Quizás lo incluyera en mi próximo libro. Lo titulé *Braxa*:

En una tierra de vientos rojos
donde la tarde fría del tiempo
hiela los pechos de la vida
altos como dos lunas,
un gato y un perro interminablemente
se persiguen turbando mi sueño.
Esta flor última vuelve una ardiente cabeza.

Aparté la hoja y busqué una pastilla de fenobarbital. De pronto me sentía cansado.

Al día siguiente enseñé mi poema a M'Cwyie que lo leyó varias veces, muy lentamente.

—Es hermoso —dijo al fin—, pero ha empleado usted tres palabras de su propio lenguaje. “Gato” y “perro”, supongo, son dos animales pequeños que se odian. ¿Pero qué es “flor”?

—Oh —dije—. Nunca tropecé con la palabra marciana, pero en verdad yo pensaba en una flor terrestre, la rosa.

—¿Cómo es?

—Bueno, los pétalos suelen ser de un color rojo brillante. Esto es lo que yo quería decir con “cabeza ardiente”, y también fiebre, y pelo rojo, y el fuego de la vida. La rosa crece en el extremo de un tallo espinoso, y tiene un aroma peculiar, agradable.

—Me gustaría ver una.

—Supongo que no será imposible. Preguntaré.

—Sí, por favor. Es usted un... —M'Cwyie usó aquí la palabra marciana que designa al profeta o al poeta religioso como Isaías, o Locar—, y en su poema hay verdadera inspiración. Se lo leeré a Braxa.

Decliné el título, pero me sentí halagado.

Este, decidí, era el día estratégico, el día en que podía pedir permiso para llevar allí la máquina de microfilms y la cámara. Yo deseaba copiar todos los textos marcianos,

expliqué, y si hacía el trabajo a mano no me alcanzaría el tiempo.

M'Cwyie me sorprendió asintiendo inmediatamente. Pero me derribó con su invitación.

—¿No quiere vivir aquí mientras hace ese trabajo? Así podrá trabajar día y noche, en cualquier momento... aunque no cuando hay alguna ceremonia en el templo, por supuesto.

Hice una reverencia.

—Me siento muy honrado.

—Bien. Traiga sus máquinas cuando quiera y le mostraré un cuarto.

—¿Está bien esta tarde?

—Ciertamente.

—Me voy entonces a preparar las cosas. Hasta la tarde...

—Adiós.

Emory pondría sin duda algunos obstáculos, pero no muchos. Todos en la nave estaban ansiosos por ver a los marcianos, hablar con los marcianos, aguijonear a los marcianos, interrogarlos acerca del clima, las enfermedades, la química del suelo, la política, y los hongos marcianos. (Nuestro botánico era un loco por los hongos, pero un hombre bastante razonable). Sólo cuatro o cinco tripulantes habían conseguido verlos. Casi todos se habían pasado las semanas excavando ciudades y acrópolis muertas. Respetábamos las normas, y los indígenas eran tan poco aficionados a los extranjeros como los japoneses del siglo diecinueve. Pensé que no encontraría mucha resistencia, y pensé bien.

En verdad tuve la impresión de que todos se pusieron contentos cuando supieron que me iba.

Me detuve en la sala hidropónica para hablar con nuestro especialista en hongos.

—Hola, Kane. ¿Cosechó ya hongos venenosos, en esa arena?

Kane sorbió por la nariz. Se pasa los días sorbiendo. Quizá es alérgico a las plantas.

—Hola, Gallinger. No, no he tenido éxito con los hongos venenosos. Pero mire detrás del galpón de los coches la próxima vez que ande por ahí. Están creciendo unos cactus.

—Magnífico —dije.

Doc Kane era casi mi único amigo en la nave, además de Betty.

—Kane, quisiera pedirle un favor.

—Dígame.

—Quiero una rosa.

—¿Una qué?

—Una rosa. Una rosa terrestre, de exposición, roja, con espinas, de buen aroma.

—No creo que se críe en este suelo.

Más sorbidos.

—No, no me entiende. No quiero plantarla. Quiero sólo las flores.

—Tendré que usar los tanques. —Kane se rascó la bóveda calva—. Pasarán tres meses antes que florezca, aun acelerando el crecimiento.

—¿Lo hará?

—Por supuesto, siempre que no le importe esperar.

—No me importa. No nos iremos antes de tres meses. —Miré las bandejas de barro y brotes—. Me mudo a Tirellian hoy, pero vendré de cuando en cuando. Estaré aquí cuando aparezcan las flores.

—Se muda allá, ¿eh? Moore dice que son un grupo cerrado.

—Me parece que yo ya entré.

—Sí, realmente... Aún no entiendo cómo aprendió usted esa lengua. Por supuesto, yo tuve mis dificultades con el francés y el alemán en el doctorado, pero la semana anterior Betty nos hizo una demostración en el almuerzo. Suena como un montón de ruidos raros. Betty dice que hablar esa lengua es como resolver un problema de palabras cruzadas del *Times* tratando de imitar llamadas de pájaros al mismo tiempo.

Me reí, y acepté el cigarrillo que Kane me ofrecía.

—Es complicado —reconocí—. Pero, bueno, es como si usted obtuviera aquí una clase enteramente nueva de *mycetas*, una clase que usted ha soñado la noche anterior.

A Kane le brillaron los ojos.

—Sería realmente maravilloso. Y podría conseguirlo, realmente.

—Quizá lo consiga.

Kane rió entre dientes mientras íbamos hacia la puerta.

—Plantaré sus rosas esta noche. Tenga cuidado allá.

—Así lo haré. Gracias.

Como dije antes, un loco por los hongos, pero un buen hombre.

Mis habitaciones en la ciudadela de Tirellian estaban junto al templo, del lado interior, y ligeramente a la izquierda. Eran realmente mucho más cómodas que mi cabina en la nave, y me complació que la cultura marciana hubiese descubierto ya las ventajas del colchón sobre el jergón. La cama, por otra parte, y me sorprendí de veras, era suficientemente larga.

De modo que desempaqué y obtuve dieciséis tomas del templo, en 35 mm, antes de empezar con los libros.

Fotografié textos hasta que me cansé de volver las páginas sin saber qué decían. Me puse a traducir una obra de historia.

He aquí que en el año treinta y siete del Proceso de Cillen llegaron las lluvias, por las que todos se regocijaron, pues ocurrían raramente, y eran recibidas siempre con bendiciones.

Pero lo que cayó del cielo no fue el semen del Malann, el dador de vida. Era la sangre del universo, que brotaba de una arteria. Y los días últimos nos alcanzaron. Había llegado el tiempo de la última danza.

Las lluvias trajeron la plaga y no mataron, y, junto con el tamborileo del agua, Locar dio sus últimos pasos...

Me pregunté qué diablos querría decir Tamur, pues era un historiador y se suponía que relataba hechos. Esto no era el *Apocalipsis* marciano.

Pero quizá esta historia y el *Apocalipsis* eran una sola y misma obra...

¿Por qué no? me pregunté. Las pocas gentes que vivían ahora en Tirellian eran los restos de lo que había sido sin duda una cultura altamente desarrollada. Habían tenido guerras, pero no holocaustos; ciencia, pero poca tecnología. Una plaga, que no había matado. ¿Podía ser esto la causa? ¿Cómo, si no había sido fatal?

Seguí leyendo, pero el texto no discutía la naturaleza de la plaga. Volví las páginas,

leyendo rápidamente. Ningún resultado.

¡M'Cwyie! ¡M'Cwyie! ¡Nunca estás cuando más te necesito!

¿Sería un *faux pas* ir a buscarla? Sí, decidí. Habíamos convenido implícitamente que yo no dejaría las habitaciones que me habían asignado. El problema tendría que esperar.

De modo que eché largas maldiciones, en voz alta, en muchas lenguas, y sin duda a Malann le ardieron las sagradas orejas, ahí en su templo.

No me castigó con sus rayos, sin embargo, y decidí dar por terminadas las tareas del día.

Yo dormía desde hacía varias horas cuando Braxa entró en mi cuarto con una lámpara pequeña. Me despertó tironeándome de la manga del pijama.

Dije hola. En verdad no hubiese podido decir mucho más.

—He venido —dijo— a oír el poema.

—¿Qué poema?

—El tuyo.

—Oh.

Bostecé, me senté, e hice todo lo que hace la gente cuando la despiertan en medio de la noche para leer poesía.

—Eres muy amable, ¿pero no te parece que la hora es insólita?

—No me importa.

Algún día escribiré un artículo para la *Revista de Semántica* titulado: *Tono de voz. Vehículo insuficiente para la ironía.*

De cualquier modo, yo ya estaba despierto, así que me puse la bata.

—¿Qué animal es ese? —me preguntó Braxa señalando el dragón bordado en la solapa de seda.

—Un animal mítico —repliqué—. Escucha. Es tarde. Estoy cansado. Tengo mucho que hacer a la mañana. Y M'Cwyie puede pensar algo raro si se entera.

—¿Si se entera?

—¡Maldición! ¡Sabes demasiado bien a qué me refiero!

Por primera vez se me presentaba la oportunidad de maldecir en marciano, y fracasé.

—No —dijo Braxa—, no sé.

La muchacha parecía asustada, como un perrito que no entiende el mal humor del amo.

Me ablandé. La capa roja armonizaba de un modo tan perfecto con el pelo y los labios, temblorosos...

—Bueno, bueno. No quise entristecerte. En mi mundo hay ciertas... costumbres, acerca de gentes de distinto sexo en un mismo dormitorio, y no unidas por el matrimonio... Bueno, quiero decir... ¿No entiendes?

—No.

Los ojos de Braxa eran de jade.

—Bueno, es como... Bueno, se trata del sexo, eso mismo.

En las lámparas de jade se encendió una luz.

—Oh, ¿hablas de tener hijos?

—Sí. Eso es. ¡Exactamente!

Braxa se rió. Era la primera risa que yo oía en Tirellian. Sonaba como las cuerdas altas de un violín, golpeadas por un arco intermitente. No era un sonido muy agradable, sobre todo porque Braxa rió demasiado tiempo.

Al fin dejó de reír y se acercó más.

—Recuerdo ahora —dijo—. Antes teníamos también esas reglas. Hace medio Proceso, cuando yo era niña, teníamos esas reglas. Pero —y pareció que iba a reírse otra vez— ahora no las necesitamos.

Mi mente se movió como una cinta grabadora a triple velocidad.

¡Medio Proceso! ¡Medio Proceso Proceso Proceso! ¡No! ¡Sí!

Medio Proceso: doscientos cuarenta y tres años.

Tiempo suficiente para aprender las dos mil doscientas veinticuatro danzas de Locar.

Tiempo suficiente para envejecer, si uno era humano.

Humano al estilo terrestre, quiero decir.

Miré a Braxa otra vez, pálida como una reina blanca en un juego de ajedrez de marfil.

Braxa era humana. Yo hubiera apostado mi alma. Una mujer viva, normal, sana, yo hubiese apostado mi vida, mi cuerpo...

Pero tenía dos siglos y medio de edad, y M'Cwyie debía de ser la abuela de Matusalén. Pensé en los repetidos cumplimientos de la mujer, que tanto había alabado mis habilidades de lingüista, de poeta. ¡Estos seres superiores!

¿Pero qué quería decir “no las necesitamos ahora”? ¿Por qué esa risa casi histérica? ¿Por qué todas esas miradas raras que me había echado M'Cwyie?

Supe de pronto que estaba cerca de algo importante, además de estar cerca de una muchacha hermosa.

—Dime —pregunté—, ¿tiene eso alguna relación con la plaga que no mata de que habla Tamur?

—Sí —respondió Braxa—, los niños nacidos después de las lluvias no pudieron tener hijos y...

—¿Y qué?

Me incliné hacia adelante con la memoria puesta en “registro”.

—... y los hombres ya no desearon tenerlos.

Me dejé caer contra el respaldo de la cama. Esterilidad racial, impotencia masculina, luego de un fenómeno climático. ¿Una nube vagabunda de polvo radiactivo, venida de quien sabe dónde, había entrado una vez en esa tenue atmósfera? ¿Un día, mucho antes que Schiaparelli viera los canales, míticos como mi dragón, antes que estos “canales” hubiesen inspirado algunas ideas correctas por motivos erróneos, Braxa estaba viva, y bailaba aquí, condenada ya en la matriz mientras el ciego Milton describía otro paraíso igualmente perdido?

Busqué un cigarrillo. Por suerte había traído algunos ceniceros. En Marte nunca había habido una industria del tabaco. Ni del licor. El ascetismo que yo había encontrado en la India era realmente dionisiaco comparado con esto.

—¿Qué es ese tubo de fuego?

—Un cigarrillo. ¿Quieres uno?

—Sí, por favor.

Braxa se sentó junto a mí, y encendí un cigarrillo para ella.

—Irrita la nariz.

—Sí. Aspira el humo, guárdalo un rato en los pulmones, y exhala.

—Oh —dijo Braxa.

Otra pausa y luego:

—¿Es sagrado?

—No, es nicotina —respondí—, una forma ersatz de la divinidad.

Otra pausa.

—Y no me pidas que traduzca ersatz.

—No es necesario. A veces siento algo así cuando bailo.

—Pasará en un momento.

—Recítame tu poema ahora.

Tuve una idea.

Me incorporé, busqué entre mis libros de notas, y me senté de nuevo junto a Braxa.

—Estos son los tres primeros capítulos del *Libro del Eclesiastés* —expliqué—. Se parecen mucho a tus libros sagrados.

Empecé a leer.

Llegué al versículo undécimo cuando Braxa gritó:

—¡Por favor, no leas eso! ¡Recítame un poema tuyo!

Me detuve y tiré el libro de notas a una mesa cercana. Braxa temblaba, no como cuando había bailado imitando el viento, sino sacudida por un llanto interior. Sostenía torpemente el cigarrillo, como un lápiz. La tomé torpemente por los hombros.

—Es tan triste —dijo ella—, como los otros libros.

De modo que me retorcí la mente como una cinta brillante, la plegué e hice esos insensatos nudos de Navidad que yo tanto amaba. Del alemán al marciano, con amor, improvisé una paráfrasis de un poema que describía a una bailarina española. Pensé que le gustaría a Braxa. Acerté.

—Oh —dijo Braxa otra vez—. ¡Lo escribiste tú!

—No, es de un hombre mejor que yo.

—No te creo. Lo escribiste tú.

—No, lo escribió un hombre que se llamaba Rilke.

—Pero tú lo pusiste en mi lengua. Enciende otra cerilla así puedo ver cómo bailaba ella.

Encendí la cerilla.

—“Los fuegos de siempre” —murmuró Braxa—, y ella los apagó “con pies pequeños y firmes”. Me gustaría bailar así.

Me reí y apagué la llama.

—Eres mejor que cualquier gitana.

—No, no lo soy. No puedo hacer eso.

El cigarrillo de Braxa estaba casi consumido del todo, de modo que se lo saqué de los dedos y lo apagué junto con el mío.

—¿Quieres que baile para ti?

—No —dije—. Vete a la cama.

Braxa sonrió y antes que yo me diera cuenta se había soltado el lazo rojo del hombro.

Y las vestiduras cayeron.

Y yo tragué saliva, con cierta dificultad.

—Muy bien —dijo ella.

De modo que la besé. Al caer al suelo las ropas habían apagado la lámpara.

III

Los días eran como las hojas de Shelley: amarillos, rojos, castaños, y volaban en montones brillantes empujados por el viento del oeste. Pasaban junto a mí con un susurro de microfilms. Yo ya había fotografiado casi todos los libros. Requerirían años de estudio. Marte estaba encerrado en mi escritorio.

El Eclesiastés, abandonado y recogido una docena de veces, estaba casi listo para hablar en la Lengua Superior.

Yo silbaba animadamente cuando no estaba en el templo. Escribía resmas de poesía que me hubiese avergonzado hacía poco. En las tardes me paseaba con Braxa por las dunas o por las montañas. A veces ella bailaba para mí, y yo le leía algún largo poema en hexámetros dactílicos. Braxa creía aún que yo era Rilke, y yo casi trataba de creerlo. Ahí estaba yo, morando en el castillo de Duino, escribiendo *sus* Elegías.

... Es raro no vivir ya en la tierra,

no tener ya costumbres apenas adquiridas,

no interpretar las rosas...

¡No! ¡Nunca interpretar rosas! No. Huélelas (sorbe, Kane), recógelas, disfrútalas. Vive en el momento, apasionadamente. Pero no les pidas explicaciones a los dioses. Las hojas caen rápidamente, y se las lleva el viento...

Y nadie notó lo que pasaba entre nosotros. O nadie se preocupó.

Laura. Laura y Braxa. Riman, los dos nombres, como si se entrecocaran. Alta, fresca y rubia era ella (¡odio a las rubias!), y papá me había vaciado dándome vuelta como un bolsillo, y yo esperaba que Braxa me llenara otra vez. Pero el enorme y fatigado lanzador de palabras, de barba de Judas y ojos de perro sumiso, había sido sólo un hermoso adorno en las fiestas de Braxa.

¡Cómo me maldijo la máquina en el templo! Blasfemó contra Malann y contra Gallinger. Y el viento salvaje del oeste pasaba a nuestro lado y algo no estaba lejos.

Se acercaban los últimos días.

Pasó un día y no vi a Braxa, y tampoco esa noche.

Y una segunda noche. Una tercera.

Me pareció que yo iba a perder el juicio. No había entendido bien qué unidos estábamos, qué importante había sido ella para mí. La callada seguridad de la presencia de Braxa me había ayudado a evitar el examen de las rosas.

Yo tenía que saber. No quería hacerlo, pero era inevitable.

—¿Dónde está ella, M'Cwyie? ¿Dónde está ella?

—Se ha ido.

—¿Dónde?

—No lo sé.

Miré aquellos ojos de pájaro demoníaco. Un anatema maranatha me subió a los labios.

—Tengo que saberlo.

M'Cwyie me miró sin verme.

—Nos ha dejado. Se ha ido. A las colinas, creo. O al desierto. No importa. Nada importa. La danza llega a su fin. Pronto el templo estará vacío.

—¿Por qué? ¿Por qué se ha ido?

—No lo sé.

—Tengo que verla otra vez. Partimos dentro de unos días.

—Lo siento, Gallinger.

—Yo también —dije, y cerré violentamente un libro sin decir “m' narra”.

Me puse de pie.

—La encontraré.

Dejé el templo. M'Cwyie era una estatua sedente. Mis botas estaban aún donde yo las había dejado.

Todo el día subí y bajé por las dunas, sin rumbo. La tripulación del *Aspic* debió de haber pensado que yo era una caprichosa tormenta de arena. Al fin tuve que ir a buscar combustible.

Emory apareció como un centinela.

—Muy bien, será mejor que se dé un baño. Parece el abominable hombre del polvo. ¿Por qué el rodeo?

—¿Cómo? Ah, sí, perdí algo.

—¿En medio del desierto? ¿Un soneto quizá? Sólo algo así puede explicar tanto alboroto.

—No, maldita sea. Es algo personal.

George terminó de llenarme el tanque. Me subí al jeep otra vez.

—¡Un momento! —Emory me tomó por el brazo—. No se irá de aquí hasta que me diga de qué se trata.

Yo podría haberme librado de la mano de Emory, pero entonces me hubieran llevado adentro arrastrándome por los tobillos, y a nadie le gusta que lo arrastren. De modo que me obligué a hablar lentamente, dulcemente:

—Ocurre que perdí el reloj. Me lo dio mi madre y es una reliquia de familia. Quiero encontrarlo antes que nos vayamos.

—¿Está seguro, de que no lo tiene en la cabina? ¿No lo habrá dejado allá en Tirellian?

—Ya miré en los dos lados.

—Quizá alguien lo escondió para irritarlo. Ya sabe que usted no es muy popular aquí.

Meneé la cabeza.

—Lo pensé. Pero lo llevo siempre en el bolsillo derecho. Pienso que lo perdí en algún salto entre las dunas.

Emory entornó los ojos.

—Recuerdo haber leído en la solapa de un libro que su madre murió cuando usted acababa de nacer.

—Es cierto —dije, mordiéndome la lengua—. El reloj era de mi abuelo y ella quería que yo lo heredara. Mi padre me lo guardó.

—Hmmm —gruñó Emory—. Un modo raro de buscar un reloj, corriendo en un jeep.

—Yo podía ver así algún reflejo metálico —expliqué, tímidamente.

—Bueno, está oscureciendo —observó Emory—. No tiene sentido seguir buscando hoy. —Se volvió hacia el mecánico—. Eche una lona sobre el jeep.

Me palmeó el brazo.

—Entremos. Dese una ducha y luego comeremos algo. Me parece que necesita las dos cosas.

Unas pecas bajo los ojos pálidos, pelo ralo, nariz irlandesa, y una voz un decibel más alto que cualquier otra...

¡He ahí las cualidades del jefe!

Me quedé allí, odiándolo. ¡Claudio! ¡Si estuviésemos por lo menos en el quinto acto!

Pero de pronto se me ocurrió que una comida y una ducha no me caerían mal realmente. Si yo insistía en volver en seguida despertaría sospechas.

De modo que me sacudí el polvo de la manga.

—Tiene razón. Me parece una buena idea.

—Vamos, comeremos en mi cabina.

La ducha fue una bendición, los pantalones limpios una gracia divina, y la comida olía a cielo.

—Huele bien —dije.

Acuchillamos la carne asada, en silencio. Cuando llegamos al postre y al café Emory sugirió:

—¿Por qué no se toma la noche libre? Quédese aquí y duerma un poco.

Meneé la cabeza.

—Estoy muy ocupado. Nos vamos pronto.

—Hace un par de días me dijo que casi había terminado.

—Casi, pero no del todo.

—Dijo también que esta noche habría una ceremonia en el templo.

—Sí. Pero trabajaré encerrado en mi cuarto.

Emory se encogió de hombros.

—Gallinger —dijo al fin, y alcé los ojos pues en boca de Emory mi nombre significa dificultades.

—No quisiera entrometerme —continuó—, pero Betty me dijo que usted tiene allí una amiga.

No era una pregunta. Era una declaración que quedó flotando en el aire. Esperando.

Betty, eres una perra. Una vaca y una perra. Y celosa, además. ¿Por qué no te guardaste la nariz en su sitio? ¿Por qué abriste los ojos y la boca?

—¿Y? —dije—, una declaración que era una pregunta.

—Y es mi deber —respondió Emory—, como cabeza de esta expedición, cuidar que las relaciones con los nativos sean amistosas y diplomáticas.

—Habla usted de ellos —dije— como si fueran salvajes aborígenes. Nada más lejos de la verdad.

Me incorporé.

—Cuando se publiquen en la Tierra mis papeles, todos conocerán esa verdad. Diré ahí cosas que el doctor Moore ni siquiera sospechó. Contaré la tragedia de una raza condenada, que espera la muerte, resignada y serenamente. Explicaré las razones y ablandaré muchos duros corazones universitarios. Escribiré todo esto, y me honrarán con más premios, pero esta vez los rechazaré. ¡Dios mío! ¡Ya habían desarrollado una cultura cuando nuestros antecesores combatían al tigre de sable con un garrote y descubrían el fuego!

—¿*Tiene* usted una amiga allí?

—¡Sí! —dije. Sí, Claudio. Sí, papá. Sí, Emory—. Sí. Pero le diré a usted una verdad universitaria, para que entienda. Los marcianos están muertos. Son estériles. Una generación más y ya no habrá marcianos.

Hice una pausa y añadí:

—Excepto en mis escritos, excepto en unos pocos fragmentos de microfilm y cinta. Y en algunos poemas acerca de una muchacha que no sabe cómo expresar la injusticia de todo esto sino bailando.

—Oh —dijo Emory.

Y al cabo de un rato.

—Lo he notado a usted diferente en este último par de meses. Hasta me pareció realmente cortés en algunas ocasiones, y no podía dejar de preguntarme qué ocurría. No sabía que algo podía importarle tanto, realmente.

Incliné la cabeza.

—¿Por eso corría usted de un lado a otro en el desierto?

Asentí en silencio.

—¿Por qué?

Alcé los ojos.

—Porque ella está ahí afuera, en alguna parte. No sé dónde o por qué. Y he de encontrarla antes que nos vayamos.

—Oh —dijo otra vez Emory.

En seguida se inclinó hacia atrás, abrió un cajón, y sacó algo envuelto en una toalla. Desenvolvió la toalla, y puso sobre la mesa la foto enmarcada de una mujer.

—Mi mujer —dijo Emory.

Era una cara atractiva, con grandes ojos almendrados.

—Soy de la Marina, como usted sabe —continuó Emory—. Fui en un tiempo un joven oficial. La conocí en el Japón.

”Mi familia no aprobaba los casamientos con gentes de otras razas, de modo que nunca nos casamos. Pero ella fue mi mujer. Cuando murió, yo estaba en el extremo del mundo. Se llevaron a mis hijos y nunca los vi desde entonces. Nunca supe en qué orfanato, en qué casa podían estar. Eso fue hace mucho tiempo. Muy poca gente lo sabe.

—Lo siento —dije.

—No. Olvídelo. Pero —y Emory se volvió en la silla y me miró— si quiere llevársela con usted, hágalo. Quizá me corten el pescuezo allá abajo, pero soy demasiado viejo para encabezar otra expedición como esta. Adelante pues.

Se tomó de un trago el café frío.

—Llévese el jeep.

Hizo girar la silla.

Traté de decir “gracias” dos veces, pero no pude. Me levanté y fui hacia la puerta.

—Sayonara y todo eso —murmuró Emory detrás de mí.

Oí un grito.

—¡Aquí la tiene, Gallinger!

Me volví y miré el extremo superior de la rampa.

—¡Kane!

Era una sombra contra la luz, en la portezuela de la nave, pero yo había oído un sorbido.

Subí otra vez los pocos escalones.

—¿Qué tiene ahí?

—Su rosa.

Kane mostró una caja de material plástico, con una división interior. El tallo llegaba al líquido de la parte baja. La otra mitad —un vaso de clarete en esa noche horrible— era una rosa grande, recién abierta.

—Gracias —dije metiéndome la caja en un bolsillo de la chaqueta.

—De vuelta, a Tirellian, ¿eh?

—Sí.

—Lo vi subir a bordo, y se la preparé. Fui a buscarlo a la cabina del capitán y me dijo que podía encontrarlo junto a los jeeps.

—Gracias otra vez.

—La traté químicamente. La flor vivirá semanas.

Asentí con un movimiento de cabeza y me alejé.

Otra vez en las montañas. Lejos. El cielo era un balde de hielo donde no flotaba ninguna luna. Subí una cuesta empinada y el mulito protestó. Lo aguijoneé con el embrague y seguimos. Hacia arriba. Vi en el cielo una estrella verde que no centelleaba y sentí un nudo en la garganta. La rosa encerrada en la caja me golpeaba el pecho como otro corazón.

El mulo rebufó, larga y ruidosamente, y empezó a toser. Lo castigué un poco más, y murió.

Puse el freno de emergencia y bajé al desierto. Eché a caminar.

Hacia tanto frío allí arriba, de noche. ¿Por qué? ¿Por qué Braxa había venido aquí? ¿Para qué dejar el campamento cuando cae la noche?

Y yo iba de un lado a otro, por desfiladeros y precipicios, con pasos largos, y una facilidad de movimientos que nunca se conoció en la Tierra.

Apenas quedan dos días, amor mío, y me has olvidado. ¿Por qué?

Me arrastré por aberturas en las rocas. Salté abismos. Me lastimé las rodillas, un codo. Oí que se me desgarraba la chaqueta.

¿No hay respuesta, eh, Malann? ¿Odias tanto a tu pueblo? Entonces probaré otra cosa. Vishnu, tú eres el preservador de la vida. Presévala, por favor. Haz que la encuentre.

¿Jehová?

¿Adonis? ¿Osiris? ¿Tammuz? ¿Manitú? ¿Legba? ¿Dónde está Braxa?

Caminé y subí, y resbalé.

El suelo era de piedras y yo me inclinaba sobre un terraplén.

Tenía los dedos fríos. Apenas podía sostenerme.

Miré hacia abajo.

Unos cuatro metros. Me solté y caí, rodando.

En seguida oí un grito.

Me quedé acostado, sin moverme, mirando hacia arriba. Braxa llamó en la noche, una figura contra el cielo.

—¡Gallinger!

Me quedé quieto.

—¡Gallinger!

Braxa desapareció.

Oí un ruido de piedras y supe que Braxa descendía por algún sendero, a mi derecha.

Salté y me oculté a la sombra de una roca.

Braxa se adelantó titubeando por las piedras.

—¿Gallinger?

Di un paso adelante y la tomé por los hombros.

—Braxa.

Braxa gritó otra vez y en seguida se echó a llorar, apretándose contra mí. Yo la oía llorar por primera vez.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué?

Braxa me abrazó y sollozó.

—Creí que te habías suicidado.

—Pude haberlo hecho —dije—. ¿Por qué dejaste Tirellian? ¿Por qué me dejaste a mí?

—¿M'Cwyie no te lo dijo? ¿No lo adivinaste?

—No lo adiviné, y M'Cwyie me dijo que no lo sabía.

—Entonces te mintió. Lo sabe.

—¿Qué? ¿Qué sabe ella?

Braxa se estremeció de pies a cabeza y calló largo rato. Noté de pronto que sólo llevaba el liviano vestido de baile. La aparté, me saqué la chaqueta, y se la puse en los hombros.

—¡Gran Malann! —exclamé—. ¡Te morirás de frío!

—No. No quiero morir.

Me puse la caja de la rosa en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué es eso? —preguntó Braxa.

—Una rosa —respondí—. No verás mucho en la oscuridad, Una vez te comparé con una rosa. ¿Recuerdas?

—Sí. Sí. ¿Puedo llevarla?

—Por supuesto.

Metí la caja en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Y bien? Espero aún una explicación.

—¿De veras no sabes? —preguntó Braxa.

—¡No!

—Cuando llegaron las lluvias —dijo Braxa— pareció que sólo los hombres habían sido afectados, lo que era suficiente... Porque yo... no fui afectada... parece.

—Oh —dije—. Oh.

Callamos un rato y pensé.

—Bueno, ¿por qué escapaste? ¿En Marte es un pecado que una mujer quede embarazada? Tamur está equivocado. Tu gente puede sobrevivir.

Braxa se rió. Un Paganini enloquecido tocó otra vez unas notas agudas. La hice callar antes que llegara demasiado lejos.

—¿Cómo? —preguntó Braxa al fin frotándose una mejilla.

—Tu gente vive más que la nuestra. Si nuestro hijo es normal, esto significará que nuestras razas pueden unirse. Hay aquí seguramente otras mujeres fértiles. ¿Por qué no?

—¿Has leído el libro de Locar —dijo Braxa— y aún me lo preguntas? La muerte se decidió, se votó y se aprobó poco después de la plaga. Pero mucho antes lo dijeron ya los fieles de Locar. Lo decidieron hace mucho tiempo. “Lo hemos cumplido todo”, dijeron. “Lo hemos visto todo, hemos oído y sentido todo. La danza fue buena. Que termine ahora”.

—No puedes creerlo.

—No importa lo que yo crea —replicó Braxa—. M’Cwyie y las Madres decidieron que debemos morir. El mismo título que llevan es una burla, pero lo que ellas deciden se cumple. Sólo resta una profecía, y es falsa. Moriremos.

—No —dije.

—¿Qué entonces?

—Vuelve conmigo, a la Tierra.

—No.

—Bueno, entonces ven conmigo ahora.

—¿A dónde?

—A Terillian. Hablaré con las Madres.

—¡No puedes! ¡Hay una ceremonia esta noche!

Me reí.

—¿Una ceremonia para un dios que destruye sus criaturas y luego les patea los dientes?

—Es Malann todavía —respondió Braxa—. Somos todavía su pueblo.

—Tú y mi padre se hubiesen llevado muy bien —gruñí—. Pero iré a Tirellian, y tú vendrás conmigo, aunque tenga que llevarte, y soy más fuerte que tú.

—Pero no eres más fuerte que Ontro.

—¿Quién demonios es Ontro?

—No te dejará pasar, Gallinger. Es el Puño de Malann.

IV

Detuve el jeep frente a la única entrada que yo conocía: las habitaciones de M'Cwyie. Braxa, que había visto la rosa a la luz de un faro, la llevaba ahora en el regazo, como a nuestro hijo, y tenía una expresión maravillada y secreta.

—¿Están en el templo ahora? —quise saber.

La expresión de Madonna no cambió. Repetí la pregunta. Braxa se movió.

—Sí —dijo, distante—, pero no puedes entrar.

—Ya lo veremos.

La ayudé a bajar, y la llevé por la mano. Braxa parecía en trance. A la luz de la luna naciente, los ojos le brillaban como el día en que yo la había conocido, el día del baile.

Empujé la puerta e hice entrar a Braxa. En la habitación había una media luz.

Y Braxa gritó por tercera vez esa noche:

—¡No le hagas daño, Ontro! ¡Es Gallinger!

Yo nunca había visto un hombre marciano antes, sólo mujeres. Así que yo no podía saber si eran enfermos, aunque lo sospechaba.

Alcé los ojos.

En aquel cuerpo semidesnudo había manchas y bultos. Perturbaciones glandulares, me dije.

Yo había pensado que nadie en Marte me aventajaba en estatura, pero Ontro medía más de dos metros y era corpulento. Esto explicaba el origen de mi cama gigante.

—Vuélvete —dijo Ontro—. Ella puede entrar, pero tú no.

—Tengo que recoger mis libros y máquinas.

Ontro alzó un enorme brazo izquierdo apuntando a un rincón. Todas mis cosas estaban allí ordenadamente empacadas.

—Necesito entrar. Necesito hablar con M'Cwyie y las Madres.

—No entrarás.

—La vida de tu gente depende de eso.

—Atrás —tronó el hombre—. Vete con *tu* gente, Gallinger. ¡Déjanos!

Mi nombre me sonó tan diferente, en boca de Ontro, como si fuese el nombre de otra persona. ¿Cuántos años tendría Ontro? ¿Trescientos? ¿Más? ¿Cuatrocientos? ¿Había guardado el templo toda su vida? ¿Por qué? ¿Contra quién había que guardar? No me gustaba cómo se movía. Yo había visto en otro tiempo hombres que se movían así.

—Atrás —repitió Ontro.

Si en Marte habían perfeccionado las artes guerreras tanto como las danzas, o, peor aún, si el arte de la lucha era parte de la danza, yo corría peligro.

—Entra —le dije a Braxa—. Dale la rosa a M'Cwyie. Dile que yo se la mando. Dile que entraré ahí, pronto.

—Haré como me pides. Recuérdame en la Tierra, Gallinger. Adiós.

No le respondí y Braxa pasó junto a Ontro y entró en la otra habitación llevando la rosa.

—¿Te irás ahora? —me preguntó el hombre—. Si quieres le diré a Braxa que luchamos y que casi vences, pero que te dejé inconsciente y te llevé a la nave.

—No —dije—, entraré pasando junto a ti o por encima de ti.

Ontro se agachó, extendiendo los brazos.

—Es un pecado tocar a un hombre sagrado —rugió—, pero te detendré, Gallinger.

Mi memoria era una ventana con nieblas expuestas de pronto al aire fresco. El paisaje se aclaró. Miré seis años atrás.

Yo estudiaba lenguas orientales en la Universidad de Tokio. Era una de mis dos noches semanales de recreo. Me movía dentro de un círculo de diez metros de diámetro en el Kodokan, y un cinturón de color castaño me sostenía el *judogi* a las caderas. Yo era *Ikkyu*, un grado por debajo del grado más bajo de los expertos. Un diamante castaño en mi pectoral derecho decía *Jiu-Jitsu* en japonés, y significaba realmente *atemiwaza*, a causa del golpe que yo había perfeccionado y que todos consideraban inadecuado para mi tamaño.

Pero yo nunca lo había usado contra un hombre, y no lo practicaba desde hacía cinco años. Yo no estaba en forma, por supuesto, pero traté de que mi mente *tsuki no kokoro*, como la luna, reflejando el todo de Ontro.

En algún sitio, desde el pasado, una voz dijo:

—*Hajime*, comencemos.

Adopté mi posición de gato *neko-ashidachi*, y los ojos de Ontro brillaron de un modo raro. Se apresuró a corregir su propia posición y lancé mi golpe.

Mi creación.

Mi larga pierna izquierda se estiró como un muelle roto. A dos metros del suelo le alcancé con el pie la mandíbula, mientras Ontro trataba de saltar hacia atrás.

El hombre cayó con la cabeza doblada, gimiendo. *Eso es todo*, pensé. *Lo siento, amigo*.

Y mientras yo pasaba por encima del cuerpo de Ontro, una mano lenta me atrapó derribándome. Yo no podía creer que Ontro fuese tan fuerte como para no haber quedado inconsciente luego de ese golpe, y más aún para moverse. Lamenté tener que castigarlo todavía más.

Pero Ontro me encontró la garganta y deslizó un antebrazo sobre ella antes que yo me diera cuenta de que el movimiento era deliberado.

¡No! ¡No dejes que todo termine así!

El brazo de Ontro era una barra de acero que me apretaba la faringe, la carótida. De pronto comprendí que el hombre estaba todavía inconsciente y que esto era un reflejo nacido de innumerables años de entrenamiento. Yo había visto algo parecido, en *shiai*. El hombre había muerto, ahogado, y sin embargo siguió luchando y su antagonista pensó que no lo había ahogado del todo, y apretó un poco más.

Pero era algo raro, muy raro.

Le clavé los codos en las costillas y eché atrás la cabeza apretándole la cara. El brazo me soltó un poco, pero no bastante. Odié tener que hacerlo, pero estiré la mano y le quebré el dedo meñique.

El brazo se aflojó y me libré.

Ontro quedó tendido en el piso, jadeando. Me compadecí del gigante que había caído defendiendo a su gente, su religión, cumpliendo órdenes. Me maldije a mí mismo como nunca me había maldecido antes por haber pasado por encima de él en vez de dar un rodeo.

Fui tambaleándome hasta el montón de mis bienes, me senté en la caja del proyector, y encendí un cigarrillo.

Yo no podía entrar en el templo hasta haber recuperado el aliento, hasta saber qué les diría.

¿Cómo se le habla a una raza decidida a suicidarse?

De pronto...

¿Podía ser? ¿Daría resultado? Si les leía el *Libro del Eclesiastés*, si les leía un texto literario muy superior a todo lo que Locar había escrito, y tan sombrío, y tan pesimista, y les mostraba que nuestra raza había ido adelante a pesar de que un hombre había condenado la vida en la poesía más elevada, si les mostraba que la vanidad que él había vituperado nos había llevado a los cielos, ¿me creerían? ¿Abandonarían la idea de la muerte?

Apagué el cigarrillo en los hermosos mosaicos y busqué mi libro de notas. Me incorporé animado por una furia rara.

Y entré en el templo a predicar el Evangelio Negro según Gallinger: unas páginas del Libro de la Vida.

Había silencio en el templo.

M'Cwyie había estado leyendo a Locar, sosteniendo la rosa en la mano derecha, blanco de todas las miradas.

Hasta que yo entré.

Cientos de personas estaban sentadas en el piso, descalzas. Noté que los pocos hombres eran tan menudos como las mujeres.

Yo tenía los zapatos puestos.

No te detengas, me dije. Perderás o ganarás... todo.

Una docena de viejas arrugadas estaban sentadas detrás de M'Cwyie, en semicírculo. Las Madres.

La tierra estéril, los vientres secos, tocados por el fuego. Me acerqué a la mesa.

—Si vosotros os suicidáis —les dije a las Madres— condenaréis a vuestro propio pueblo. Lo condenaréis a no conocer la vida que vosotras habéis conocido, las alegrías, las penas, la felicidad. Pero no es cierto que vuestra muerte sea inevitable. —Yo les hablaba a todos ahora—. Quienes eso dicen, mienten. Braxa lo sabe bien, pues ella lleva un hijo...

Me miraban, sentados como filas de Budas. M'Cwyie retrocedió al semicírculo.

—... mi hijo —continué pensando que hubiese dicho mi padre de este sermón.

"... Y todas las mujeres jóvenes pueden tener hijos.

"Sólo vuestros hombres son estériles. Y si permitís que los médicos de la próxima expedición os examinen, quizá también los hombres puedan ser ayudados. Pero de cualquier modo las mujeres pueden unirse con los hombres de la Tierra.

"Y el nuestro no es un pueblo insignificante, ni un sitio insignificante —continué—. Miles de años atrás el Locar de nuestro mundo escribió un libro, despreciándonos. Habló como Locar, pero no nos dimos por vencidos, a pesar de las plagas, las guerras y el hambre. No morimos. Vencimos una a una todas las enfermedades, alimentamos a los hambrientos, evitamos las guerras. Quizá no haya nunca más conflictos armados en la Tierra. No lo sé.

"Pero hemos cruzado millones de kilómetros de nada. Hemos visitado otro mundo. Y nuestro Locar había dicho: ¿Por qué molestarse? ¿Qué valor tiene eso? Todo es vanidad.

"Y os revelaré un secreto —dije bajando la voz, como si estuviese leyendo un poema—. Aquel hombre tenía razón. Todo es vanidad, todo es orgullo. La hubris del racionalismo nos empuja una y otra vez a atacar al profeta, al místico, al dios. Hemos

crecido auxiliados por nuestras propias blasfemias, blasfemias que nos sostienen y que los dioses admiran secretamente en nosotros. ¡Todos los nombres secretos de Dios son vedadas blasfemias!

Empecé a transpirar. Hice una pausa, mareado.

—He aquí el *Libro del Eclesiastés* —anuncié, y empecé a leer—: “Vanidad de vanidades, dijo el predicador, vanidad de vanidades, y todo es vanidad. De qué le sirve al hombre...”.

Vi a Braxa de espaldas, muda, inmóvil.

Me pregunté qué estaría pensando.

Y devané a mi alrededor las horas de la noche, como un ovillo de hilo negro.

Oh, qué tarde era. Yo había hablado hasta el amanecer, y aún seguía hablando. Concluí con Eclesiastés y seguí con Gallinger.

Y cuando callé al fin seguía el silencio.

Los Budas en fila no habían movido en toda la noche. Y al cabo de un tiempo M’Cwyie alzó la mano derecha. Una a una todas las madres alzaron la mano derecha.

Y entendí en seguida.

El ademán quería decir no, suficiente, y basta.

Quería decir que yo había fracasado.

Salí lentamente del cuarto y me dejé caer junto a mi equipaje.

Ontro se había ido. Me alegró no haberlo matado.

Pasaron mil años y al fin llegó M’Cwyie.

—Tu tarea ha terminado —me dijo.

No me moví.

—La profecía se ha cumplido —dijo—. Mi gente es feliz ahora. Has triunfado, hombre santo. Ahora déjanos, rápidamente.

Mi mente era un globo desinflado. La llené con un poco de aire.

—No soy un santo —dije—. Soy sólo un poeta de segunda categoría que ha

defendido un caso perdido de hubris. —Encendí un último cigarrillo—. Muy bien —dije al fin—, ¿qué profecía?

—La profecía de Locar —dijo M'Cwyie como si las explicaciones fuesen innecesarias— de que un santo vendría un día del cielo para salvarnos en nuestra última hora, si completábamos todas las danzas de Locar. Derrotaría al Puño de Malann y nos traería la vida.

—¿Cómo?

—Como con Braxa y el ejemplo del templo.

—¿Ejemplo?

—Nos leíste sus palabras, tan grandes como las de Locar. Nos leíste que allá “no hay nada nuevo bajo el sol”. Y te burlaste de esas palabras mientras leías, y nos mostraste algo nuevo. Nunca ha habido rosas en Marte, pero aprenderemos a cultivarlas... Eres el Bufón Sagrado —concluyó M'Cwyie—, el Burlador del Templo que pisó suelo santo.

—Pero votaron “no”.

—Votamos no llevar adelante el plan original, y dejar que Braxa tuviera su hijo.

—Oh. —Se me cayó el cigarrillo de los dedos. Qué poco había entendido yo—. ¿Y Braxa?

—Fue elegida hace ya medio Proceso para que aprendiera las danzas y te esperara.

—Pero dijo que Ontro no me dejaría entrar.

M'Cwyie calló largo rato.

—Braxa nunca creyó en la profecía —dijo al fin—. Escapó temiendo que se cumpliera. Entendió al fin cuando votamos.

—Entonces no me quiere. Nunca me quiso.

—Lo siento, Gallinger. Nunca cumplió esa parte de su deber.

—Su deber —dije inexpresivamente—. Deber, deber, tra-la-lá.

—Me ha pedido que te despida. No quiere verte más —dijo M'Cwyie—. Nunca olvidaremos tus enseñanzas.

—No, no las olviden —dije maquinalmente, comprendiendo de pronto la paradoja que alimenta todos los milagros. Yo no creía una palabra de mi propio evangelio, nunca lo

había creído.

Me quedé un rato de pie, inmóvil, y murmuré:

—M'narra.

Salí, a mi último día en Marte.

Te he conquistado, Malann. ¡Y tuya es la victoria! Descansa tranquilo en tu lecho estrellado. Maldito seas.

Dejé allí el jeep y caminé hacia el *Aspic*, dejando la carga de la vida a tantos pasos detrás de mí. Llegué a mi cabina, cerré la puerta, y me tomé cuarenta y cuatro pastillas somníferas.

Pero cuando desperté estaba en la enfermería, y vivo.

Sentí el latido de los motores mientras me incorporaba lentamente y caminaba de algún modo hacia la ventanilla.

El borroso Marte colgaba allá arriba como un vientre hinchado hasta que al fin se disolvió, desbordó y me corrió por la cara.



ROGER ZELAZNY nació en Euclid, Ohio, en 1937. Se doctoró en Artes en la Universidad de Columbia y publicó su primer cuento (*Passion Play*) en 1962. En 1963 apareció *Una rosa para el Eclesiastés*, que lo reveló como uno de los nuevos maestros del género. En 1966 recibió dos premios Nebula del Science Fiction Writers of America: mejor cuento (*Las puertas de su cara, las lámparas de su boca*), mejor novela corta (*He Who Shapes*), y el premio Hugo de la Convención Mundial de ciencia-ficción a la mejor novela (*This Immortal*). En 1968 obtuvo otra vez el Hugo por la novela *Lord of Light*.